



201/14
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES

" ARAGON "

" LA POLITICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS
HACIA AMERICA LATINA : RUPTURA O
CONTINUIDAD "

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADA EN RELACIONES
INTERNACIONALES
P R E S E N T A I
ALMA ROSA MENDEZ REYES

FALLA DE ORIGEN

SAN JUAN DE ARAGON, EDO. DE MEX.

1989



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E

- 1.- AMERICA LATINA EN LOS PROYECTOS DE RECOMPOSICION HEGEMONICA DE LOS ESTADOS UNIDOS.
 - 1.2 América Latina y la estrategia globalista de los Estados Unidos.
 - 1.2.1 La Doctrina Truman y el control de América Latina.
 - 1.3 La cooperación económica: el quid pro quo de la cooperación político militar (una aspiración de Latinoamérica, surgimiento del marco internacional).
 - 1.4 Estados Unidos-América Latina: una relación en continuo deterioro.
 - 1.5 Las transformaciones revolucionarias y la nueva estrategia norteamericana.
 - 1.5.1 La Alianza para el Progreso y la Doctrina de contra-insurgencia.
 - 1.5.2 La estrategia global a seguir.
 - 1.5.3 La ALPRO ¿una relación interamericana?
 - 1.5.4 El aspecto militar de la política.
 - 1.5.5 Resultados de la estrategia.
 - 1.6 La derrota marca la estrategia: situación de Estados Unidos en el mundo.
 - 1.6.1 La política de distensión en la Administración Nixon.
 - 1.6.2 La política de E.E.U.U. hacia el Tercer Mundo y la Doctrina Nixon en América Latina.
 - 1.6.3 La revitalización de las dictaduras en América Latina.

1.6.4. La negligencia benigna.

1.7 La recomposición hegemónica de James.

1.7.1 Los derechos humanos en la Administración Car
ter.

2.- RONALD REAGAN Y LA SUPERACION DEL SINDROME DE VIETNAM.

2.1 Reagan y la restitución del poderío estadounidense.

2.2 Reactivando el consenso para el intervencionismo.

2.3 La Doctrina Reagan y la situación de América Latina
en los 80's: crisis económica y política.

2.4 Los cinco principios rectores de la Administración re
publicana hacia América Latina.

2.5 La política de la Administración Reagan hacia Centrao
mérica.

2.5.1 Percepción de la amenaza.

3.- BASES CONCEPTUALES DE LA ADMINISTRACION REAGAN PARA EL DI
SEÑO DE SU POLITICA EXTERIOR HACIA AMERICA LATINA.

3.1 Repercusiones de las políticas de Seguridad Nacional.

3.2 La Seguridad: los enfoques predominantes.

3.3 Las operaciones encubiertas.

3.4 Las Tentativas de Cambio y los Estados de Seguridad.

3.5 Las faltas simetrías reganeanas.

4.- LIMITES A LA HEGEMONIA NORTEAMERICANA.

4.1 Límites de la hegemonía norteamericana en América La
tina.

- 4.2 El sistema interamericano y la nueva realidad.
- 4.3 La hegemonía declinante.
- 4.4 Las Malvinas y sus repercusiones en las relaciones interamericanas.
- 4.5 Los límites del intervencionismo.
- 4.6 Las contradicciones regionales.

CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS.

I N T R O D U C C I O N

El presente trabajo tiene por objetivos destacar a grandes rasgos las políticas que han instrumentado hacia América Latina las distintas administraciones estadounidenses a partir de 1945, dado que uno de los principales argumentos que esgrimen estas administraciones -de manera particular la reaganiana- para referirse a la relación Estados Unidos-América Latina, es que tal relación es especial, en donde ambas partes tienen intereses en común y en la cual Estados Unidos apoya tradicionalmente la democracia y la cooperación. Se evalúan las repercusiones que han tenido las políticas globalistas en la Relación E.E.U.U.-A.L., para enmarcar la política exterior de la Administración Reagan, tema central del presente trabajo de tesis. En este sentido, se exponen las principales tesis que maneja la Administración Reagan hacia la región; los factores internos y externos que propiciaron el ascenso del Partido Republicano; los principales logros y obstáculos que ha tenido su política exterior, de manera particular hacia Centroamérica -definida como área de "gran prioridad" por los estrategas estadounidenses-, así como las perspectivas que tendrán las relaciones Estados Unidos-América Latina con base en los acontecimientos más relevantes que han tenido lugar en la región.

Tradicionalmente la relación de Estados Unidos hacia América Latina ha privilegiado los aspectos políticos y estratégicos por encima de los económicos y sociales -a despecho de los principios y aspiraciones que han regido a la Organización de Estados Americanos, principalmente-, lo cual ha dado lugar en últimas fechas a posiciones encontradas con muchos de los países de América Latina. La década de los ochenta es quizá una de las épocas en que la relación de Estados Unidos con América Latina tiende a englobar un mayor número de diversos aspectos (políticos, y económicos), siendo los más conspicuos el caso de Centroamérica, las cuestiones financieras y comerciales, las posiciones en los organismos internacionales (ONU y OEA principalmente), y en un pasado reciente la crisis de Las Malvinas, que fue uno de los más importantes elementos catalizadores para que los países latinoamericanos de más influencia regional procedieran a revalorar de manera especial la relación Estados Unidos América Latina. Es también en esta época cuando se da un cambio de gran trascendencia en el Subcontinente, toda vez que muchos de los gobiernos que anteriormente eran de carácter militar y alineados casi de manera automática a los intereses de Washington, fueron obligados a retirarse de la escena política -al menos de la conducción visible de todos los asuntos de un país-. Este suceso tiene lugar precisamente en momentos en que en Estados Unidos asciende al poder uno de los

presidentes más ideologizados: Ronald Reagan. Con el ascenso de Reagan lejos de solucionarse el problema de la declinación hegemónica de los Estados Unidos, tendió a agravarse, dado que en lugar de enfrentar ésta y las demás problemáticas de fondo, recurrió a políticas de rearme y esquemas de confrontación (Este-Oeste) a los cuales no escapó América Latina. Aún cuando Ronald Reagan trató de imprimirle cierta originalidad a su discurso y a su política hacia el subcontinente, en el fondo, ésta no se diferencia mucho del grueso de las políticas de sus predecesores. Ya en el pasado algunos otros presidentes han desarrollado políticas supuestamente especiales hacia América Latina, entre las han destacado la política del "Buen Vecino", "La Alianza para el Progreso", "Asociación Madura", "El Nuevo Diálogo" o la "Iniciativa para la Cuenca del Caribe", etc., en la retórica se persigue el establecimiento y consolidación de la democracia en el continente, la defensa de los derechos humanos y el desarrollo, sin embargo, éstas políticas han distado de llevarse a cabo, a estos aspectos nos hemos de referir en el presente trabajo de tesis, tomando como principales parámetros por ser más representativos, la política de la Alianza para el Progreso y la Iniciativa para la Cuenca del Caribe; así como de manera general a las políticas que han emprendido recientemente algunos países de América Latina para tratar la problemática del Subcontinente.

En el primer capítulo se dará una visión somera de la política de Estados Unidos hacia América Latina a partir de la II Guerra Mundial, una vez que surgen las doctrinas de Seguridad hacia la región. Se hará alusión a la evolución que ha tenido la concepción estratégica de los Estados Unidos a nivel global y sus repercusiones en América Latina, y en tal sentido se tratará de entender la forma en que la política de Ronald Reagan se entrelaza con muchas de las políticas anteriores que han prevalecido en el gobierno de Estados Unidos.

En el capítulo segundo, se mencionarán en forma más detallada los cambios que ocurren en el ámbito internacional y aquellos factores que propiciaron el surgimiento de una política específica de Ronald Reagan hacia América Latina, en tal sentido se enmarcan los principales criterios seguidos por esta Administración para detener los cambios y hacer frente a los problemas económicos, sociales y políticos, -tal como el problema del endeudamiento de América Latina- que cobra fuerza en los ochenta a nivel internacional y específicamente en la región. Se analizará además cuál ha sido la política que se siguió hacia Centroamérica, dado que desde el ascenso al poder, Ronald Reagan le confirió una gran importancia, debido a los cambios políticos y sociales, así como movimientos revolucionarios que se gestan en el área, ya que éstos han sido conside

rados como una amenaza para la "seguridad nacional" de los Estados Unidos.

El capítulo tercero, analizará las bases conceptuales de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina tomando como punto de partida la década de los sesenta, período en el que se exacerbaron los recelos de los países latinoamericanos hacia Estados Unidos. Asimismo se tratarán aspectos fundamentales que diferencian a la Administración Reagan de las anteriores administraciones y también como se han interpretado en la práctica algunos conceptos como: seguridad nacional, operaciones encubiertas, terrorismo, contrainsurgencia, etc. Se enfatizará el carácter estrictamente bipolar del conflicto estratégico global en aras de la defensa de la "seguridad nacional" de Estados Unidos.

En el capítulo cuarto y último se hará referencia a los límites que ha enfrentado la hegemonía norteamericana, en especial durante el mandato de Ronald Reagan. Se señalarán los cambios que empiezan a suscitarse en la relación Estados Unidos-América Latina, y las acciones emprendidas por los países de la región en cuestiones que son de interés para los Estados Unidos, tales como Centroamérica y la deuda externa. Finalmente se presentará un corolario de lo que fue la política de la Administración Reagan hacia el área y las perspectivas de la política exterior de los Estados Unidos.

1. AMERICA LATINA EN LOS PROYECTOS DE RECOMPOSICION
HEGEMONICA DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Ronald Reagan, como la mayoría de los presidentes de los Estados Unidos, no podía dejar de señalar en distintas ocasiones que la política que habría de instrumentar hacia América Latina sería "especial", tendería a mejorar y que sería la "piedra de toque" de su política hacia el Tercer Mundo.

En el marco de las críticas reaganianas hacia la Administración Carter, se señalaba que la política durante esos años había sido desastrosa. América Latina se veía como una región amenazada por la subversión auspiciada por la Unión Soviética, en donde Nicaragua había caído en manos "marxistas sandinistas", por lo cual era preciso para los Estados Unidos actuar con decisión en defensa de la "democracia y los derechos humanos". Así, para tratar de mejorar la política o al menos readecuarse a la nueva realidad, la Administración Reagan retorna a un bipolarismo y a la retórica en las relaciones con América Latina.

Esta región es vista exclusivamente como un escenario más del enfrentamiento Este-Oeste. Así, en su mandato Ronald Reagan trata por todos los medios posibles de que los Estados Unidos recuperen el poderío del que gozaban anteriormente; esto no ha sido posible, con todo y las acciones de fuerza que

se han llevado a cabo en algunas regiones del mundo, así como el incremento de los gastos militares mundiales, en la relación con América Latina el hecho de que la Administración Reagan haya recurrido a los esquemas de confrontación, ha ocasionado que los países del subcontinente tiendan a unificarse más -aunque debe reconocerse que todavía existe en gran medida cierta retórica en cuanto a la concertación latinoamericana- empero, por primera vez es quizá el mayor avance en cuanto a consenso logrado por los países del subcontinente en muchos asuntos, en especial sobre América Central y la deuda externa, aspectos que detallaremos más adelante en forma más específica. Por otra parte, los intentos de recomposición hegemónica no son nuevos para los Estados Unidos. Ya en el pasado algunas administraciones norteamericanas han ensayado algunas modalidades para hacer frente a la cambiante situación mundial. De ahí que sea objetivo de este capítulo aludir a las tentativas de recomposición hegemónica de los Estados Unidos, y la posición que mantiene América Latina al respecto, y dado que la política de la Administración Reagan tiene mucho en común con otras estrategias estadounidenses ya pasadas, es preciso recurrir a algunos elementos y acciones de tipo histórico que ha desarrollado este país en su relación con el continente para comprender en un marco más amplio, la política que está instrumentando hacia la región. Con ella resurgen no so

lamento los temas de la contención, sino la forma de tratarlos gira en torno a discusiones que también recuerdan las del pasado. La superioridad nuclear, la plena seguridad, el rearme convencional, la amenaza en el Tercer Mundo, el realineamiento de los aliados, no son sino una nueva versión de los años ochenta, de las voces de NSC-68, el New Look, la "nueva frontera", y la "respuesta flexible".

Ello es particularmente cierto respecto de lo que constituyen las cinco grandes características del período de contención en sus momentos más relevantes: "la caracterización de la amenaza soviética y la subordinación de toda negociación a una afirmación de superioridad y un cambio de conducta". (1)

En tal esquema los movimientos populares y el cambio social que se manifiesta en el continente tienden a encuadrarse como una "amenaza" a los intereses norteamericanos, argumentando que detrás de éstos se halla la influencia de la URSS.

Ya es de opinión común que después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos emergen como una potencia hegemónica y que esta condición se mantendrá hasta la década de los cincuenta ya que en la década de los sesenta se empezará a modificar ante las nuevas realidades internacionales.

En ese marco, la política de Estados Unidos hacia el Continente sólo se ha modificado cuando consideran que la dominación es seriamente cuestionada. Así, argumentando que sus intereses estratégicos están en peligro ha impulsado medidas de tipo reformista como la "Alianza para el Progreso", y recientemente como resultado de la crisis centroamericana ha instrumentado la "Iniciativa para la Cuenca del Caribe" (ICC) con propósitos de cooptar y controlar los movimientos populares, y en algunos casos aquellos regímenes que cada vez más se mostraban críticos del accionar de Washington (ya que el apoyo a las políticas de "seguridad" de Estados Unidos implicaba una contribución prácticamente gratuita en el plano militar)*. Washington cede lo menos que se puede en cada negociación como puede constatarse en torno a las posiciones que prevalecen en cuestiones ya no de tipo político, como es el caso de Centroamérica, sino en cuestiones de tipo económico en donde entran en juego la estabilidad y la democracia -de manera más crítica para determinados países-, ya que tales factores están interrelacionados en cierta medida con el crecimiento económico y la disposición de recursos, lo cual imposibilita la nueva versión de la "Diplomacia del dólar" reinstalada por el actual gobierno republicano.

* no había retribuciones económicas.

1.1. LOS SUPUESTOS INTERESES COMUNES Y LA RELACION ESPECIAL.

Por mucho que sea argumentado por los portavoces de uno y otro lado de que América Latina y los Estados Unidos comparten los mismos propósitos e intereses, la política que desarrollan los Estados Unidos contraviene en la práctica tal retórica. De hecho, los supuestos "acercamientos" que han ensayado los distintos gobiernos de Estados Unidos hacia América Latina se han dado solamente en aquellos momentos en que han visto peligrar su hegemonía continental como sucedió antes de la Segunda Guerra Mundial con la política del "Buen Vecino" de Franklin D. Roosevelt.

Estados Unidos en distintas épocas ha tratado de "mejorar" las relaciones con América Latina, para ello ha puesto en marcha distintas políticas tales como la del "Buen Vecino", ya mencionada, la "Alianza para el Progreso", "Asociación madura", el "Nuevo Diálogo" o la "Iniciativa para la Cuenca del Caribe", pero a fin de cuentas tales políticas son siempre unilaterales y retóricas. Su política hegemónica la encubren argumentando que está en riesgo su seguridad nacional. También es constantemente empleada la supuesta defensa de la "democracia", y los "derechos humanos", tal como

se puede advertir en la política que instrumenta la Casa Blanca hacia Nicaragua, de ahí que en este apartado se haga alusión a tales políticas de manera más detenida que, han tenido lugar en épocas anteriores hasta llegar a la actual política de Ronald Reagan.

1.2. AMERICA LATINA Y LA ESTRATEGIA GLOBALISTA DE DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética pasa a ser para los Estados Unidos su principal rival, y la política exterior soviética su primordial amenaza. La política exterior norteamericana ha sido desde entonces diseñada para hacer frente a su "enemigo", y todas la variaciones estratégicas que ha experimentado se deben -en parte- a los cambios realizados por la Unión Soviética para expandirse (según la percepción norteamericana), de tal suerte que todos esos cambios (supuestos Y/o reales) han motivado en diversos períodos opciones estratégicas distintas acerca de la mejor manera de enfrentar la "amenaza comunista". En América Latina, la Alianza para el Progreso y la contrainsurgencia han sido sólo algunas de un gran número de estrategias que han surgido para enfrentar los movimientos populares.

Por mucho tiempo y aún cuando los dirigentes de Estados Unidos han tratado de asignarle una alta prioridad a sus relaciones con América Latina, en la práctica, esto ha distado de ser una realidad, en virtud de que sus intereses a nivel global son mucho más amplios y tiene compromisos con las potencias aliadas que en ocasiones son contrarios a los regionales.

1.2.1 LA DOCTRINA TRUMAN Y EL CONTROL DE AMERICA LATINA.

Al término de la Segunda Guerra Mundial y con el surgimiento de la Guerra Fría, los Estados Unidos centraron su atención de manera primordial hacia Europa y otras regiones consideradas como vitales para los intereses globales que empezaban a adquirir mayor relieve en la política exterior de los Estados Unidos y América Latina, mientras tanto fue relegada por dicho país ya que consideraba que esta región gozaba de un desarrollo económico más o menos sostenido. Además de que se daba por descontada su lealtad hacia Estados Unidos dentro de las políticas que se habrían de instrumentar para hacer frente a lo que en la percepción norteamericana constituía el peligro "soviético". Se idearon y llevaron a la práctica una serie de estrategias y doctrinas de

seguridad que habrían de servir para justificar y dar cuerpo teórico a la política global de los Estados Unidos. La Doctrina Truman sería una de las primeras que habrían de desarrollarse en el nuevo orden resultante de la posguerra. Para Truman la amenaza del comunismo era global de ahí que los Estados Unidos habrían de instrumentar una política global y por ende intervenir en cualquier parte del mundo bajo el supuesto de ver amenazados sus intereses. Tal Doctrina encontró en gran proporción su justificación en muchas de las propuestas que desarrolló George Kennan en 1947, en un artículo de Arthur Schlesinger, Jr., aparecido en la revista "Foreign Affairs", se destacan algunos de los rasgos esenciales de la política de la Unión Soviética y la manera de hacerle frente.

En tal estudio se señalaba que era necesario recurrir a la misma estrategia de la Unión Soviética en materia de política exterior. La estrategia a emplear, incluía el uso de la fuerza. Este artículo constituía en sí un ataque violento a la forma en cómo se había desarrollado la política soviética y norteamericana, en donde se consideraba que Estados Unidos no podría confiar ingenuamente en las intenciones soviéticas "no podría haber nunca del lado de Moscú ninguna sincera suposición de una comunidad de metas entre

la Unión Soviética y potencias consideradas como capitalistas" (2). Kennan, aportó sustanciales elementos para poner en marcha a la política de los Estados Unidos. Sería pues, prolegómenos de la política de contención e inspirado del "Plan Marshall" para la reconstrucción de Europa.

Kennan fue uno de los personajes que mejor caracterizó la política soviética desde el punto de vista norteamericano. "...interés nacional y realismo político se unen para configurar el gran objetivo de la política exterior y la defensa norteamericana: la seguridad nacional, entendida como la capacidad de desarrollar los objetivos nacionales sin interferencia de otras potencias" (3). Aunque lo que Kennan proponía era "una política demasiado compleja para ser aplicada fácilmente en medio de las presiones crecientes a las que la Administración Truman se hallaba sometida. Combinar adecuadamente la firmeza para enfrentar la amenaza externa y una política encubierta para aprovechar las contradicciones del enemigo, manteniendo al mismo tiempo una conducta diplomática que deje la puerta abierta a la negociación, puede parecer posible en el papel, pero difícilmente podía ser aplicada con la sutileza necesaria, menos aún por una Administración como la de Truman, con una ten-

dencia al endurecimiento militar y presionada desde dentro en el mismo sentido" (4)

Dicha política afectó a América Latina y de la cual aún en la actualidad no logran salir de ella. La Doctrina Truman descuidó la cooperación en el aspecto económico con América Latina "el rápido surgimiento de la Guerra Fría en el primer mandato de la administración Truman traería como resultado el abandono de la política del Buen Vecino y la implantación de criterios hemisféricos más afines al manejo del conflicto con la Unión Soviética. Esto se traduce en un Programa del Punto Cuatro, y sobre todo en la construcción del Sistema Interamericano en los años 1947 y 1948. Con éste se liga definitivamente el destino estratégico de los países de América Latina al de Estados Unidos, convertido ya desde la conclusión de la guerra, en el líder indiscutido del bloque de naciones capitalistas" (5)

Así, "preocupados por los acontecimientos de ultramar, los Estados Unidos no se percataron de lo que estaba ocurriendo en el Hemisferio Occidental. El súbito cese de las compras de guerra asestó un ruído golpe a la economía de América Latina; la explosión demográfica seguía ejerciendo

implacable presión sobre los recursos existentes, que eran explotados por capital extranjero; se ensanchó la brecha entre ricos y pobres; pero se daba por descontada la amistad latinoamericana. En 1951 todas las repúblicas latinoamericanas habían recibido la misma cantidad de ayuda del exterior que Grecia, y en los diez años siguientes, la América Latina tan sólo recibió 3 400 millones de dólares de un total de cerca de 80 mil millones de ayuda; menos de lo que recibió Taiwán" (6).

Y es que desde antes de que iniciase la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos fueron preparando el terreno para lograr el control de América Latina, para tal efecto, se celebraron un gran número de acuerdos tanto bilaterales como multilaterales, mismos que incluían planes de defensa hemisférica; a través de armamento y el envío de misiones militares que paulatinamente fueron desplazando a las misiones europeas. El cierre de los mercados europeos contribuyó a que el flujo de exportaciones latinoamericanas se canalizara a los Estados Unidos y una vez concluida la guerra se advertiría la profunda dependencia que tendría América Latina de los mercados de Estados Unidos. Las grandes reservas acumuladas por algunos países se redujeron al finalizar ésta. De la misma forma, la potencia del norte dejó de importar muchos de los productos la-

linoamericanos. Prácticamente desde el término de la guerra la hegemonía de los Estados Unidos en el continente era in-cuestionada. Para ello contaba ya con el apoyo de toda una gama de instituciones políticas-militares (OEA-TIAR) que aún cuando trataban de aparentar cierta armonía e igualdad entre sus miembros, la asimetría entre sus integrantes era y es os-tensible, sólo que la aparición de tales organismos daba la apariencia de que la armonía era un acto consensual.

Las disparidades se observan en el hecho de que a los Estados Unidos les corresponde el 88.4% del Producto Eco-nómico Bruto de la región y el 97% del gasto militar del área mientras que a América Latina sólo el 11.6% y el 3% respecti-vamente. Tal como lo señalan Mario Ojeda y Gordon Connell-Smith, los países latinoamericanos se convirtieron en países clientes de los Estados Unidos durante mucho tiempo, de hecho muchos de los países del área se prestaron a las aventuras ex-traregionales de esta potencia, así participaron países como Brasil, Costa Rica, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Para-guay en la Guerra de Corea para supuestamente contener la agre-sión comunista. Muchos países de América Latina fueron bastio-nes de los Estados Unidos en la Guerra Fría.

Desde que ésta se inicia, América Latina queda su-

bordinada a la política globalista de los Estados Unidos. El TIAR es parte de la Doctrina Truman y los asuntos económicos previstos en la OEA y el TIAR, fueron pospuestos hasta 1959 cuando se crea el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

1.3 LA COOPERACION ECONOMICA: EL QUID PRO QUO DE LA COOPERACION POLITICO-MILITAR. (Una aspiración latinoamericana, surgimiento del marco internacional).

La principal divergencia que se suscitó en la relación Estados Unidos-América Latina fue en torno a la cooperación. Mientras que los países de América Latina trataban de inducir la relación mutua a esquemas de cooperación económica, los Estados Unidos se empeñaban en darle prioridad a los esquemas de confrontación Este-Oeste, sobre todo a partir de 1947. Ello es ilustrativo si se aprecia que antes de adquirir cuerpo un organismo con fines económicos le antecede uno con fines político-militar como es el TIAR, órgano que se crea con el Tratado de Río. La divergencia de concepciones en torno a la cooperación ha sido una constante, los Estados Unidos señalaban que la ayuda económica provendría de la iniciativa privada por lo que tales países tendrían que fomentarla. Los países de América Latina daban preeminencia a la cooperación económi-

ca; ello debido a que al concluir la Segunda Guerra Mundial, y al perder valor y dimensión en sus exportaciones, rápidamente vieron reducidas las reservas que habían acumulado durante el período que duró la guerra. Estados Unidos tendió a restringir sus importaciones provenientes de estos países, lo cual aunado a las crecientes necesidades latinoamericanas de recursos creó un fuerte problema. Además, en el curso de la guerra, al concentrar los países de América Latina sus exportaciones principalmente hacia este país, se generó una mayor dependencia.

La manera como se podía advertir el interés de los países de América Latina por la cuestión económica, se puede apreciar en un discurso de la época de la Delegación mexicana en la Conferencia de Río de Janeiro en 1947 en donde se asentaba claramente la posición de este país. "El gobierno de México considera que la primera línea de defensa del hemisferio está en la capacitación económica de una gran parte de nuestros países y que, en consecuencia, por razones ineludibles de defensa, la Conferencia de Río debería tomar inmediatamente las medidas necesarias para asegurar que la cooperación económica de las Repúblicas Americanas sea concentrada en un futuro inminente" (7).

La posición de México estaba respaldada por otros países de importancia regional como Argentina, Chile y Cuba; Ecuador por su parte, propugnaba por un "Plan Marshall" para América Latina, sin embargo, la oposición de los Estados Unidos fue persistente relegando así la cooperación económica; de ahí que los países latinoamericanos promovieron la creación de la Comisión Económica para América Latina en las Naciones Unidas (CEPAL) en 1947, con la oposición evidente de los Estados Unidos.

Tampoco en 1948 en Bogotá hubo cambios sustanciales en la política de Estados Unidos cuando estaban por tomar cuerpo los principales organismos del sistema interamericano, con todo y que los países latinoamericanos le continuaban dando énfasis a las cuestiones económicas. Así, aún "cuando la Carta de la OEA proclama que uno de sus principios consiste en que la "cooperación económica es esencial para el bienestar común de los pueblos del Continente", y que el Consejo Interamericano Económico y Social se convirtió en uno de los organismos del Consejo de la OEA, la Novena Conferencia Internacional de Estados Americanos no incrementó sustancialmente la cooperación económica interamericana. Otra aspiración de larga historia de los latinoamericanos, la creación del banco interamericano para ayudar a su

desarrollo económico, fue archivado para su estudio por el Consejo Económico y Social, así como para su consideración durante la conferencia económica proyectada" (8).

Como los hombres de negocios y aún muchos funcionarios pedían con insistencia un Plan Marshall para América Latina, Estados Unidos no titubeó en enviar como presidente de su delegación, con el encargo de "marshalizar" Latinoamérica, precisamente al general George Marshall. El General llegó a Bogotá con las bolsas vacías, sin los millones de dólares con que antes había ido a Europa, ofreciendo tan sólo a Latinoamérica ayuda para combatir al comunismo e inversiones norteamericanas en tanto lograra crearse un "clima propicio" para ellas; pero el propósito de Marshall en Bogotá fue en esencia el mismo que por entonces defendía Estados Unidos en todas partes del mundo: "contener el desarrollo del socialismo, obstaculizando como fuera posible; oponerse a cualquier transformación profunda, inventar un supuesto peligro inminente para la "civilización cristiana" e incorporar a otros países a la estrategia anticomunista" (9).

Estados Unidos utilizó esta conferencia, como las que habrían de seguirle para alcanzar sus intereses particulares, prueba de ello es el lugar que se les tenía reservado

a los países latinoamericanos en las cuestiones económicas. El marco, en que se plantearon los problemas del desarrollo, fue en gran medida el tradicional: Estados Unidos trataba de reconquistar las posiciones que transitoriamente había perdido en ciertas ramas de actividad, y a la vez, de consolidar y extender su influencia en otras, y seguía viendo a Latinoamérica "como un arsenal de recursos materiales y de materias primas, como un conjunto de economías subordinadas que deberían seguir produciendo y exportando café, bananos, cereales, carnes, cobre, plomo y estaño" (10): Y aunque algunos países latinoamericanos, trataban débilmente de romper, o por lo menos de abrir y ensanchar el viejo sistema de explotación y dependencia lo hacían con timidez y, como siempre, cada quien por su lado. De ahí que a la postre el convenio económico de Bogotá no haya satisfecho a nadie.

Al final quedó un documento más o menos ecléctico, que si bien fue objeto de frases y elogios, a veces desmedidos, en verdad no suponía un exámen objetivo y serio de los problemas del desarrollo latinoamericano, ni podría servir de base a una estrategia económica adecuada. En efecto, "junto al señalamiento de que debía impulsarse la industrialización, mejorarse los precios de los productos primarios y crearse mecanismos de cooperación económica eficaces; Lati-

noamérica aceptó reconocer como factor de desarrollo, a un comercio internacional que más bien era y es causa del atraso, como la CEPAL lo haría ver insistentemente a partir de 1949; y a convalidó además una tesis sobre el desarrollo que asignaba un papel muy importante al capital extranjero" (11).

1.4 ESTADOS UNIDOS-AMERICA LATINA: UNA RELACION EN CONTINUO DETERIORO.

Sí bien, hubo cierta mejora en el aspecto comercial en 1950, en términos reales la relación Estados Unidos-América Latina, continuó deteriorándose. Los Estados Unidos insistían en la defensa contra la "agresión del comunismo internacional. De tal suerte que con Eisenhower la relación llegó a su más bajo nivel, sin embargo, esta administración sólo en las palabras trató de mejorar las relaciones mutuas, porque en los hechos continuaron las mismas políticas de sus predecesores. Ello quedó de relieve en los sucesos que tuvieron lugar en Guatemala, en donde la administración Eisenhower se empeñó en intervenir en dicho país considerando que el gobierno de Arbenz constituía una "amenaza para la seguridad del Continente", (de ahí que no cejó en su política agresiva a través de Dulles hasta que finalmente el gobierno de Arbenz fue derribado del poder).

En la denominada "Resolución Dulles" de Caracas la condena al régimen guatemalteco fue "aprobada, entre otros, por los dictadores de Argentina, Perú, Colombia, República Dominicana, Cuba, Nicaragua y Venezuela; pero no fueron denunciadas sus tiranías en la conferencia" (12). De ahí que países como Uruguay -que en ese entonces- señalara que se incluyera en tal condena a todos los regímenes totalitarios.

"...Lo ocurrido en Caracas en 1954, fue similar a lo que antes había sucedido en Washington, Bogotá y Río de Janeiro. Lo que Latinoamérica esperaba de la Conferencia, era un programa de cooperación económica internacional; pero una vez más, Estados Unidos puso sus intereses por encima de los del continente y continuó la reunión en otro campo de batalla contra la supuesta penetración del comunismo internacional" (13). La Resolución Dulles de Caracas constituía un grave retroceso en las relaciones interamericanas ya que con esta se dañaba de manera severa el principio de no intervención. Con dicha resolución se volvió más agresiva la estrategia anticomunista en el continente. Esta señalaba que: "el dominio o control de las instituciones políticas de cualquier estado, americano por parte del movimiento internacional comunista, que tenga por resultado la extensión hasta el continente americano del sistema político de una potencia extracontinental, constituía una amenaza a la soberanía y la independencia polif

tica que pondría en peligro la paz de América y exigiría la adopción de medidas procedentes de acuerdo con los tratados existentes" (14).

Esta resolución, como puede advertirse, dejaba la puerta abierta al intervencionismo contra cualquier gobierno que quisiera efectuar transformaciones internas, o cuando pretendiera la población de un país cambiar las estructuras sociales existentes. Ello sería contrario a los intereses de los Estados Unidos. Algunos delegados de países como Guatemala y México señalaban que esa declaración anticomunista constituiría no sólo la panamericanización del monroísmo sino además la "internacionalización del macarthismo". Paralelo a ello, la situación económica en América Latina continuaba agravándose, de ahí que durante el gobierno de Kubitshk en Brasil surgió un plan que tenía por objeto lograr la ayuda de los Estados Unidos hacia la región a través de inversiones y préstamos. Tal plan se le denominó "Operación Panamericana". La "operación panamericana" no logró despertar mayor interés, ni modificó la situación existente. En diversas reuniones en el seno de la OEA se habló de ella y a menudo fue objeto de una vistosa propaganda, pero en Estados Unidos sólo mereció una atención protocolaria, manteniéndose a la postre la postura tradicional norteamericana de insistir en que "la

atracción de inversiones privadas extranjeras, era el mejor medio para acelerar el desarrollo y hacer frente a los problemas financieros y a los desequilibrios de la balanza de pagos" (15). La actitud de los Estados Unidos ante la situación económica de América Latina continuaría así hasta que tiene lugar la revolución cubana en 1959.

1.5 LAS TRANSFORMACIONES REVOLUCIONARIAS Y LA NUEVA ESTRATEGIA NORTEAMERICANA.

1.5.1 La Alianza para el Progreso y la Doctrina de contra-insurgencia.

La visión sobre la realidad internacional.

El concepto de seguridad nacional -referido a la necesidad de los Estados Unidos de conservar su hegemonía económica y militar en el mundo-, cobra renovada importancia a fines de los años cincuenta, cuando tienen lugar en el escenario internacional profundos cambios como las llamadas "guerras de liberación" o "guerras revolucionarias" que se iniciaron en India, China, Malasia, Filipinas, Argelia y, finalmente Cuba en América Latina.

Iba a ser necesario que se diera en Cuba una revolución y que ésta se definiera como socialista, para que la Administración norteamericana en turno (John F. Kennedy), percibiera el peligro de crisis, y ensayara una vez más un acercamiento hacia el área.

Con el triunfo de la revolución cubana el panorama cambia totalmente. La tan temida amenaza desde el exterior, implícita en el concepto norteamericano de "seguridad hemisférica" no habría demostrado su viabilidad. Por el contrario, quedaba demostrado que la amenaza se encontraba en el interior mismo de las naciones satelizadas y que era inútil la organización que se había creado en función del ataque de la Unión Soviética. Después de la Revolución cubana, los objetivos de los llamados Programas de Ayuda Militar (MAP), se fueron modificando a medida que la amenaza de la revolución armada y la existencia de "más Cubas" se convertiría en la principal preocupación de los planes militares norteamericanos en el mundo. De esta forma, los políticos y estrategas norteamericanos empezaron a aceptar la idea de que el progreso económico y social era un pre-requisito importante para la estabilización en Latinoamérica. "Al cambiar el panorama o la visión de la realidad internacional, la estrategia global para enfrentarla cambia también".

1.5.2 La estrategia global a seguir.

Como remedio al contagio revolucionario, el presidente norteamericano Kennedy decidió, en 1961, iniciar un vasto programa de ayuda "financiera al desarrollo de los países

latinoamericanos", en conformidad con la ideología de la nueva "frontera", promovida por intelectuales catalogados de "centro-izquierda" influidos por los anhelos de las clases populares norteamericanas, la lucha contra el "castro-comunismo" debía realizarse más bien por medios reformistas que por medios o medidas represivos.

La presidencia de Kennedy constituyó el inicio de una nueva era en la política global norteamericana frente a la amenaza soviética. Sin embargo, los lineamientos básicos se incubaron durante la Administración Eisenhower: desde la perspectiva militar, Kennedy adoptó la doctrina estratégica de la respuesta flexible articulada previamente por el General Maxwell Taylor; desde el punto de vista de ayuda para el desarrollo Eisenhower había pedido al Congreso 600 millones de dólares para asistencia económica para América Latina, esta medida preparó el camino para la Administración Kennedy que llegó al poder con un gran interés en desarrollar el potencial militar americano para controlar las guerras insurreccionales del Tercer Mundo, tarea que había recibido poca atención. Estados Unidos había concentrado sus esfuerzos militares para resolver problemas de poder internacional global definido dentro de la estrategia de la "respuesta masiva" propugnada por el Secretario Dulles. Es decir, se concentró

en crear un arsenal nuclear y un sistema de alianzas militares lo suficientemente poderoso como para inhibir cualquier ataque masivo de su principal oponente: La Unión Soviética. Pero la amenaza más urgente se encontraba en otros lugares, en la periferia. Los ataques soviéticos directos eran prácticamente inexistentes, más bien se estaban aprovechando de los procesos políticos que vivían los países del Tercer Mundo (los soviéticos sí comprendían las razones objetivas y las explotaban), para promover a su interior movimientos revolucionarios.

Así, Kennedy en su primer mensaje (1960) sobre asuntos militares afirmaba "ya que la seguridad del mundo libre está amenazada no sólo por la posibilidad de un ataque nuclear, sino también por medio de su lento desgaste en la periferia a través de las fuerzas de subversión, infiltración, intimidación, revolución interna, guerra de guerrillas o una serie de guerras delimitadas" (16).

1.5.3 La ALPRO ¿una nueva relación interamericana?

Se constataba pues, que a pesar de la hegemonía norteamericana sobre el sistema internacional, éste experimentaba cambios adversos para Estados Unidos, más grave aún, pare-

cía que frente a los movimientos de liberación y esta nueva forma de agresión soviética (según el punto de vista norteamericano) no había respuesta inmediata. Con tal situación, se sientan las bases para un nuevo acercamiento entre ambas partes del continente (E.E.U.U.-A.L.).

En lo económico se lanza un programa, la Alianza para el Progreso (ALPRO) cuyo objetivo es altamente político: la contrarrevolución, pero que reviste características de una reivindicación financiera en la región, al comprometerse el gobierno de Estados Unidos a canalizar 2,000 millones de dólares anuales a la región, por un período de 10 años. Esta corriente financiera estaría constituida fundamentalmente por préstamos oficiales, multilaterales y bilaterales, reduciendo al máximo la participación en esa cifra de la inversión extranjera directa. La ALPRO condicionaba la canalización de esos recursos al emprendimiento de reformas socioeconómicas que al mejorar los niveles de vida en la región alejaran el peligro de una solución violenta.

La Alianza para el Progreso fue considerada en su momento, como un genuino compromiso gubernamental estadounidense de cooperar con las naciones latinoamericanas en la brega por las ambiciosas metas políticas, sociales y económicas.

cas, proclamadas en Punta del Este.

En última instancia, la Alianza para el Progreso estaba destinada a promover la seguridad nacional norteamericana y sus intereses económicos privados, ambos considerados no sólo compatibles con el progreso socioeconómico de Latinoamérica sino, en gran medida, dependientes de él.

1.5.4 El aspecto militar de la política.

En lo militar se elaboran nuevos programas que no sólo reforzaron el aparato militar latinoamericano en términos de armas o de oficiales entrenados en escuelas norteamericanas, sino que al implementarse un nuevo concepto de "seguridad intercontinental" particularizaron el tipo de instrucción para hacerla más adecuada a las nuevas actividades de contrainsurgencia, e involucraron a las fuerzas armadas en lo que se llamó "acción cívica", que aparentemente buscaba mejorar la deteriorada imagen del ejército en la región, haciéndolo participar en tareas civiles -construcción de caminos, campañas sanitarias, etc.- pero que en realidad constituyó una forma adicional de penetración e infiltración en las zonas donde había problemas de guerrillas.

Así pues, la contrainsurgencia fue la otra cara de la moneda de la Alianza para el Progreso, en donde los militares iban a desempeñar un papel protagónico en los aspectos represivos de esta estrategia; en primer lugar como ya se mencionó, a través de los programas denominados de "acción cívica".

"Dicha acción estaba calculada para poner a los militares en íntimo contacto con el pueblo, especialmente en las zonas rurales (donde se localizaba la mayor parte de la insurgencia a mediados de los años sesenta), mediante la participación en proyectos de desarrollo (...) que promoverían una imagen positiva de las fuerzas armadas" (17).

De esta manera, el concepto de constrainsurgencia, debe entenderse como un cuerpo de técnicas y tácticas estrictamente militares con los cuales se habría de enfrentar a la guerrilla. Ellas implicaban movimientos de fuerza de amplias unidades; desde pesado equipo de guerra hasta sofisticadas armas. Todo esto con el objetivo de superar la dificultad que representaba el combatir contra fuerzas de guerrilla dispersas y móviles. Estos movimientos implicaban operaciones descentralizadas, comunicaciones efectivas, el uso de equipo ligero y de pequeñas unidades de patrulla y sobre todo, la imaginación y flexibilidad considerables por parte del jefe de

dichas unidades. El papel que jugó la contrainsurgencia fue más de tipo político que militar, e implicó un sustancial entrenamiento de las fuerzas políticas de América Latina, quienes hicieron a un lado el papel clásico de defensa contra la invasión externa.

En lo político, se pretendió ayudar a la promoción de la democracia en América Latina, utilizando para ello la práctica del reconocimiento de gobierno. La administración de Kennedy señaló que sólo reconocería a aquellos gobiernos de jure y no de facto porque éstos últimos dudosamente representaban la voluntad popular. Obviamente el no reconocimiento equivalía a la suspensión de la ayuda norteamericana. La promoción de la democracia en América Latina no alcanzó nunca el status de política continental, ya que hubo tantas excepciones en su aplicación que acabaron por invalidarla. Quizá el caso más claro sea el reconocimiento inmediato que recibió la Junta Militar ecuatoriana que con ayuda norteamericana derrocó, en 1963, al presidente Arosamena, cuyo gobierno se había opuesto a la expulsión de Cuba de la OEA.

1.5.5 Resultados de la estrategia.

En resumen, el acercamiento entre Estados Unidos y

América Latina que había sido un signo característico antes y durante la Segunda Guerra Mundial, va a ser dejado de lado, al término de ésta y sustituido por una falta de auténtico compromiso continental por parte del gobierno norteamericano.

Con la aparición de un Estado socialista (Cuba), Estados Unidos vio amenazada su hegemonía en el continente obligándose a redefinir su papel en América Latina y el de las Fuerzas Armadas latinoamericanas. Así, bajo Kennedy, la seguridad interna y la lucha antisubversiva vienen a sustituir a la defensa común contra una agresión extranjera.

La preocupación personal de Kennedy por la supuesta amenaza para la seguridad estadounidense en Latinoamérica -preocupación agudizada por la actitud de Castro en Cuba, y reforzada cuando Kruschchev, en enero de 1961, anunció el respaldo soviético a las "guerras de liberación"-, hizo que la Casa Blanca, a principios de ese año, viera a Latinoamérica en términos de estrategia nacional. Ya que debemos entender que Washington posee intereses estratégicos permanentes, así como diseños de largo plazo que pueden adecuarse a las nuevas realidades impuestas de los cambios sociales en la región, pero no varían sustancialmente.

ALPRO resultó ser en la práctica muy decepcionante. Desde su comienzo, era obvio que el programa de la Alianza estaba concebida para mantener la dependencia económica de América Latina; los fondos no debían ser utilizados para proyectos de cambio estructural que conllevaran a una mayor autonomía de desarrollo económico de las naciones al sur del Río Grande, ni tampoco serían suministrados a quienes nacionalizaran empresas de propiedad privada. Las únicas reformas que la Alianza propiciaba eran las de tipo paternalista, vinculadas a un desarrollo económico en el marco de un sistema de dependencia ya existente.

De acuerdo a como la concibieron sus autores, la Alianza contrarrestaría la atracción del castrismo ante las masas dóciles de campesinos trabajadores de América Latina, al ofrecerles beneficios económicos y reforma social dentro de un marco de democratización política. Este programa previsto para matar dos pájaros de un tiro, no mató a ninguno. No disipó el peligro revolucionario, ni llevó a las clases desheredadas de América Latina, progreso significativo alguno, ya fuese económico, social o político.

Y es que en realidad la estrategia de suministrar grandes recursos económicos y militares para derrotar a cual

quier movimiento popular se apoya por sí mismo en la existencia de regímenes militares. "Esta estrategia está calculada para garantizar la ininterrumpida rentabilidad de las inversiones norteamericanas, un suministro continuo de materias primas, mano de obra barata y acceso a las bases y mercados militares, todo lo cual es esencial para la supervivencia para la supervivencia del sistema imperialista norteamericano. A medida que fue fracasando la solución reformista de la Alianza para el Progreso y los regímenes liberales burgueses demostraron ser incapaces de controlar las fuerzas revolucionarias y populares, los militares patrocinados por Estados Unidos pasaron a la ofensiva y llevaron a cabo golpes "preventivos" para impedir la tendencia hacia el nacionalismo y el socialismo. Para darse una idea de la magnitud de esta tendencia es preciso señalar que de 1960 a 1969 "once gobiernos constitucionalmente elegidos fueron desplazados por dictaduras militares. Esto aumentó aún más el poder de los militares norteamericanos, dada su relación estrecha con los nuevos dictadores y la necesidad de seguirlos ayudando para consolidar sus posiciones minoritarias y aumentar la "seguridad" (18).

A nivel global, la Doctrina de la contrainsurgencia, si bien se pone en práctica no siempre se aplicó al pie de la

letra. "En algunos casos como Brasil o República Dominicana debió ser reemplazada por la dosestabilización interna o el uso directo de tropas convencionales, para enfrentar situaciones en las que la amenaza adquirió características distintas" (19). Empero, pronto tendría un estrepitoso fracaso en Vietnam aún cuando se emplearon 500,000 soldados. Fué un alto costo interno para los Estados Unidos (en vidas, tiempo recursos y credibilidad) mismo que movilizó a amplios sectores de la opinión pública de ese país, e influyó para la salida de las tropas norteamericanas desplegadas en Vietnam. Algunos estudiosos suponen que la sociedad norteamericana aún no se repone del "síndrome de Vietnam". Por lo tanto, tal estrategia debió ser abandonado -al menos mientras se olvidan los costos internos que produjo-.

A partir de tal experiencia los Estados Unidos se rían más cuidadosos en el futuro y evitarían involucrarse en un conflicto que incluyera grandes núcleos militares en tierra durante una guerra de contrainsurgencia.

1.6. La derrota marca la estrategia: situación de Estados Unidos en el mundo.

El cambio de estrategia militar no ocurre fuera de

contexto. A nivel global y a partir de 1960 hasta la fecha la hegemonía de los Estados Unidos tiende a erosionarse (tanto en lo económico como en lo político y militar). Para el banquero Félix Rohatyn, la decadencia de Estados Unidos como potencia mundial es un hecho; sostiene que el siglo americano, tal y como caracterizó Henry Luce al período iniciado después de la Segunda Guerra Mundial, duró tan sólo veinte años. "De 1945 a 1965 Estados Unidos dominó el mundo: era la principal potencia militar, el líder industrial, el poder financiero dominante. Las armas nucleares mantenían la Pax Americana; el dólar era la base de los acuerdos de Bretton Woods que propiciaron floreciente economía mundial... El Sputnik, la guerra de Vietnam, Watergate, la competencia tecnológica de Japón y los choques petroleros acarrearón el prematuro final del siglo americano". Se ha debatido extensamente sobre el debilitamiento de la hegemonía económica de Estados Unidos. La brecha productiva con Europa y Japón, surgida de la guerra, se cerró. El régimen monetario fue modificado después de que a principios de la década de 1970 se canceló la convertibilidad del dólar y éste se depreció con respecto a otras divisas fuertes.

La lectura de esta nueva realidad en los Estados Unidos llevaría a lo que Robert Tucker llama una de las modi-

ficaciones de largo alcance que tienen lugar en la definición de la política exterior de este país después de la Segunda Guerra Mundial: la política de distensión en la primera administración Nixon. Se trata de una estrategia de recomposición hegemónica señalada, así como frente a aquella relacionada al consenso interno por la participación de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam. La problemática económica que enfrenta la administración Nixon y que no resuelve esta administración condicionaría una estrategia de recomposición centrada en los aspectos económicos. Dicha estrategia al poner el acento en las cuestiones económicas caracterizaría una política de globalismo económico, de administración colectiva del capitalismo, pero con Estados Unidos a la cabeza. Esta estrategia es delineada y es producto de los trabajos y los miembros de lo que fué la Comisión trilateral. Como señala Carlos Rico, en la década de los sesentas y desde años antes, las reglas del juego establecidas en la posguerra y que permitían la existencia de un sistema estable, estaban ya rotas. Frente a esta situación, la reacción norteamericana es de búsqueda de alternativas para recuperar la hegemonía en donde la estrategia seguida por el presidente Nixon es la política de distensión.

1.6.1 La política de distensión en la Administración Nixon.

En el final de la década de los sesentas tuvo lugar una alteración fundamental de las condiciones que habían definido la posición de los Estados Unidos como superpotencia; debido al rápido programa de tecnología aero-espacial y balística, la Unión Soviética estaba a punto de alcanzar la paridad en armas estratégicas. Había empezado el proceso hacia la eliminación de las bases que aseguraban la capacidad de alcance de las armas norteamericanas; el Japón y Europa Occidental cerraban la brecha económica, como ya se dijo anteriormente. Económicamente la declinación de la posición de los Estados Unidos repercutió en el debilitamiento del dólar y la correspondiente revaluación del yen, el marco y el franco. La guerra de Vietnam puso en tela de juicio la eficacia del poder norteamericano y la doctrina de las guerras limitadas. En el crisol de Vietnam se había roto el consenso de la Guerra Fría.

Frente a esta situación estaría el gran diseñador de la estrategia en la persona de Henry Kissinger. La redefinición de la política exterior tomaría de nuevo como referencia a la Unión Soviética sobre la base de presupuestos

opuestos a los de la Guerra Fría o contención. En esta es trategia, se mantiene la creencia profundamente arraigada de que la URSS es un rival ambicioso y el único potencial retador de la supremacía global norteamericana, que sigue dictando la diplomacia y la planeación estratégica de los Estados Unidos.

Comparada con la década de los cincuenta, la vi sión de los setentas, sin embargo, resultaba más juiciosa o racional. En aquellos años Kissinger consideraba a la URSS como una amenaza no sólo en términos geopolíticos, sino también en términos ideológicos. Para él, la URSS y Chi na son estimados por igual como "potencias revolucionarias" que, "no aceptan el marco del orden internacional o la estructura interna de otros estados o ambas cosas". En los setentas considera a ambas como fuerzas potencialmente favo rables al status quo, como potencias que eran susceptibles de ser inducidas a respetar el "marco del orden internacional". Así, la política norteamericana hacia la URSS en este diseño puede ser descrita como de colaboración antagónica. En ella se combinan elementos de premio y castigo en di ferentes áreas.

Los incentivos para el incremento de la participa-

ción soviética en el orden internacional o su incorporación para el mantenimiento de éste incluía: mejoras económicas en las relaciones con Estados Unidos, acuerdos de armamentos limitados, el abandono de la retórica del "roll-back" de J.F. Dulles y su corolario, el reconocimiento de la esfera de influencia soviética en Europa Oriental, así como la tolerancia hacia la creciente influencia soviética en las zonas de interés estratégico despreciables para los Estados Unidos; los elementos de enfriamiento comprendían, lo mismo que la expansión y modernización intensiva del poder marítimo, la planeción y desarrollo del sistema de armas para el despliegue de armas nucleares tácticas, como los despliegues de fuerzas específicas.

En su preocupación por el "orden internacional", Kissinger encuentra que tanto la URSS como China eran sistemas mixtos, en cuanto que estas habían adquirido cierto interés en el mantenimiento del orden y que ambas eran sensibles a los incentivos y podían ser inducidos, mediante presiones, a limitar su apoyo a los movimientos de liberación.

Como se señaló, la distensión se podría definir como una colaboración a través de la correlación entre ambos

fenómenos. La resolución de cada enfrentamiento en favor de los Estados Unidos depende no de los métodos individuales del caso, sino del equilibrio de poder general. Se esperaba que una demostración de fuerza y voluntad en un terreno y de flexibilidad en otro, contribuyera a lograr una resolución favorable en un tercero. Nixon lo expresó así ante el Congreso en 1971 : " Lo que quiero hacer es ocuparme de que tengamos conversaciones sobre armas estratégicas, de tal manera y en tal momento que, si es posible, provoquen progresos también en otros problemas de importancia -por ejemplo, en el Medio Oriente- y en otros problemas sobresalientes en los que la actuación conjunta de los Estados Unidos y la Unión Soviética puedan servir a la causa de la paz" (20).

Con el presidente Nixon, la visión de una Unión Soviética moderada implica según Kissinger "incitar a la Unión Soviética a mantener con los Estados Unidos dos relaciones al mismo tiempo concretas y prácticas", y está en la posibilidad norteamericana buscar la manera de que la URSS encuentre conveniente seguir una línea moderada. Se trata de obtener de la URSS un cierto comportamiento internacional. El instrumento seleccionado es la economía. Para ello se necesitaba "destruir la naturaleza autártica de la URSS"; el resul

tado sería que la URSS sería ligada a los Estados Unidos por una espesa red de relaciones que la harían interesada en el equilibrio y la estabilidad.

Por lo que este período presidencial de Nixon, desarrollado en el contexto de la Guerra de Vietnam y caracterizado por la proclamación de la política de "negligencia benigna", hace que Estados Unidos solicite a sus aliados financien sus programas de desarrollo, a cambio de respetar su autonomía. A la par, se proclama la "Doctrina Nixon", consistente en una reordenación de las alianzas militares, abriéndose paso a un proceso de descentralización estratégica, mediante el cual los países líderes en determinadas áreas se caracterizarán como aliados preferentes. En este período, tanto México como Brasil son buscados por la diplomacia norteamericana.

Los efectos de tal política en América Latina, propician el ascenso de regímenes radicales y nacionalistas. En respuesta, Estados Unidos formula una política de contención, cooptación y desestabilización.

1.6.2 La política de Estados Unidos hacia el Tercer Mundo y la Doctrina de Nixon en América Latina.

En cuanto a la política adoptada hacia el Tercer Mun

do, cabe señalar que el fracaso de la Doctrina de la contrainsurgencia no fué óbice para que los Estados Unidos siguieran interviniendo ahí donde estuviesen "amenazados" sus intereses. De tal forma que a la estrategia de la "respuesta flexible" y su "doctrina de contrainsurgencia" le sigue la llamada Doctrina Nixon, que si bien, ya no se basa en el empleo directo de tropas norteamericanas se apoya en el apuntalamiento de gobiernos represivos clientes de los Estados Unidos. Los Estados Unidos, darían a su vez el recubrimiento aéreo y naval requerido. Aunque el empleo de fuerzas terrestres en acciones de larga duración no queda bien definido en esta estrategia que favorece a aquellas de despliegue rápido. Este diseño estratégico daría prioridad a Europa y Medio Oriente. La Doctrina Nixon es pues, un cam
b
í
o
n
o
t
a
b
l
e
notable en la estrategia de los Estados Unidos, en donde la política de Washington hacia América Latina presenta rasgos novedosos, ya que a partir de aquí tienden a incrementar
se
los
g
o
bi
er
nos
dictatoriales.

Para asegurar el éxito de la Doctrina Nixon, los Estados Unidos decidieron inyectar millones de dólares en ayuda militar para América Latina, enviando equipo militar, consejeros e implementando programas de adiestramiento en sus escuelas, sobre todo sus bases militares. Con la Doctri-

na Nixon los gobiernos satélites de Washington habrían de compartir la responsabilidad de mantener la estabilidad del sistema tanto a nivel interno como externo. Con esta estrategia se dá la "sustitución de los soldados norteamericanos" quedando acallada la oposición norteamericana interna porque las fuerzas de intervención tienen los mismos trasfondos raciales y étnicos que sus víctimas, y los costos del apoyo norteamericano quedan reducidos" (21). Aunque esta estrategia tiene también sus fallas: los regímenes considerados por Washington como dignos de más confianza, son vistos con una esencial desaprobación por sus propias poblaciones. Esto se deduce naturalmente si pensamos en que los factores que a Washington le parecen más atractivos -centralización de la toma de decisiones, poder militar abundante y un aparato de control social altamente desarrollado tienden a florecer a expensas de la democracia interna y de la justicia económica.

1.6.3 La revitalización de las dictaduras en América Latina.

Como ha podido advertirse, y como lo afirman Noam Chomsky y Edward Herman S., "el entrenamiento y suministro militar, la ampliación y el cultivo en los establishment militar y de inteligencia, así como la vigilancia y desestabilización por la CIA, han sido elementos claves del "contacto en

Washington", utilizados para proteger los intereses norteamericanos en sus estados clientes en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos entrena a personal militar cliente en alrededor de 150 bases y escuelas de entrenamiento, y envía unidades móviles y asesores a trabajar dentro de cada país. Ese entrenamiento ha dado mucha importancia al acondicionamiento ideológico y ha impregnado a los jóvenes oficiales latinoamericanos del dogma anticomunista de principios de la década de 1950, de que en cualquier parte puede haber infiltrados subversivos. Además del contexto ideológico de esta visión del mundo, el entrenamiento militar norteamericano ha ayudado deliberadamente a construir una red de relaciones personales entre los cuadros militares de Estados Unidos y América Latina. Este vínculo ha sido reforzado además por la ayuda militar de la potencia más rica, así como por maniobras y planificación logística hechas en forma cooperativa. Más de 200 mil miembros de los ejércitos latinoamericanos han recibido entrenamiento en los Estados Unidos y desde 1949 más de 35 mil oficiales latinoamericanos han estudiado en la School for the Americas solamente; una escuela identificada en América Latina por su función histórica como escuela de golpes" (22). Lo cual tiende a corroborarse al constatar el origen de procedencia de los dictadores de América Latina entre los cuales destacan "Pinochet y Leigh, de Chile"

"Geisel de Brasil", "Massera de Argentina" y otros". (23). Por otro lado, se han robustecido cada vez más la potencia-
lidad de fuego de las armas norteamericanas. Se tecnifica
a grandes pasos el aparato militar, lo cual ha llevado al
extremo de fabricar armas nucleares portátiles.

1.6.4 La negligencia benigna.

El período de Nixon se caracteriza por una "negli-
gencia benigna" hacia América Latina en el aspecto económico,
es decir, se canalizan pocos recursos a la región, lo cual ya
venía sucediendo desde la Administración Johnson, además de
que como se ha señalado, con Kennedy la Alianza para el Progre
so resultó una estrategia únicamente retórica "Nixon demanda
de los aliados de Estados Unidos que asuman el esfuerzo direc
to de financiar sus propios planes de desarrollo, a cambio de
lo cual se compromete a aumentar el respeto por la autonomía
de los países de América Latina" (24). Aunque posteriormen-
te quedó demostrado que no sería del todo así, ya que en este
período no dejan de intervenir en aquellos países que asumie-
ron políticas no deseadas por Washington como sucedió con Chi
le, en el mandato de Salvador Allende.

Como resultado de la crisis política de Watergate, a
partir de 1974 y hasta el término de la Administración Ford en

1977, el manejo de los problemas latinoamericanos se caracteriza por la ausencia de una política bien delineada.

En resumen, la Administración Nixon aceptó la nueva realidad de paridad estratégica con la URSS por lo cual buscó acuerdos para resolver algunos de los principales conflictos. A ambos países les convenía por cuestiones económicas y sociales. Los gobiernos de E.F.U.U. y la URSS, se habían dado cuenta que un incremento en las armas no significaba mayor seguridad, sino que, por el contrario, únicamente obstaculizaba la resolución de los conflictos políticos. Estados Unidos afrontaba las secuelas de la Guerra de Vietnam y la URSS tenía presiones de tipo económico con países del bloque socialista. Esto hizo posible las negociaciones SALT y la Conferencia de Helsinki (donde los países europeos jugaron un papel muy importante). Por lo que la década de los setentas se conoce como un período de relajamiento de la tensión internacional que permitió llegar a acuerdos de tipo político, cultural, comercial y de reducción de armamento.

1.7 La recomposición hegemónica de Carter.

Dentro del conjunto de factores que condicionaron la redefinición del proyecto de recomposición hegemónica es

tadounidense a la llegada de James Carter al gobierno de Es dos Unidos destacan: la crisis económica del conjunto del sistema capitalista en esos años y la redefinición por la que atravesaba el sistema internacional en el mismo período. James Carter pretende identificar los ideales internos con los lineamientos de la política exterior. En tal sentido proclama su política de "Derechos Humanos", mediante la cual condiciona el apoyo a diversos gobiernos latinoamericanos. Tras la redefinición de las ventas de armamento y la exclusión de ayuda militar a los regímenes militares-autoritarios, violadores de los derechos humanos y con el triunfo de la revolución sandinista, se retorna a una política pragmática y casuística.

En el aspecto económico, se da una crisis muy aguda en 1974-75, cuando la economía internacional entra en una fase sincrónica de crisis y de profundidad comparable a la de 1929. El desempleo, la caída de la inversión, la inflación, la generalización de la capacidad ociosa, etc., invadirían en esos años las economías capitalistas y se plantearía el problema como generalizado.

En cuanto a la redefinición del sistema internacional destacaba el poder creciente de las naciones petroleras,

la incorporación de China como centro de poder en la política mundial, las demandas del Tercer Mundo -en donde algunos países de América Latina llevaban un rol protagónico- por un orden económico internacional más justo en las Naciones Unidas, las tendencias centrífugas al interior del campo capitalista y la desconfianza en el "paraguas" nuclear por los europeos.

Frente a la problemática económica destacaban las propuestas de los sectores principalmente afectados por la crisis internacional, es decir, los representantes de las empresas transnacionales. Así, estos últimos están particularmente interesados en un intercambio libre y abierto, en oposición a los sectores nacionalistas y proteccionistas, en la visión de los primeros, la tensión económica internacional podía dificultar el funcionamiento de la economía mundial transnacionalizada. Esta óptica se impone y sus visiones en la maquinaria estatal norteamericana serían personalizadas por la integración de los miembros o ex-miembros de la Comisión Trilateral a ésta. En este período, los grupos transnacionalizados logran hegemonizar el aparato del estado e imponen un intento de recomposición hegemónica norteamericana por la vía del globalismo económico.

Por lo que toca a las relaciones de Estados Unidos con el resto del mundo capitalista -área a la que se refieren los planteamientos trilaterales- destacaba en primer lugar y como objetivo central, la coordinación de la unidad de acción de las más importantes potencias capitalistas en los principales temas de la economía: la política internacional se dá mediante la implementación de un liderazgo compartido. A partir de la coordinación entre las potencias capitalistas se pretende dar respuesta a los desafíos comunes. La política exterior de los Estados Unidos se redefine con referencia a los socios capitalistas, una vez que se consigue un conjunto de acuerdos con la URSS en la época de Nixon, que suponen que se comparte seguridad con ella.

Así, la búsqueda de la coordinación capitalista incluía un espacio para algunos países periféricos, con dos objetivos. Por una parte, se rechazan las tácticas de confrontación entre el "Norte" y el "Sur", y por otra, se busca cooperar a los que interesaban de acuerdo a los temas de preocupación. Los temas relevantes para considerar a los países periféricos como susceptibles de trato preferente eran los de energéticos, de materias primas y aquellos de participación en el Diálogo Norte-Sur, como países con funciones moderadas.

De acuerdo a Brezezinski, la única forma de recuperar la pérdida de competitividad y eficacia frente al Este, pasaba por la organización corporativa. Para hacer frente a éste desafío en el marco de las empresas transnacionales se ponía el énfasis en las relaciones entre los países capitalistas desarrollados en lo relativo a la superación de fricciones y a la coordinación de políticas en esferas monetarias, comerciales y de energía. Además, se plantea la revisión de las relaciones con la periferia, especialmente con los países de la OPEP, la relación con los países socialistas y los problemas globales. América Latina no quedaría excluida: se diseña una política central, la de derechos humanos (de esta nos referiremos más adelante). Sin embargo, la preocupación central trilateral era la de las relaciones entre los países desarrollados capitalistas, "el inicio de la detente" y el ascenso de las reivindicaciones de los países denominados del Tercer Mundo obligaban a Estados Unidos a abandonar la óptica exclusiva "Este-Oeste", predominante en el período de la Guerra Fría, a fin de combinar flexiblemente las exigencias de este eje con la lógica del enfoque Norte-Sur, que los países en desarrollo buscaban imponer en las agendas de los organismos internacionales. De este esquema se desprendería una total redefinición de las relaciones del gobierno de Washington con América Latina. El punto clave

de dicha propuesta era el "reemplazo de las antiguas relaciones interamericanas por una combinación de factores globales y regionales. Con esto América Latina dejaba de ser considerada como un área homogénea y era parte del mundo en desarrollo según la nueva fórmula norteamericana que se vislumbraba. También como lo comenta Luis Maira, "el diseño original de la política de Carter era identificarse con un proceso gradual de "democratización", por ello en parte la política de los derechos humanos de esta Administración" (25).

Esta política de la Administración Carter de los derechos humanos aunada a la de no proliferación nuclear en el Continente americano -ésta última era más retórica que real- le ocasionó fricciones con países como Brasil y Argentina que decidieron buscar otras fuentes de aprovisionamiento para continuar con sus proyectos. Con México hubo también problemas en especial en cuestiones energéticas en los primeros años. Bajo la rúbrica del pluralismo ideológico, Carter trató de "mejorar las relaciones con una amplia gama de naciones que no estuvieron siempre de acuerdo con Estados Unidos respecto de algunos asuntos internacionales. En América Latina, esta tolerancia se manifestó en una voluntad de reparar las relaciones con el gobierno socialdemócrata de Michael Manley en Jamaica, en la transferencia del Canal de Panamá al gobierno

populista con inclinaciones hacia la izquierda, de Omar Torrijos, y en -inicialmente- considerar la normalización de las relaciones con el gobierno marxista-leninista de Fidel Castro en Cuba. Era pues, un propósito por mejorar la imagen de los Estados Unidos, que había estado vinculada por mucho tiempo con autocracias brutales"(26). Por supuesto, la Administración Carter nunca vió su política de derechos humanos en términos estrictamente moralistas. Al contrario, algunos analistas sofisticados la presentaron como una estrategia de seguridad nacional basada en factores socioeconómicos, políticos y militares. Argumentaron que los dictadores derechistas resueltos a mantener estructuras sociales anacrónicas constituyen graves riesgos para la seguridad; cuanto más dependen de la fuerza bruta para sostenerse, más rápidamente producen opositores radicales. "Si Estados Unidos apoyara totalmente a tales gobiernos, en realidad pondría en peligro los intereses de seguridad nacional; a la larga tales regímenes se desintegrarían y un pueblo enojado recordaría amargamente -como lo hizo en Irán- que Estados Unidos estaba del lado de los tiranos"(27).

1.7.1 Los Derechos Humanos en la Administración Carter.

De hecho, la política distintiva de la Adminis-

tración Carter hacia América Latina fue la política de los Derechos Humanos. Empero, no obstante la aparente firmeza que proyectaron las primeras declaraciones de Carter respecto a la posición que tomaría su país en la defensa de los derechos humanos, en los hechos tales declaraciones y tal posición únicamente sirvieron a manera de propaganda, tanto a nivel interno, es decir, para cuestiones de política doméstica, como a nivel externo, para mejorar la imagen. Según Noam Chomsky, tal política ha sido "relativamente fuerte contra las violaciones soviéticas en Cambodia de los derechos civiles, y débil o inexistente en cuanto a los derechos humanos de los Estados clientes de los Estados Unidos" (28). Fue un intento de Washington por disociarse de la imagen que tenía por crear y apoyar a gobiernos de tipo dictatorial, los cuales proliferaban de manera especial en América Latina. Aparentemente, Estados Unidos amenazó con sancionar económicamente a aquellos transgresores de los derechos humanos, y si bien, hubo cierta reducción de la ayuda que canalizaba a algunos de los países aliados como Argentina, Uruguay y Etiopía; el apoyo y suministro de elementos represivos, armamentos y asesoría se mantuvo en constante aumento durante su mandato; ya sea directa o indirectamente -a través de agencias, operaciones encubiertas, etc.-.

Así, entre las naciones que continuaron como las máximas violadoras de derechos humanos han sobresalido siempre países estrechamente vinculados a Washington. Y es que el "vinculo entre los intereses y el poder los Estados Unidos por un lado, y las violaciones graves de los derechos humanos por el otro, es sistemático, no accidental. Un poderoso complejo de intereses comerciales y financieros, burocratas militares de la CIA y el Departamento de Estado y políticos se preocupan exclusivamente por el clima de inversiones y la confiabilidad de los clientes militares y la estructura de intereses ha determinado por mucho tiempo el vasto alcance de la política"(29). De tal suerte que los países que han sobresalido como violadores de los derechos humanos han sido Argentina, Brasil, Chile, Corea del Sur, Etiopía, Filipinas, Indonesia, Irán, Tailandia y Uruguay (en la década de los 70's fue bastante notorio el fenómeno, ya que la mayoría de esos gobiernos eran dictatoriales). Recientemente, en América Latina y en algunos de esos países se ha dado un retorno al civilismo pero este retorno no se dió por impulso de los Estados Unidos sino debido a la correlación de fuerzas sociales internas de cada uno de los países. Empero, en tal época, dichos gobiernos se han caracterizado por suprimir cualquier movimiento que en la concepción de los gobernantes pudieran representar un peligro para el Estado. Así, las

"ventas de armas, los créditos, las donaciones y los programas de entrenamiento continuaron prácticamente en 1977-78 para Filipinas, Corea del Sur, Tailandia e Indonesia, países con una trayectoria establecida de graves violaciones a los derechos humanos... el flujo de fondos de instituciones tanto internacionales como norteamericanas privadas ha aumentado sin interferencias bajo el régimen de terror y no ha habido interferencia con el comercio normal, tan drástica medida se reserva para crímenes serios, como la expropiación de propiedades norteamericanas por parte de Cuba"(30).

En su mayor proporción, el armamento suministrado por Estados Unidos sirvió para reprimir a la población de cada uno de los países, aún cuando se argumentaba que los Estados Unidos lo proporcionaban para la defensa externa (como sucedió en el golpe de Estado en Indonesia), los expedientes del gobierno muestran que "las agencias y corporaciones norteamericanas están facilitando armas, equipo, adiestramiento y ayuda técnica a la policía y las fuerzas paramilitares más directamente involucradas en la tortura, asesinato y encarcelamiento de disidentes civiles"(31). Con los principales transgresores de los derechos humanos, Estados Unidos se ha vinculado a través de la asesoría militar que ha venido proporcionando en las bases y cuarteles militares por medio de la ayuda en

cubierta destinada a la represión.

"...No es razonable que el reciente descubrimiento de violaciones de los derechos humanos contrarreste los factores sistemáticos que han impulsado a los Estados Unidos a imponer y mantener el fascismo cliente, factores basados en intereses económicos poderosos y de gran peso que de ningún modo se han visto disminuidos por los acontecimientos recientes internos o internacionales" (32). En el aspecto global con las recomendaciones de la Comisión Trilateral se buscaba redefinir sobre esa base la política exterior estadounidense y no sólo ésta, sino la de los demás países miembros de la misma. El concepto de diseño que guiaba las recomendaciones de la Comisión era el de la interdependencia, para llegar a la conclusión de que los problemas se debían enfrentar de manera colectiva, es decir, se sustituye aparentemente el liderazgo individual de los Estados Unidos por el liderazgo colectivo.

Al final de la Administración Carter, los cambios en el sistema internacional -invasión a Afganistán, crisis en Irán, Centroamérica, etc.- condicionarían la política pragmática de los Estados Unidos que llevarían a abandonar por parte de Carter los diseños y recomendaciones de la Co-

misión Trilateral. El interés colectivo no se pudo imponer a un interés nacional, que de nuevo se impuso con la nueva administración en 1980. La política de coordinación en un marco informal demostró que no es posible si se carece de un marco institucional - v.gr. Las Cumbres de los Siete-, pero además de la voluntad política para llevarla a cabo.

El enfoque económico-globalista en los proyectos de recomposición de la hegemonía estadounidense en la Administración Carter, eran complementarios. Sin embargo, como cada uno formaba parte de un posible todo, quedaron incompletos. En virtud de que la política globalista estaba inspirada fundamentalmente en una lógica económica y la política económica falló. El deterioro de la capacidad de imposición de los Estados Unidos en el escenario internacional en varios ámbitos, limitó la voluntad de recuperación de la hegemonía de dicho país, así como las nuevas realidades pusieron trabas a las maniobras que con facilidad realizara en otros tiempos en materia de política exterior.

En esta última etapa, los acontecimientos principales del quehacer de Washington fueron las presiones sobre los gobiernos de Jamaica y Granada (presiones que llevarían a la crisis interna al gobierno del Primer Ministro Michael

Manley y a su derrota electoral en noviembre de 1980), la denuncia de la presencia de una brigada de combate soviética en Cuba, y el apoyo más estrecho de la Junta Cívico-Militar de El Salvador. Durante los dos últimos años, los formuladores de la política latinoamericana de la Administración demócrata redujeron al mínimo la retórica democrática y de derechos humanos, y suprimieron virtualmente cualquier acción en dicha dirección.

La respuesta de James Carter fue insuficiente para lograr la recomposición de la hegemonía norteamericana. Todos los cambios que ocurrieron a nivel mundial en las postrimerías de esta administración fueron achacados a la "ineficiencia" de los Estados Unidos por contenerlos, de ahí, que al interior de este país emergiera con fuerza el sector neoconservador, con Ronald Reagan a la cabeza. El fin de los neoconservadores es el mismo: recobrar la hegemonía de los Estados Unidos sólo que hay cierta variación en cuanto que hay una mayor estridencia retórica, no hay que olvidar que desde la invasión soviética a Afganistán, la Administración Carter presentó un cambio radical en su política global, sin embargo, el desprestigio sufrido le impidió continuar.

El viraje se inicia de manera más clara con Ronald

Reagan y es cuando se percibe que la política exterior de los Estados Unidos está fallando a nivel global, bajo el supuesto de que los retos a nivel mundial se estaban incrementando contra los Estados Unidos y que la Administración anterior había hecho poco para contrarrestarlos, "peor aún, ni el crecimiento de la amenaza, ni la disminución de los recursos serían fruto inevitable del desarrollo de los acontecimientos mundiales o la política interna, sino explícitamente atribuibles a las decisiones adoptadas por quienes habían tenido a su cargo el diseño de la estrategia norteamericana" (33).

De tal forma que la Administración de Ronald Reagan se aprestó a reformular la estrategia que habrían de mantener los Estados Unidos, así, se abandona la política de distensión y se empieza a dar lugar a políticas de rearme y confrontación, en un ambiente que no es del todo propicio, tanto en lo económico, como en lo político, lo cual le provoca al gobierno de Estados Unidos fricciones con sus aliados de la OTAN y de América Latina. En Estados Unidos, tal cambio estuvo favorecido por el hecho de que desde siempre, los dirigentes norteamericanos le habían imbuído al público la idea de que cualquier cambio que se produce en el exterior constituye una amenaza a la "seguridad e intereses vitales"

de los Estados Unidos, y dentro de tales amenazas la Unión Soviética -que es concebida como la principal-, se encuentra detrás de los cambios en el status-quo. Por lo que en los primeros discursos que Ronald Reagan hace en el seno del Congreso manifiesta "nada de lo que ocurra en el mundo es ajeno al interés de seguridad nacional de los Estados Unidos" (34). En la visión reganeana, es la Unión Soviética la que aprovecha cualquier debilidad de los Estados Unidos y bajo ésta óptica las "perdidas" de una superpotencia en el plano global, son automáticamente las "ganancias" de la otra y viceversa. De tal visión resulta que el enfrentamiento de Estados Unidos y la Unión Soviética condicione muchos procesos políticos en otras regiones que no tenían vinculación alguna con el conflicto bipolar, como ha sido tradicionalmente el caso de América Latina.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CAPITULO 1

- 1/ Insulza, José Miguel, "La primera Guerra Fría: percepciones estratégicas de la amenaza soviética", en Cuadernos Semestrales No. 12, México, CIDE, 1983, p. 212.
- 2/ Schelesinger, Arthur Jr., "Foreign policy and the American Character", Foreign Affairs, V. 62, No. 1, otoño, 1983.
- 3/ Insulza, José Miguel, op. cit., p. 173.
- 4/ Ibidem, p. 177.
- 5/ Maira, Luis, "El marco global de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina", en Cuadernos Semestrales No. 15, México, CIDE, 1984, p. 19.
- 6/ Maira, Luis, "Las relaciones interamericanas: crisis y perspectivas", en Cuadernos Semestrales No. 17, México, CIDE, 1985, pp. 16-19.
- 7/ Connell-Smith, Gordon, El Sistema Interamericano México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p.183.
- 8/ Ibidem, p. 187.
- 9/ Aguilar Monteverde, Alonso, El Panamericanismo: de la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson, México, Cuadernos Americanos, 1965, p. 115.
- 10/ Ibidem, p. 117.
- 11/ Ibidem, p. 118.

- 12/ Matthews, H.L. y K.H. Silvert, Los Estados Unidos y América Latina, México, Grijalbo, 1967, p. 19
- 13/ Aguilar Monteverde, Alonso, op. cit., p. 134.
- 14/ Ibidem, p. 135.
- 15/ Ibidem, p. 143.
- 16/ Kennedy, J., Recommendations. Relating to our Defense. Budget A. R. Doc. 123, Congreso. Washington, pp. 1-2, Citado por Tapia Valdés, "El terrorismo de Estado". pp. 49-50.
- 17/ Klare T. Michael y Stein, Nancy, Armas y poder en América Latina, México, ERA, 1978, pp. 93-94.
- 18/ Idem, p. 94.
- 19/ Insulza, J. M., op. cit. p. 205.
- 20/ Klare T. Michael y Stein, Nancy, op. cit., p. 95
- 21/ Chomsky, Noam y Herman S. Edward, Washington y el Fascismo en el Tercer Mundo, México, Siglo Veintiuno, 1986, p. 84.
- 22/ Chomsky, Noam y Herman S. Edward, op. cit. pp. 99-102.
- 23/ Chomsky, Noam y Herman S. Edward, op. cit. p. 105.
- 24/ Maira, Luis, op. cit. p. 21.

- 25/ Maira, Luis, "América Latina, pieza clave en la política de contención de la Administración Reagan", en Cuadernos Semestrales, No. 9, México, CIDE, 1981, p. 219.
- 26/ Maira, Luis, op. cit. p. 221.
- 27/ Fuentes Mares, José, Génesis del Expansionismo Norteamericano, Colección Enlace, Ed. Grijalbo, México, 1985, p. 263.
- 28/ Chomsky, Noam, op. cit. p. 66.
- 29/ Ibidem p. 67
- 30/ Idem, p. 66.
- 31/ Klare T. Michael y Stein Nancy, op. cit. p. 14.
- 32/ Chomsky, Noam, op. cit. p. 71.
- 33/ Judis, John, "Ronald Reagan y la declinación de Estados Unidos", en Pablo González Casanova, Estados Unidos, Hoy, México, Siglo Veintiuno Editores, 1978, p. 310.
- 34/ Leogrande M. Williams "Una nota crítica sobre política exterior de Ronald Reagan", en Cuadernos Semestrales, No. 9, México, CIDE, 1981, p. 141.

2. RONALD REAGAN Y LA SUPERACION DEL SINDROME DE VIETNAM.

Desde hace buen tiempo amplios sectores prominentes de la sociedad norteamericana habian pretendido que Estados Unidos asumiera un rol más activo en la sociedad internacional por considerar que el país tiene una gran fuerza que debe hacer respetar "estos individuos creen que toda renuncia de nuestra parte a comprometernos en acciones militares incita el ataque de fuerzas hostiles y por lo tanto pone en peligro la privilegiada posición de E.E.U.U., en el mundo. Como están decididos a reafirmar la intervención como instrumento legítimo de la política exterior estadounidense, han lanzado una vigorosa e incesante campaña para "curar a Estados Unidos del síndrome de Vietnam" (1).

Tales fuerzas emergieron con gran vigor en las pos-trimerías de la década de los setentas y vieron en Ronald Reagan a su principal exponente. De ahí, que en este capítulo se hace alusión a los rasgos que diferencian sustancialmente a las administraciones anteriores con la política de la Administración Reagan.

En efecto, "al finalizar los años setenta eran ca

da vez más los políticos que veían esta posición intervencionista como una intolerable restricción al poderío norteamericano en una época de crecientes desafíos a los intereses norteamericanos en el extranjero. Estos dirigentes -que representaban poderosos segmentos de las comunidades militar, de inteligencia y de los negocios- aducían que la negativa de los Estados Unidos a utilizar la fuerza en respuesta a pequeñas amenazas en el extranjero solo provocaría ulteriores desafíos más serios y difíciles. El "síndrome de Vietnam, según ellos, fomenta de hecho la inestabilidad porque alienta a las potencias hostiles a aprovechar las fisuras que aparecen en el sistema global de Occidente" (2).

El haberse abstenido de intervenir los Estados Unidos, en países como Irán, Nicaragua, Angola y otras zonas era considerado como un síntoma de debilidad que tendía a favorecer al adversario principal de los Estados Unidos. La corriente neoconservadora sostenía que Washington había perdido terreno en la arena internacional y que estaba en entredicho su capacidad para frenar movimientos revolucionarios. Así, el gobierno de Carter hubo de sucumbir ante la creciente presión de los sectores mayoritarios del público estadounidense persuadido por una incesante campaña de los grupos

más conservadores, que emplearon distintas estrategias, entre ellas, la utilización de los medios de comunicación de manera continua y bien dirigida. Si bien, James Carter trató de reaccionar a partir de la invasión de la URSS a Afganistán, resultó tardía tal actitud toda vez que los sectores conservadores (incluidos los del propio Partido Demócrata in crustados en el poder y que resultaron mucho más conservadores que los Republicanos) ya habían puesto a andar el complejo andamiaje político electoral en favor de Ronald Reagan; además de que Carter mostraba el estigma de la política "pasiva", lo cual le sustrajo adeptos a su Partido Demócrata. Carter fue reprochado por tales sectores debido a la actitud asumida en su mandato. Asimismo se preparó a la opinión pública para oír un mensaje optimista que contrastaba con las experiencias "humillantes que Estados Unidos había tenido que enfrentar durante los años de la distensión.

La política exterior a adoptar ha conducido a la existencia de distintas interpretaciones dentro de la misma élite de los Estados Unidos; para el sector que Michael T. Klare denomina como el de los "negociantes", la política exterior debe asumir una actitud más conciliatoria con los otros países para lograr sus intereses (este sector lo con-

forman los gerentes y grandes ejecutivos de las firmas transnacionales más poderosas). Empero, tal grupo identificó como el principal peligro para los Estados Unidos, la división con Occidente y el creciente nacionalismo de los países del Tercer Mundo. La Unión Soviética, aunque entremetida, les parecía un peligro secundario debido a su atraso económico y a sus problemas con clientes y satélites indóciles (para no mencionar a ex-satélites como China).

Para asegurar la estabilidad en las zonas turbulentas del Tercer Mundo mientras tanto, los "negociantes" favorecían el desarrollo de "gendarmes de reemplazo como en Irán que se encargaran de mantener la paz en sus regiones" (3).

Por otra parte, aquellos sectores menos propensos a la negociación, que nuestro autor los define como los "prusianos", debido a que estos favorecían la política de confrontación con la URSS a la que situaban como un peligro principal, al igual que las transformaciones que se estaban sucediendo en el Tercer Mundo; "para ganar el continuo acceso de Estados Unidos a la riqueza mineral y agrícola del Tercer Mundo, al mismo tiempo que se aseguraba la aquiescencia de Moscú, este bloque pedía una presencia "policiaca" más vi

gorosa de Estados Unidos en el extranjero junto con un incremento masivo del arsenal nuclear" (4). Existen ciertas peculiaridades en la propuesta de política exterior de una y otra posición.

La manifestación más común de esta lucha es, naturalmente la disputa acerca del "peligro soviético". Estando los datos sobre el poderío militar soviético sometidos a una amplia gama de interpretaciones, el debate sobre la cuantía y el carácter de la capacidad soviética suele utilizarse a manera de sustituto de la contienda más profunda, sobre política exterior. Mientras los "negociantes" argumentan que Moscú está demasiado preocupada con sus problemas nacionales y la creciente inquietud en Europa Oriental para embarcarse en una confrontación de gran envergadura con Occidente; los "prusianos" insisten en que Moscú empleará su pavorosa fuerza militar para dominar zonas claves del Tercer Mundo -en particular el Medio Oriente y minar así las economías de Occidente. Si bien, ambos bandos reconocen que es improbable que Moscú llegue a ser tan temerario como para amenazar los intereses norteamericanos verdaderamente vitales, como el petróleo del Golfo Pérsico (a pesar de todo lo que se ha hablado de la intervención soviética), debido a que Moscú ha tenido mucho cuidado de evitar cualquier acción que pudiera

interpretarse como amenaza al abastecimiento de petróleo para Occidente. Los prusianos arguyen que la simple existencia de grandes fuerzas soviéticas podrían alentar a gobiernos c~~o~~rriles del Tercer Mundo, a ser más obstinados en sus tratos con Occidente de lo que lo serían en otras circunstancias.

Los "negociantes" empezaron a perder posición y algunos de los sucesos para que aconteciera fue la caída del régimen gendarme de Irán, ya que habían favorecido el fortalecimiento de tales gobiernos, pero "lo que acabó finalmente con la posición de los negociantes no fue tanto una crisis particular, sino la creciente sensación entre los estadistas de que el orden global de posguerra que habían creado se estaba desmoronando y que la fuerza de las armas por sí sola no bastaría para asegurar su supervivencia, y con ella la continua prosperidad de Estados Unidos. Esta opinión, ampliamente difundida por los políticos disidentes en los últimos años setenta, se convirtió en el punto de vista pred~~o~~minante en los meses que siguieron a la huida del Sha" (5).

Este punto de vista alcanzó inclusive a figuras de la Administración Carter que se pronunciaron por el empleo de la fuerza militar (el Secretario de Defensa y el de Energéticos, entre otros); al igual que entre la prensa y secto-

res del Congreso. Para ilustrar tal efervecencia baste citar como muestra lo que señalaba la revista "Business Week", del 12 de marzo de 1979: "ahora hay muestras de debilidad por doquier, y en el sistema se están abriendo fisuras. La política iniciada durante la guerra de Vietnam está poniendo en peligro ahora el modo de vida construido gradualmente desde la Segunda Guerra Mundial. La retirada militar que empezó con la derrota de Estados Unidos en un lugar donde no había recursos naturales, ni mercados, amenaza ahora con minar la aptitud de la nación para proteger el vital abastecimiento de petróleo y la base energética de la economía global" (6).

Ante tal sensación rápidamente se hicieron aprestos: "repuesto ya el Washington oficial del síndrome de Vietnam, el gobierno empezó a reconstituir el aparato de intervención. En junio de 1979, el Jefe del Ejército, General Bernard W Rogers, revelaba planes para una "fuerza unilateral" -que después recibiría el nombre de fuerza de Despliegue Rápido- para combatir las insurgencias armadas. Aproximadamente por ese tiempo, el Consejo Nacional de Seguridad adoptaba un nuevo plan estratégico para el Golfo Pérsico que requería la presencia de una imponente armada norteamericana y la adquisición de otras instalaciones de base" (7).

2.1 Ronald Reagan y la restitución del poderío estadounidense.

La visión del mundo que ofrecía Ronald Reagan era fácil de comprender: Se estaba librando una guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética; las batallas estaban siendo libradas en el Tercer Mundo y los comunistas estaban ganando. De ésta manera, Centroamérica, el Sudeste Asiático, los problemas en Africa o en el Medio Oriente, eran escenarios de la contienda Este-Oeste. En vista de lo anterior, Estados Unidos tenía la obligación de ayudar a sus amigos en el Tercer Mundo; aquéllos que según la óptica de Ronald Reagan resistieran de manera más efectiva la "amenaza comunista".

Ronald Reagan ofrece a su electorado un movimiento en contra del "establishment", de ésta manera los análisis rigurosos sobre los distintos problemas del mundo, que llevaban años de ser elaborados por especialistas en asuntos internacionales y académicos de las universidades más importantes, fueron completamente deshechados. Los sofisticados análisis acerca de las distintas categorías de países, las complejidades internas de cada uno y sus perspectivas de desarrollo económico y político fueron, como ya apuntamos, sustituidas por una visión que enfatizaba el carácter estricta-

mente bipolar del conflicto estratégico global.

La política de la Administración Carter había pues to un interés especial en llevar políticas basadas en ciertos principios generales (énfasis en los instrumentos económicos, protección de los derechos humanos) pero diseñadas específicamente para cada caso particular. Por lo contrario, el enfoque que presentaba el programa de Ronald Reagan era estrictamente estratégico; con prioridades estratégicas geopolíticas. El diseño de una política globalista que trata de recuperar la hegemonía de Estados Unidos a nivel mundial, se adhiere a la lógica geopolítica y de seguridad para la contención del comunismo. La postura política, ideológica y económica más general no debe sorprender: apoya el concepto de poderío militar de los Estados Unidos, la necesidad del rearme total para combatir el comunismo internacional (y nacional); el desmantelamiento del "estado de bienestar" mediante el recorte drástico de fondos para los programas de asistencia social para los norteamericanos pobres, etc. Además proporcionaba una base legal para la ideología de Guerra Fría nacional e internacional: estas medidas, junto con la política económica que se analizará más adelante, llevaba a la siguiente reflexión: se preservaría el capitalismo norteamerican-

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

cano a toda costa -aunque representase grandes sacrificios para las masas del país- a fin de evitar la implantación del comunismo en territorio nacional; simultáneamente, había que derrotar a las "fuerzas del mal" en cualquier parte del mundo donde se encuentren, especialmente en Centroamérica.

2.2. Reactivando el consenso para el intervencionismo.

Ronald Reagan aprovechó la coyuntura para criticar severamente la política de James Carter ya que afirmaba que "con su política de vacilaciones, apaciguamiento e indecisión, el señor Carter está llevando a Estados Unidos des honra y humillaciones de todo el mundo" (8). En su discurso de nominación, Ronald Reagan prometía recuperar el poderío de Estados Unidos, como una de las máximas prioridades de su política. Fue constante que en otros tantos discursos, Ronald Reagan señalara que la URSS había sobrepasado a los E.E.U.U., en cuanto a producción de armamentos y que un estado satélite -refiriéndose a Cuba- operaba a 90 millas de sus costas. También fue notoria su alusión al terrorismo. Por ello, se comprometía ante su nación a "rescatar el orgullo de ser norteamericano", para lo cual reseña tres objetivos fundamentales:

- 1) Basarse en convicciones firmes,
- 2) Tener una economía fuerte que les confiera el liderazgo.
- 3) Incuestionable capacidad de preservar la paz mundial y su seguridad nacional.

Así, respecto al primer punto Ronald Reagan considera que Estados Unidos debe ejercer el liderazgo del Tercer Mundo y señala "... la superioridad de nuestro sistema". (9). En cuanto a los cambios que se sucedían en el escenario internacional, Ronald Reagan considera que son pérdidas para los Estados Unidos y manifestaba que debían estar preparados con planes de contingencia para futuros Irán y Afganistán. Para él era doloroso que hubiesen sido sorprendidos de manera repetida y se hayan enfrentado a situaciones imprevistas, para las cuales no tenían preparado un plan de acción. Estimaba también, que tales pérdidas eran el resultado de no saber enfrentar a los "grupos terroristas" y a los "gobiernos terroristas" mismos que se comprometía a combatir. Por lo que respecto a los cambios que se venían gestando en el mundo y especialmente en la región latinoamericana, en lugar de tratar de entender su origen, desde antes de ascender al poder Ronald Reagan, tendía a simplificarlos de manera ostensible. Así, las transformaciones políticas que se venían suscitando en el con-

tinente pasaron a encuadrarse como avances soviéticos. Como preludio del cariz que tomarían las acciones, ya en su gobierno advertía: "Los marxistas totalitarios controlan la isla caribeña de Granada, donde consejeros cubanos están en trenando guerrillas para la acción subversiva contra otros países como Trinidad y Tobago, el vecino democrático Granada. En El Salvador, revolucionarios marxistas totalitarios, apoyados por La Habana y Moscú, impiden la construcción de un gobierno democrático" (10).

Se estimaba que estos cambios afectarían a otros países y que el "avance soviético" haría peligrar aún más a los Estados Unidos, que según Ronald Reagan sería la última "ficha del dominó"; y argumentaba "¿Debemos dejar que Granada, Nicaragua, El Salvador y otros países más se transformen en nuevas "Cubas", nuevos puestos de avanzada para las brigadas de combate soviéticas? ¿Será el próximo paso del Eje Moscú-La Habana dirigirse hacia el norte a Guatemala y de ahí a México y al sur a Costa Rica y Panamá? (11). Para revertir tales tendencias uno de los ideólogos de Ronald Reagan, Strom Thurmond proponía retornar a la Doctrina Truman e implantarla en el subcontinente. Es decir, proporcionar "ayuda que en el concepto de Washington estaría compuesta por entrenamien

to y envío de asesores militares "una especie de combinación de lo que se realizó a principios de los sesentas con la Alianza para el Progreso y en Turquía en los años cuarenta" (12).

2.3 La Doctrina Reagan y la situación de América Latina en los ochentas: crisis económica y política.

La política de confrontación de la Administración Reagan surgía en momentos en que la situación de América Latina al inicio de la década de los ochenta era incierta en todos los ámbitos: la desigualdad en el sistema económico internacional y el exceso de recursos financieros por parte de los grandes bancos internacionales, obligaron a los países latinoamericanos a endeudarse; aunque los motivos eran distintos, mientras Brasil y México buscaron créditos a fin de ampliar su infraestructura industrial, Argentina los solicitaba para comprar armamento y Bolivia para implementar políticas económicas que paliaron la crisis por la que atravesaba. En el transcurso de los ochentas, el alza en las tasas de interés provocó el deterioro de las economías internas y el desequilibrio de las balanzas de pagos, lo cual hizo necesaria la solicitud de más crédito, agrandando la deuda externa y convirtiendo a los países latinoamericanos en expor-

tadores netos de capital, lo que dió por resultado la contracción de las economías, y de los programas de bienestar social.

En este sentido, entonces, el proyecto de Ronald Reagan es, más que un proyecto hegemónico al estilo del plan teamiento después de la Segunda Guerra Mundial, un proyecto de primacía. Naturalmente, tras él está la pretensión del restablecimiento hegemónico, de la recuperación de la superioridad económico-tecnológica y del consenso político. Pero la base a partir de la cual se pretende obtener esa reconstrucción es una posición de fuerza. Por tal motivo, el proyecto reaganiano es distinto de los proyectos de recomposición anteriores; pero también del proyecto hegemónico de pos guerra: en él, la fuerza era un complemento indispensable de la superioridad económica y política. En los años ochenta la fuerza es fundamento del dominio y también, parcialmente sustituto de la ausencia de una verdadera capacidad hegemóni ca.

Por su parte, los gobiernos militares se encontraban deteriorados por dos razones fundamentales: La legitimidad interna se derrumbó ante una opinión pública que condenaba las malas políticas económicas y la represión generalizada.

La política de derechos humanos de James Carter, contribuyó a deteriorar la imagen de los militares a nivel internacional. Ejemplos claros se hallaron en Argentina, Brasil, Guatemala y Uruguay. Según William M. Leogrande, uno de los puntos que más distancia a Ronald Reagan de su predecesor fue la política hacia el Tercer Mundo y de manera especial hacia América Latina "bajo Reagan, los límites de la tolerancia serán sencillos: los gobiernos dispuestos a inscribirse en la cruzada mundial de Reagan en contra del comunismo internacional serán tratados como amigos: los gobiernos que se rehúsen a hacerlo serán tratados en el mejor de los casos como sospechosos, o en el peor, como enemigos. El hecho de que cualquier estado tenga relaciones cordiales con un país socialista, será considerado como evidencia prima facie de que es un adversario de Estados Unidos" (13).

Ello, debido a que los reaganistas consideran al Tercer Mundo como escenario de la Guerra Fría y en distintas ocasiones han advertido que tomaran las políticas necesarias para lograr sus objetivos. Ronald Reagan prometió que América Latina sería la piedra de toque de su política hacia el Tercer Mundo y sobre todo la contención de Cuba. Para los reaganistas, Cuba encara la amenaza soviética en las Américas,

los cubanos son "vicarios de los soviéticos" resueltos a convertir el Caribe en un "lago rojo". Culpan a Cuba virtualmente de toda la efervecencia política en la Cuenca del Caribe, desde Granada hasta El Salvador. Los neoconservadores al ascenso de Reagan opinaban que "la democracia se encontraba amenazada en tanto los regimenes democráticos perdían cada vez más legitimidad, lo que causaba una profunda crisis política" (14). A juicio de los neoconservadores esa crisis no se encontraba originada en las contradicciones del sistema económico, ni por los errores cometidos en las finanzas públicas, ni en el manejo de la política interna, para ellos, la crisis era básicamente de valores. El planteamiento se fundamentaba primordialmente en el hecho de que la "sociedad estadounidense había iniciado un proceso de descomposición, el crecimiento del aparato estatal y la continuación de una política de "Welfare State". Se proponía que sólo se llevaran a cabo programas que controlarían las desestabilizaciones sociales. En la campaña electoral Ronald Reagan forma el Comité de Santa Fé I-integrado por prominentes conservadores-, cuyos señalamientos fueron: a) sustituir la política de derechos humanos de Carter, se deseaba fortalecer la presencia de Estados Unidos en el mundo, particularmente en América Latina; b) Atacar a la URSS de ser causante de los conflictos internacionales, se proponía darle

una lección; c) Respaldo a los gobiernos militares del Cono Sur, con lo cual se pretendía detener el avance soviético.

Tales ideólogos recurrieron de manera excesiva a la retórica para tratar de impactar a la sociedad interna y externa, así no dejaban de insistir que "El continente americano se encuentra bajo ataque, América Latina, la compañera y aliada tradicional de Estados Unidos está siendo penetrada por el poder soviético. La Cuenca del Caribe está poblado por apoderados soviéticos y delimitada por estados socialistas" (15). Para justificar sus pretensiones globalistas estratégicas y por ende hegemónicas hacen alusión a la supuesta defensa histórica que ha ejercido Estados Unidos sobre el continente a través de la Doctrina Monroe, baste leer el siguiente argumento: "Ningún gran poder es lo suficientemente fuerte para conducir políticas exteriores hemisféricas como si las diferentes regiones del mundo estuvieran aisladas y no se afectaran entre sí. Históricamente la política de Estados Unidos hacia América Latina nunca ha estado separada de la distribución global de poder, y no existen razones para pensar que lo que sucede en la década de los ochenta entre los mayores estados del área no afectaría las relaciones de poder en los otros continentes. La Doctri

na Monroe, la piedra angular histórica de la política de Estados Unidos hacia América Latina, reconocía la interrelación entre la lucha por el poder en el Viejo y el Nuevo Mundo" (16).

Así, se considera a América Latina como otra región base del poder de Estados Unidos. "Washington debe desarrollar una política hacia América Latina que fomente la seguridad norteamericana e iberoamericana, que se base en la independencia nacional mutua y en la dependencia interamericana, que promueva el desarrollo económico y político autónomo basado en nuestra herencia cultural y religiosa (SIC), que acepte límites a los impulsos norteamericanos para promover reformas internas en Iberoamérica y que reconozca y respete la dignidad y sensibilidad de nuestros vecinos" (17). Sin embargo, en la práctica tales argumentos distarían por mucho de hacerse realidad prevaleciendo más bien una política unilateral en casi todos los ámbitos. De ahí que ésta ha sido objeto de análisis de muchos estudiosos de las relaciones internacionales.

2.4 Los cinco principios rectores de la Administración Republicana hacia América Latina.

El investigador Luis Maira, identifica "los cinco

principales principios rectores en la política de Estados Unidos hacia Latinoamérica a partir de la Administración Reagan:

1) La consideración de América Latina como una variable internacional subordinada a las exigencias de confrontación global política y militar con la URSS.

2) La implementación de acciones puntuales y concretas en contraposición a esquemas y propuestas de políticas regionales con su contenido más formal que real.

3) El tratamiento de América Latina -y, en particular, de América Central y el Caribe- como una región en la cual era posible obtener resultados rápidos a un costo relativamente bajo en la contención del "avance comunista".

4) La conducción de la región sobre tratos nacionales diferenciados.

5) La coordinación y convergencia de la política oficial norteamericana -específicamente en el plano económico- con los intereses privados norteamericanos en la región. En esta última área, la política de Washington apuntaba como directrices centrales el privilegio del papel del mercado y

la continuación del proceso de liberación global del movimiento internacional de capitales y mercancías" (18)

Así entre las medidas específicas previstas por el Comité de Santa Fé para contrarrestar lo que consideraban como la "amenaza militar externa" figuraban:

1) Revitalizar el TIAR y la OEA (dirigido obviamente contra las "amenazas externas" según la óptica de Washington).

2) Estimular acuerdos de seguridad regional (como el CONDECA o la OECA (empleada poco tiempo después como comparativa en la invasión a Granada) El CONDECA que no funcionó por las rivalidades y los cambios de gobierno entre los países de Centroamérica.

3) Suministrar entrenamiento militar.

4) Colocar el Canal de Panamá bajo la protección de La Junta Interamericana de Defensa.

En el documento elaborado por el Comité de Santa Fé estaba presente también la toma de medidas tendientes a:

- Contrarrestar la teología de la liberación.

- Abandonar la política de derechos humanos por una política no intervencionista de "realismo ético", Derechos Humanos más equitativamente.

- Políticas económicas.

- Que Estados Unidos ayudará a desarrollar el potencial en materia energética de los países del área.

En otros rubros, los Estados Unidos supuestamente desarrollarían políticas especiales hacia los países más grandes del subcontinente. Continuaba el Informe con " Tres países en especial necesitan una atención minuciosa por su importancia intrínseca y por los fracasos que han tenido los esfuerzos de la Administración Carter para mejorar las relaciones con cada uno de ellos. Estos países son Brasil, México y Cuba. Brasil y México son seleccionados porque con su tamaño y su fuerza ocupan el primero y segundo lugar en América Latina. Cuba, por otro lado, a pesar de su tamaño pequeño y de sus recursos insignificantes, se ha convertido en nuestro adversario más importante en el Hemisferio, extendido su influencia y la de la Unión Soviética mucho más allá del continente americano" (19)

Se podría decir que Reagan encontraba en América La-

tina una región convulsionada por las desigualdades económicas y sociales a lo que se sumó un nuevo elemento: la deuda externa, lo cual podría añadir a los pocos países "democráticos" que prevalectían en ese entonces. Empero, lejos de proponer soluciones de fondo a la problemática imperante la Administración Reagan decide recurrir a políticas más severas hacia el área, por un lado, retornando a los esquemas de seguridad propios de la Guerra Fría y en ese marco se adopta la decisión de tratar a la región con políticas diferenciadas de acuerdo al grado de adhesión de los países del área a los designios de la Casa Blanca, lo cual se advirtió en primera instancia una vez que ocurre el cambio de poder en Jamaica de un régimen anteriormente menos aliado ideológicamente a Washington - el de Michael Manley- a uno de tipo conservador -el de Edward Seaga-, mandatario al cual se le ofrece durante su visita a Estados Unidos una recepción de alto nivel, y con esto da a entender Ronald Reagan que es el tipo de gobierno que debe seguir América Latina. Para lograr sus objetivos dejó en claro que Estados Unidos preferirá la ayuda bilateral en lugar de la multilateral (dado que la primera aumenta la dependencia y por ende el control). De esta manera, se hicieron aprestos para poner en práctica tales pensamientos. Por

el otro lado, a nivel global se incrementan los gastos militares y se deja por mucho tiempo la negociación en el trato con la URSS; el bloque socialista sufriría embargos comerciales. Toman lugar acciones de tipo policial, en distintas regiones del Tercer Mundo tal como en el Golfo de Sidra contra Libia, en el Golfo Pérsico, en Líbano, y en otras regiones los Estados Unidos han procurado involucrarse de manera directa, es decir, a través de operaciones encubiertas y "guerras de baja intensidad", así han evitado acciones más amplias en países como Angola y Nicaragua -hasta ahora-, pero no evitó que en su momento se invadiera la Isla de Granada. América Central tiende a ocupar un lugar prominente en los objetivos a seguir por el gobierno republicano, que ha tratado de invertir la situación que prevalece en el área, es decir, evitar la consolidación del régimen sandinista y el avance de la insurgencia en El Salvador (a lo que nos referiremos más detalladamente en el siguiente punto). Así, El Salvador fue señalado como de "interés vital" para los Estados Unidos en el cual se habrían de tomar las medidas -que no excluyen el uso de la frontera armada norteamericana-, para contener lo que llaman los voceros de la Casa Blanca el "avance comunista". De tal suerte, que mientras que el gobierno represivo de El Salvador es apuntalado, Nicaragua es hostigada diplomática y militarmente.

te a través de terceros conceptos: Defensa, Desarrollo, Diplomacia y Democracia; se aplica la política de las cuatro D's muy al estilo norteamericano. La Administración Reagan endureció su política exterior en todos aquellos países que no respondieron a los intereses y objetivos delimitados. No se hizo esperar la presión de Estados Unidos, hacia países como Libia, Haití, Filipinas, Nicaragua, México y finalmente Chile e Irán. cuyos gobiernos resultaron incómodos en la política de hegemonismo e intolerancia sustentada en la Doctrina reaganista, que emprende la lucha contra el "terrorismo", la "des-dictadurización" y la "guerra santa", que será resuelta bajo las siguientes premisas abanderadas: democracia, diplomacia, desarrollo y defensa; que en el desarrollo de este trabajo se detallarán, de acuerdo con los parámetros empleados por los voceros de la Casa Blanca.

Es así como a América Latina, se le presionó desde que Ronald Reagan asume la presidencia, en todos los planos, el político, económico y diplomático, presión que día con día aumentó y vulneró el poder de negociación de los gobiernos latinoamericanos. El objetivo que persigue Estados Unidos con dicha política es proteger y fomentar sus intereses y los de la libre empresa, además de que se cambien las estructuras y posturas tradicionales de la política latinoamericana en ge

neral. Hacia Nicaragua la actitud asumida por la Casa Blanca es la de hostilización, bloqueo económico y desestabilización, por medio de minado de puertos, suspensión de las relaciones comerciales y el financiamiento de fuerzas irregulares bajo la protección de la CIA y con presupuesto federal.

Bajo el amparo de la política de las cuatro "D's", la Administración Reagan sostuvo que:

- En democracia, es obligación de Estados Unidos promover e implantar la democracia, autoridad que le confiere el ser la primer potencia mundial,

- En diplomacia, no se apegó a las normas del Derecho Internacional y desea canjear los principios de convivencia internacional que imperan en la ONU,

- En desarrollo, propuso brindar bienestar social a las mayorías y por lo tanto "ayudará a todos los pueblos que se encuentran en su esfera de influencia, anunciando las bondades del sistema capitalista, a nivel interno, promovió la libre empresa y en lo externo es proteccionista.

- En defensa, punto álgido en la política exterior, pugñó por la "seguridad nacional" entendida ésta como resguard

do de la seguridad nacional de los Estados Unidos, aún a costa de la seguridad nacional de los otros pueblos, no importa afectar intereses de pueblos enteros.

2.5 La política de la Administración Reagan hacia Centroamérica.

Como hemos señalado, aún antes de ser electo presidente de su país, Ronald Reagan había dejado clara su intención de recuperar el terreno "perdido" por la Administración Carter en diversas áreas del mundo. Después de tomar posesión de su cargo, la Administración Reagan dirigió su atención hacia la región que a su juicio constituye el "traspatio" de Estados Unidos: Centroamérica. En el proceso de aplicación de la política exterior de Estados Unidos hacia los países que conforman el área centroamericana, se ha puesto de manifiesto la importante carga ideológica que reviste; ésta se refleja en la forma como se percibe el problema y en el papel que desde la óptica reaganiana debe jugar Estados Unidos para resolverla. En este punto se busca realizar un análisis crítico de la política de la Administración Reagan hacia Centroamérica, con base en la definición que la misma administración ha hecho de sus objetivos en la región y los medios que ha utilizado para lograrlos. En primer lugar, se

explican los argumentos norteamericanos para considerar al área como vital a sus intereses nacionales, así como los cambios socioeconómicos y políticos que han provocado la crisis de control, (como se ha llamado a la pérdida de hegemonía norteamericana). Para tratar los fundamentos ideológicos de la política hacia el área, se describirá cual es la percepción de la amenaza a los intereses de seguridad nacional que se tienen en la Casa Blanca desde 1981 a causa de la problemática centroamericana.

Posteriormente se presentará una evolución de la política de Reagan según las características observadas a lo largo de sus dos períodos, específicamente en lo que respecta a su coherencia con los postulados ideológicos y a las limitaciones que ha enfrentado. Como conclusión se tratarán consecuencias que ha tenido tal política, tanto para Estados Unidos como para Centroamérica.

La región centroamericana ha sido considerada por Estados Unidos como un área donde deben prevalecer los intereses de ese país, su área hegemónica natural. El argumento no es original a la Administración Reagan, se fundamenta en razones de tipo estratégico-militar desde su proximidad geográfica y su importancia económica como fuente de materias

primas, mercado para las exportaciones norteamericanas y punto de tránsito para una porción considerable del comercio de ese país a través del Canal de Panamá.

El hecho de que Centroamérica se considere como región donde la hegemonía norteamericana, tanto en lo político, como en lo económico, debe ser "natural", implica también que cualquier pérdida relativa de poder (sea auténtica o no) de Estados Unidos en el área, se identifique con el debilitamiento de ese país como superpotencia. Según esta óptica, la disminución del control que Estados Unidos pueda ejercer sobre Centroamérica implica, a su vez, que ese país ha perdido en proporción aún mayor su facultad de control sobre áreas y situaciones internacionales cuyo "grado de dificultad" es más alto que el que puede representar un grupo de países tercermundistas ubicados en el "partido trasero norteamericano". Como afirmó el presidente Reagan, Estados Unidos tiene "intereses vitales" sobre la región, entre otras razones porque San Salvador está más cerca de Houston, que Houston de Washington. Constantino Menges, quien profesa la misma orientación ideológica de Reagan, lo expresa en los siguientes términos, al referirse al conjunto de América Latina: "los costos reales de una pru-

dente y balanceada política estadounidense para América Latina son tan modestos que no compiten con los recursos necesarios para cualquier otra región" (20).

Estados Unidos, desde este punto de vista, debe ser capaz de mantener una situación tal en Centroamérica que absorba el mínimo indispensable en recursos dado que se trata de la defensa de una de las "fronteras" de ese país, a fin de permitir el aprovechamiento de los recursos en otros escenarios mundiales.

La seguridad nacional que defiende Estados Unidos en Centroamérica está definida como la eliminación de cualquier amenaza real o potencial a los intereses e integridad territorial de ese país. Ronald Reagan considera que la defensa de Centroamérica es vital para Estados Unidos, reviste un deber moral y una responsabilidad seria: "Si no podemos defendernos ahí en Centroamérica, no podemos aspirar a predominar en otras partes. Nuestra credibilidad y alianzas se derrumbarían y la seguridad de nuestro país sería puesta en peligro (21).

Arthur Schlesinger, Jr., define "la política ex-

terior como la cara que un país muestra al mundo. En su base está una motivación, que es la misma para todos los Estados: la protección de la integridad e intereses nacionales" (22). Sin embargo, la forma como se perciben los intereses nacionales, específicamente la preservación de la seguridad nacional, varía según el juicio de cada gobierno. Para Ronald Reagan la seguridad nacional en sentido amplio abarca no sólo el territorio nacional, sino también la credibilidad del país frente a sus aliados, el cumplimiento de los dictados del deber moral y de las responsabilidades que posee el país. La situación centroamericana es un juego de suma cero; todo terreno perdido por Estados Unidos puede ser usado en su contra y pone en juego, por lo tanto, la supervivencia de la democracia en el continente.

La Administración Reagan no considera que las causas del problema centroamericano sean añejas y tengan raíces en la historia de la opresión política e inequidad que han sufrido sus habitantes, mismas que en los setentas fueron exacerbadas por el desplome de las expectativas socioeconómicas (alimentadas en años anteriores por el crecimiento económico, el surgimiento de una clase media profesional, una clase obrera urbana y la organización del campesinado, a grandes rasgos) y la ausencia de vías democrá

ticas de acceso al poder político. Las repercusiones objetivas que se sienten en Estados Unidos como el aumento a ese país de la emigración de centroamericanos y la hostilidad por parte de las fracciones guerrilleras del área orientadas hacia la izquierda, se explican en función de los errores cometidos por la pasada administración. Esta permitió en opinión de los neoconservadores que la marejada comunista avanzara sobre el hemisferio norteamericano, por medio de la explotación de los problemas económicos surgidos o agravados por los aumentos en los precios del crudo y el desplome de las principales exportaciones de la región. James Carter, según su sucesor, se equivocó al no tomar las medidas necesarias para fortalecer la democracia frente a los embates de la subversión respaldada por Cuba, y, en última instancia, por la URSS. Demostró una falta no sólo de prudencia sino también de voluntad política, pues la única manera de contener el comunismo está implícita en lo que Shultz califica como la esencia de la "Revolución reaganiana", ésta se encuentra en la creencia de que una sociedad enfrenta mejor sus retos si no pierde la confianza en sus ideales ni la convicción de que deben ser defendidos.

El Informe del Comité de Santa Fé (al cual ya hemos hecho referencia) elaborado en 1980 por un equipo iden-

tificado con la Nueva Derecha y que ha influido decisivamente en la política de la presente administración, denuncia el hecho de que Estados Unidos estuviera retrocediendo en todos los frentes internacionales y que el Caribe se convirtiera en un "lago marxista-leninista".

La actitud de Carter había sido vacilante y contraproducente, y la nueva administración estaba decidida a invertir el proceso de pérdida de poder. Vacilante por no haber proporcionado un apoyo decidido al gobierno salvadoreño hasta el último minuto; contraproducente, por haber minado la estabilidad de regímenes aliados por medio de la política de respeto a los derechos humanos. Ronald Reagan se propuso reemplazar lo que calificó como idealismo por parte de Carter en la persecución de objetivos por vía de la denuncia y la suspensión de ayuda bilateral a causa de la violación de derechos humanos, por el realismo consciente del juego de confrontación Este-Oeste. Para él, el expansionismo soviético y no las necesidades del desarrollo tercermundista es el principal factor que incide sobre las relaciones internacionales. Se habían descuidado realidades políticas en aras de un ideal de cooperación intrínsecamente contradictoria. Jeanne Kirkpatrick hizo la distinción entre regímenes

totalitarios (comunistas) y regímenes autoritarios, que aun que antidemocráticos, como el somocismo nicaraguense, eran amistosos hacia Estados Unidos, y que habían sido perjudicados por la política norteamericana. En su opinión la falta de tino de Carter, que no alcanzó a discernir lo que estaba poniendo en peligro, ayudó a deponer a quien era antes que nada un aliado de Estados Unidos y a que se instalara un gobierno hostil a los intereses y políticas de éste en el mundo.

La región centroamericana y la Cuenca del Caribe son escenarios de la amenaza soviética porque su aliado cubano ha ayudado al avance sobre Nicaragua y Granada y existe el peligro de que otros países sigan ese curso. Por tanto, la nueva definición de seguridad nacional fue un anticomunismo militante desde una posición de fuerza y que marcará un límite al avance enemigo.

2.5.1 Percepción de la amenaza.

La amenaza específica más urgente para la seguridad de Estados Unidos en opinión del gobierno de Ronald Reagan, es el esfuerzo de los grupos de izquierda estimulados y apoyados por Cuba y la URSS por aprovechar los problemas sociales y económicos de Centroamérica y aumentar su

poder. En la base de este argumento está la convicción de que "el sistema soviético es movido por su ideología y ambición nacional para incrementar su poder y minar los intereses de las democracias" (23). La supervivencia de Estados Unidos enfrenta el desafío del expansionismo soviético, cuyo fin es el dominio total, y que sólo Estados Unidos es capaz de identificar y contener efectivamente. El gobierno de Ronald Reagan divide al mundo en dos: el comunista y el "mundo libre"; concentra sus energías sobre países como El Salvador, "víctimas de la subversión externa", y sobre "fuentes de inestabilidad" como Cuba, Nicaragua y Granada. No es sorprendente, pues, la insistencia en las ventajas de la uniformidad ideológica en el continente americano. Estados Unidos busca recuperar su papel histórico de liderazgo redentor, imprimiendo un toque mesiánico que considera las ideas, valores y creencias de ese país, según las ha definido Reagan, de aplicación universal y únicas capaces de generar libertad, progreso y felicidad.

Como ya se mencionó, Centroamérica es el escenario donde el gobierno de Ronald Reagan ha decidido recuperar la confianza de sus aliados y el respeto de sus enemigos al demostrar el control que puede ejercer. En juego está el prestigio y su seguridad nacional en una zona vital para su co-

mercio. Además, tiene la convicción de que una victoria de la izquierda en la región necesariamente llevaría a un incremento en la violencia regional, pues con la ayuda de Cuba y la URSS emprenderían una campaña de desestabilización terrorista. Para Estados Unidos esto significa, además del aumento en la corriente de refugiados, el peligro de que uno a uno los gobiernos democráticos cedieron su lugar a regímenes opuestos a Estados Unidos desde Panamá hasta México.

Para perseguir sus objetivos en el área, Washington cuenta con diversos medios y entre los principales tenemos: el estímulo y apoyo a los gobiernos democráticos actuales, al proceso de transición pacífica a la democracia genuina, la ayuda para propiciar el desarrollo económico sostenido y mejores condiciones de vida y la contribución a la seguridad nacional de Estados Unidos y de Centroamérica por medio de una mayor presencia y rearme militar en el área.

La retórica simplista y de confrontación que en un principio utilizó el nuevo gobierno para distinguirse de sus predecesores ha dado lugar a cierta moderación y a una creciente conciencia de la complejidad del área. En un discurso ante el Congreso en 1983, Ronald Reagan incluyó como

un segundo objetivo de su política hacia Centroamérica, el apoyo al desarrollo económico, incluso mencionó su disposición al diálogo y la negociación. Aún antes, a principios de 1982, su Iniciativa para la Cuenca del Caribe se presentó en su versión final como una forma de mejorar las condiciones económicas del área para que fuerzas externas no pudieran sacar provecho de problemas como la inflación, el desempleo, la caída en el crecimiento económico y el consiguiente descenso en los niveles de vida.

El método que el gobierno de Reagan considera efectivo para canalizar la ayuda a países que comparten el "capitalismo democrático" que llevó a los Estados Unidos a la prosperidad económica y la libertad política o que se dirigen a los mismos fines es "sobre todo la vía de la ayuda unilateral, ya que provee un mayor espacio para la imposición de condiciones o ataduras" (24). El Presidente Reagan creía sinceramente que el sistema económico internacional sí provee espacio para el desarrollo, y que éste es esencialmente una cuestión nacional. Se opone a la intervención y dirigismo estatal y atribuye el fracaso de los países en desarrollo a su propia incapacidad, no a la estructura del comercio y relaciones económicas internacionales.

En lo estratégico, Reagan ha identificado el problema inmediato con Cuba y Nicaragua, sin embargo, el uso de la fuerza implica altos costos internos y externos, por lo tanto ha buscado una táctica de ataque sobre ambos frentes. Los métodos aplicables podrían ser dos: la fuerza, por medio de la intervención militar directa, pero sus costos económicos, humanos y de relaciones con el resto de América Latina son muy altos. El segundo método es la negociación, para lo cual se tendría que aceptar un gobierno de corte nacionalista, incluso de izquierda que Estados Unidos buscaría cooptar. La síntesis de ambos métodos se ha materializado en los "contras nicaraguenses", cuyo mantenimiento también implica costos humanos, económicos y políticos.

La situación actual de la política de Ronald Reagan hacia Centroamérica es de estancamiento, pues no ha logrado sus fines y sí se ha comprometido con una guerra indirecta de desgaste y de largo plazo en contra del gobierno sandinista y los insurgentes salvadoreños. Los límites de sus propósitos en la región han sido claros. A nivel regional aparece Contadora sobre todo; e interno, frente al Congreso y la opinión pública norteamericana.

La distensión del área y el diálogo entre los go

biernos y fuerzas opositoras no son objetivos que deben ser perseguidos en sí mismos, por lo cual las propuestas de Contadora siguen una dirección contraria a los intereses de seguridad de Estados Unidos. El Informe Kissinger de 1984, preparado por una comisión creada en 1983 para hacer recomendaciones sobre Centroamérica aprueba los lineamientos de la política de Reagan. A pesar de recomendar el mantenimiento de la ayuda económica y militar para impedir el triunfo revolucionario en El Salvador, y la continuación de la política de presiones a Nicaragua, señala que la política de Estados Unidos no es contraria a la acción de Contadora, sino que contribuye a reforzarla, pues "si somos decididos el proceso de Contadora también se acelera" (25).

Tal dualidad o duplicidad, dirían algunos, ha sido característica de la política hacia el área. Sin dejar de ser coherente con sus postulados ideológicos, Ronald Reagan matizó su énfasis en una solución de fuerza al problema de la inestabilidad política en la región, con una medida como la Iniciativa de la Cuenca del Caribe, cuyos recursos se destinaron en grandes proporciones a El Salvador. Al año siguiente, en 1983, al tiempo que explota la vía diplomática en Centroamérica por medio del Embajador Stone, no desperdició

ció la oportunidad de intervenir militarmente en Granada. En 1984, año de elecciones, continuó las presiones contra los sandinistas y obstaculizó el proceso de Contadora al tiempo que enfatizaba las negociaciones bilaterales que es taban sosteniéndose con Nicaragua. En 1985, se rompieron las pláticas y en una conferencia de prensa poco después, Reagan declaró su intención de hacer que los sandinistas tu vieran que pedirle clemencia (cry uncle). En mayo impuso el embargo comercial a Nicaragua al invocar la Ley de Poderes Económicos por Emergencia Nacional (International Emergency Economic Powers Act) que se aplica en caso de "amenaza a la seguridad nacional, política exterior o economía de Estados Unidos" (26).

En 1985, Ronald Reagan combatió tanto a los sandi_nistas como a su propio Poder Legislativo; en abril se rechzó su petición de mayor ayuda a los "contras", a pesar de que cuando el Ejccutivo percibió el peligro de que su propuesta fuera derrotada, ofreció a través de una carta de su enviado Habib, cesar su apoyo a los "contras" en el momento en que los países centroamericanos firmaran el Acta de Paz de Contadora. Finalmente, la ayuda fue aprobada (27 millones de dólares) después del viaje del Presidente nicaraguen

se Daniel Ortega a Moscú, al tiempo que Reagan aseguraba al Congreso su búsqueda de una solución política y no militar.

Las consecuencias internas y externas de la política de Reagan hacia Centroamérica son múltiples. Internamente, una política exterior de fuerza requiere la aprobación mayoritaria de la opinión pública, y a juzgar por la actuación del Congreso, ésta no se ha logrado. La falta de consenso interno, además, puede agravarse si continua el apoyo y consecuente identificación de la Administración con los regímenes que no respetan los valores democráticos fundamentales de la sociedad norteamericana. Por otro lado, la corriente migratoria centroamericana hacia Estados Unidos es de tal magnitud, que muy pronto la afluencia cada vez mayor influiría en la política norteamericana interna. En lo externo, una política exterior convertida en cuasiteología provoca mayor oposición centroamericana y latinoamericana en general hacia Estados Unidos. Las relaciones entre América Latina y Estados Unidos no pueden menos que sufrir un desgaste, y el debilitamiento de las opciones moderadas dentro de los países en conflicto no sería raro. El incremento de armamentismo regional ha aumentado en Centroamérica, lo cual agrava la situación socioeconómica de sus habitantes (de por sí en

crisis). Por último, el prestigio y liderazgo de Estados Unidos respecto a sus aliados en el mundo no parece ir en vías de recuperación.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CAPITULO 2

- 1/ Klare T. Michael, "Ataque contra el Síndrome de Vietnam", en Pablo González Casanova (Coord), Estados Unidos Hoy, México, Siglo Veintiuno Editores, 1986, p. 397.
- 2/ Idem, pp. 378-380
- 3/ Idem, pp. 380-384
- 4/ José Luis Orozco, El Estado Norteamericano. UNAM, Col. Grandes Tendencias Políticas Contemporánea No. 34 - México, 1986 pp.31
- 5/ Klare T. Michael, po cit, p. 383-384
- 6/ Domhoff, William, ¿Quién gobierna Estados Unidos? Bussiness Week, 12 mayo 1979.
- 7/ Beltrán, Virgilio, et. al. El papel político y social de las fuerzas armadas en América Latina Monte Avila, Caracas, 1979, 356 pp.
- 8/ Cuadernos Semestrales. América Latina-Estados Unidos: La agenda política. CIDE. Primer Semestre de 1984.
- 9/ Idem.
- 10/ Cuadernos Semestrales. Las relaciones interamericanas: crisis y perspectivas. CIDE, Primer Semestre de 1985, No. 17.

- 11/ Idem.
- 12/ Connell-Smith, Gordon, "Los Estados Unidos y la América Latina", México, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, 349 pp.
- 13/ Leogrande, William M., op. cit. p. 143.
- 14/ Idem, p. 143-145.
- 15/ Bouchev, L. Francis, Fontaine Roger W., et. al. Informe elaborado por el Comité de Santa Fé, en mayo de 1980. "Las relaciones interamericanas: escudo de la seguridad del nuevo mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos", en Cuadernos Semestrales, No. 9, México, CIDE, 1981.
- 16/ Idem. p. 181.
- 17/ Idem. pp. 205-209.
- 18/ Maira, Luis, "El marco global...", op. cit., pp. 19-22.
- 19/ Bouchev L. Francis, Fontaine Roger W., et. al. "Informe elaborado por el Comité de Santa Fé...", op. cit. pp. 175-182.
- 20/ Menges, Constantine, "Estados Unidos y América Latina en los ochentas", Foro Internacional, V. XXII, n.4, pp. 425-446.

- 21/ Pastor, Robert. "Our Real National Interests in Central America", The Atlantic Monthly, julio de 1982.
- 22/ Schelesinger, Arthur Jr., "Foreign Policy and the..", op. cit., p.73.
- 23/ Insulza, José M. "Estados Unidos de Roosevelt a Reagan", UNAM, Col. Grandes Tendencias Políticas Contemporáneas No. 12, México, 1986, 25 pp.
- 24/ Idem, pp. 20-25.
- 25/ Lowenthal, Abraham F., "Las relaciones de Estados Unidos con América Latina en los ochenta", Foro Internacional, abril-jun. 1982. V. XXII, n.4, pp. 410-424-555.
- 26/ Insulza, José Miguel, "La política exterior de Estados Unidos en los años ochenta y su impacto en el sistema internacional, en Cuadernos Semestrales, CIDE, primer semestre de 1987, México.

3. BASES CONCEPTUALES DE LA ADMINISTRACION REAGAN
PARA EL DISEÑO DE SU POLITICA EXTERIOR
HACIA AMERICA LATINA.

El presente capítulo analizará los conceptos utilizados por la Administración Reagan para diseñar su política exterior hacia América Latina. Se retomarán los conceptos empleados en administraciones anteriores con el propósito de esclarecer cómo surgen nuevas concepciones en torno a la instrumentación de la política exterior, las adicciones a esos conceptos y transformación tomando en cuenta todos los cambios que se han dado en el esquema global de las relaciones Estados Unidos-América Latina.

3.1 Repercusiones de las políticas de seguridad nacional.

La primera Guerra Fría no hizo más que agudizar los celos de algunos países latinoamericanos hacia la política de los Estados Unidos, en donde para muchos de estos países era una lucha distante y ajena a su realidad; existía además la preocupación de quedar involucrado en acciones políticas globales que estaban desarrollando los Estados Unidos. En el mismo continente no hubo demasiado apoyo a la política norteamericana en contra de las amenazas del comunismo internacio

nal proferidas hacia el régimen guatemalteco de Arbenz (1954) durante la Administración Eisenhower, ni aún cuando se desarrolló la misma revolución cubana. Los países de la región estaban más bien preocupados por sus problemas económicos y sociales internos. Además en el plano externo "muchos países latinoamericanos continuaron temiendo la posibilidad de la intervención norteamericana más que el comunismo internacional. Tales temores se incrementaron a causa de su acción militar unilateral en la República Dominicana en 1965" (1). En efecto, la amenaza más tangible para los países latinoamericanos ha sido la que proviene de los Estados Unidos..., el poder de los Estados Unidos ha representado una amenaza mayor (y omnipresente) a la independencia genuina de América Latina de lo que ha sido cualquier país fuera del Continente para ese grupo de naciones.

No cabe duda de que la distribución desigual de poder en el hemisferio ha limitado hasta ahora la libertad de acción, convirtiendo a los países latinoamericanos, en diversos grados, en satélites de su vecino del norte. Es natural que los Estados Unidos hayan pugnado por mantener el desequilibrio de poderes en el Continente, impidiendo a las potencias extracontinentales intervenir, ya que ponen

en peligro su hegemonía.

Más que una afinidad de intereses tal como lo advierte Connell Smith, lo que ha prevalecido es un choque - de intereses en los distintos ámbitos de la relación interamericana. En su política globalista, los Estados Unidos frecuentemente pasan por alto a los países latinoamericanos, - en tal sentido, a fin de mantener vigente su política mantiene relaciones con gobiernos de tipo dictatorial. "Tales gobiernos por lo general han estado mejor dispuestos a hacer favorables a los intereses comerciales de los Estados Unidos (y en época más reciente a seguir su política anti-comunista), ya que al carecer del apoyo popular han sido más sumisos a las presiones norteamericanas" (2).

En lo económico, Estados Unidos ha considerado - tradicionalmente a la inversión privada externa como la solución a los problemas de empleo y carencia de recursos de los países latinoamericanos, y como el principal país industrializado, su empeño en la promoción de la inversión extranjera ha sido constante. Debido a la brecha entre las economías de uno y otro lado, los países latinoamericanos - tradicionalmente exportadores de materia prima-, han debi-

bido recurrir en distintas ocasiones al crédito externo para financiar sus programas de desarrollo. Asimismo, los países de América Latina buscan defender el precio de sus productos, lo cual ha chocado con las políticas que mantienen los Estados Unidos al respecto. De ahí que también los Estados Unidos generalmente prometían ayuda económica sólo a aquellos países que se sumaran a sus políticas. "La llegada de la Guerra Fría al hemisferio occidental no ayudó a la solidaridad continental, sino al concepto de reciprocidad; ayuda económica a la América Latina como recompensa por apoyar las políticas estadounidenses frente al comunismo internacional" (3). Sólo se proporcionaba ayuda económica a estos países cuando los Estados Unidos consideraban que podría peligrar su hegemonía regional. De esta manera, podemos inferir el sesgo genérico que ha tomado la relación mutua: que no han sido tan cordiales como pareciera ser el caso, nunca han sido armoniosas ni estables. Incluso en los períodos en que en la región han predominado sin contrapeso gobiernos dispuestos a estrechar vínculos con Estados Unidos partiendo del supuesto de la existencia de intereses y perspectivas comunes, la realidad ha demostrado la existencia de discrepancias básicas en torno a los temas prioritarios de la relación y las orientaciones para enfrentarlos.

Algunos países de América Latina en otros tiempos han mostrado mayores reticencias que otros para colaborar en cuestiones que son de interés para los Estados Unidos. Argentina y Brasil, por un tiempo mantuvieron actitudes un poco más autónomas antes de que los regímenes existentes mostraran una mayor derechización. En otro tiempo fueron Perú y Chile. México, por su parte es uno de los países que ha mantenido una actitud menos sumisa a los designios de Washington para la región. Para estas distintas actitudes han influido diversos factores.

Países como Argentina y Brasil han tenido un mayor contacto comercial con otras regiones tales como Europara y Africa. Por su parte, Brasil ha intentado en últimas fechas desarrollar una política propia. México ha sido un país que ha influido en gran medida para darle cierto cariz a la relación interamericana en defensa de los Principios de Derecho Internacional, tales como el de la no intervención y la autodeterminación de los pueblos, mismos que se pueden advertir en la férrea oposición a la política en la OEA; aún durante la misma crisis de los cohetes en 1962, México se ha mantenido fiel a la defensa de tales principios. No apoyó muchas de las sanciones que

fueron acordadas en distintas reuniones que tuvieron lugar para tal efecto.

De todo ello, puede advertirse una constante genérica en las políticas de Estados Unidos y América Latina: cuando los países de América Latina son más representativos y autónomos de las políticas de Washington, mayor es el número de fricciones tal como puede advertirse en la actualidad: se certifica o descertifica gobiernos, se acusa de protección al narcotráfico, se cortan préstamos, se acusa de corrupción a los gobiernos y se detienen las corrientes migratorias de trabajadores. Ya en el pasado esto se hizo patente con países que tenían gobiernos más representativos los cuales se transformaron en gobiernos no afines a los deseos e intereses de los Estados Unidos.

Es indudable que en los años 80's, con el retorno al civilismo en algunos países de América Latina, tiende a gestarse un cambio en la concepción de las políticas de seguridad. Aunque en términos generales es posible decir, entonces, que la política exterior de Estados Unidos ha experimentado cambios sustanciales en los últimos años, aunque ellos no sean de la misma envergadura en las distintas

áreas consideradas y aunque a veces no tengan (debido a la oposición interna o a las condiciones objetivas) la radicalidad que los miembros de la Administración hubieran querido imprimirles. Es aquí cuando nos preguntamos, hasta qué punto existe en todos estos cambios una lógica, una coherencia; en otras palabras; cual es el perfil nuevo que surge de todos estos antecedentes que nos permite hablar de una "nueva" política exterior.

Hay dos factores que oscurecen permanentemente esta cuestión. El primero es que, a pesar de los esfuerzos de la Casa Blanca Blanca y los mecanismos del sistema de seguridad nacional, las líneas centrales de la política exterior están siempre sujetas a escrutinio público, lo cual obliga a disfrazar sus verdaderas motivaciones con contenidos ideológicos aceptables, George Kennan, que no valoraba esta necesidad, "se quejó duramente de la forma en que Truman present6 una política de contención selectiva, restringida a Europa, como una confrontación global con el comunismo" (4). Kissinger, supuestamente el arquetipo del realismo, siempre se preocupó, en cambio, de buscar justificantes ideológicos a posturas pragmáticas, reconociendo la tradicional inclinación del público norteamericano a ligar

las decisiones políticas con consideraciones éticas. En el caso de Reagan la preocupación por la "imagen pública" muchas veces adquiere preeminencia por sobre la sustancia. Incluso a costa de la coherencia.

El segundo problema es la creciente fragmentación que ha ido asumiendo la toma de decisiones en el sistema político norteamericano, a pesar del factor unificador que significa la presidencia.

Existen entonces, la posibilidad de que el cambio, aunque sustancial, sea errático, determinado más por razones internas, de imagen pública o de juego burocrático, que por una visión global de política exterior.

3.2 La seguridad: los enfoques predominantes.

En la actualidad hay dos posiciones totalmente distintas en torno al concepto de seguridad. Para Estados Unidos, la seguridad mantiene un carácter global, estratégico, mientras que para América Latina asume otras connotaciones "cuando los latinoamericanos piensan sobre la se-

guridad, la mayoría tiene en mente los desafíos internos que plantean la unidad nacional y el desarrollo, las condiciones limítrofes con estados vecinos y, en algunos casos, la posibilidad de una intervención por parte de Estados Unidos" (5). Para ellos los "elementos básicos de inseguridad -y los problemas fundamentales de la seguridad- en este Hemisferio son fundamentalmente de tipo económico, social y político, y no militar. Las fuentes de inseguridad son básicamente internas a cada nación, y las influencias externas son secundarias" (6).

El gobierno de Washington por su parte, considera que su seguridad nacional se halla amenazada cuando surge algún cambio en el status quo y que la mejor manera de evitarlo es manteniendo la situación estable, oponiéndose al cambio social.

La adhesión de parte de los países de América Latina a los esquemas de seguridad a cambio de cooperación económica trajo a la postre una mayor dependencia y subordinación a los Estados Unidos. "Las conferencias de Chapultepec, Río y Bogotá, dieron un gran impulso al concepto monroísta del panamericanismo; contribuyeron a crear un

nuevo sistema de cooperación militar y permitieron a Estados Unidos lograr más de lo que había conseguido en muchos años anteriores, aunque algunos pensaron que valía la pena pagar tal precio, a cambio de una cooperación técnica y financiera indispensable"(7). Esta supuesta cooperación distaría de resultar como los países de América Latina la imaginaron, y a la larga resultaría perjudicial en extremo ya que los Estados Unidos buscarían emplear las organizaciones resultantes (OEA-TIAR) para alcanzar sus objetivos particulares, y para justificar sus intervenciones en el área. "El pacto de Río de Janeiro modificó las bases mismas en que hasta entonces había descansado el panamericanismo. Ni en la época de Blaine y del "destino manifiesto", ni en los tiempos de Wilson y la Primera Guerra Mundial, ni en los años de lucha sin tregua contra el fascismo, se llegó a una decisión de tan graves consecuencias como la adoptada en Río de 1947. El TIAR no sólo era el primer tratado militar firmado en América en tiempo de paz, sino un instrumento destinado a minar la soberanía latinoamericana, a someter decisiones de la mayor importancia nacional al voto de otros países y a tratar vanamente de detener el curso de la historia, el pretender que el avance de los países socialistas y de los movimientos de liberación era el mayor peligro en el mundo surgido de la

Segunda Guerra" (8).

Toda tentativa de cambio tendía a ser encuadrada como una amenaza a la seguridad de los Estados Unidos. Por muchos años; "Latinoamérica ha vivido sometida a intereses extraños, con una soberanía enajenada y sus principales riquezas en manos extranjeras. Monroísmo, expansión territorial, destino manifiesto, diplomacia del dólar, punto IV, solidaridad hemisférica, lucha contra el comunismo internacional y Alianza para el Progreso, no son consignas o expresiones de políticas fundamentales distintas, sino nombres - diversos de una sola y vieja línea de dominación y despojo seguido hasta ahora por Estados Unidos en el continente".

(9). Posteriormente, le seguiría la política de Johnson, -- Nixon, Ford, Carter y más recientemente Reagan.

Ronald Reagan confirió algunas líneas peculiares. Supuestamente como ya señalamos, defendió la democracia, los derechos humanos y las libertades; con tales argumentos fue desarrollando una política de intervención que - nuevamente ha sufrido América Latina, y de manera especial aquellos países más independientes del área.

Estados Unidos desde siempre ha querido vincular al sistema interamericano con su estrategia globalista, lo cual pudo apreciarse en las sucesivas tentativas por crear la Organización del Tratado del Atlántico Sur (OTAS), misma que contaría con la participación decidida de países anticomunistas recalcitrantes en algún tiempo tales como Brasil, Chile y Argentina, empero, el cambio de las realidades en cada uno de los países evitó que tal esfuerzo fructificara "fundamentalmente por la oposición brasileña a compartir con Sudáfrica un tratado militar lo cual destrozaría su estrategia de "apertura africana", así como por las disputas geopolíticas argentino-brasileñas por la hegemonía subregional. No obstante, todas las fuerzas armadas tienen acuerdos bilaterales con Estados Unidos y con los interregnos relativos de la agudización de las disputas interestatales por problemas de soberanía o hegemonía; todas ellas contemplan en sus hipótesis de conflicto o de guerra su participación activa en un eventual enfrentamiento Estados Unidos - URSS" (10).

Las políticas de seguridad que ha instrumentado - los Estados Unidos en las distintas épocas no ha hecho que tornar inseguro el ámbito internacional. Han provocado un

incremento en las tensiones mundiales y han influido de manera especial en el aumento de los gastos militares. En América Latina tales políticas fueron determinantes para el surgimiento de un gran número de dictaduras que han prevalecido en distintos momentos y para numerosas violaciones de los derechos humanos.

Muchos países no sólo de América Latina sino del Tercer Mundo que trataban de realizar transformaciones de carácter estructural a fin de enfrentar las necesidades de sus poblaciones encontraron la oposición de los Estados Unidos, país que consideraba que detrás de cualquier cambio en el status quo se hallaba la Unión Soviética. Para ello, los Estados Unidos se han alineado junto a los elementos militares y sectores internos que son consecuentes con sus políticas, cuyo objetivo es detener las tentativas de cambio. "En el Tercer Mundo, los Estados Unidos adoptaron una posición muy firme contra el cambio revolucionario después de la Segunda Guerra Mundial, y han luchado por mantener en el "mundo libre" a las sociedades poscoloniales en proceso de desintegración, chocando a menudo con la tendencia mayoritaria de las fuerzas sociales y políticas dentro de esos países"(11).

3.3 Las operaciones encubiertas.

Para lograr los objetivos de seguridad nacional, los distintos gobiernos de Estados Unidos con sus doctrinas y diseños militares no han hecho otra cosa que, justificar sus políticas de dominio, intervención y aprovisionamiento de materias primas, de disposición de mercados y de mantenimiento del status-quo.

Así, las operaciones "secretas" o conflictos de baja intensidad han sido una de las políticas de fuerza emprendidas por los Estados Unidos contra aquellos países que estaban fuera de la influencia de este país o que quisieran salir de ella. Estas operaciones entran en práctica a partir de la Guerra Fría. Con el golpe de estado en Checoslovaquia en 1948, el Consejo Nacional de Seguridad aprobó la NSC 10/2, un plan que se había originado con George Kennan, a través del cual se explica lo que sería una acción encubierta. Con ésta los Estados Unidos habrían de recurrir a la propaganda, a la guerra económica, a los sabotajes, a la subversión de Estados considerados "hostiles" (por el hecho de disponer de manera independiente de sus recursos naturales) y al apoyo de fuerzas favorables a los Estados Unidos.

Para instrumentar esta política intervencionista fue creada la CIA (Agencia Central de Inteligencia), la cual ha sido fundamental en la subversión de gobiernos establecidos y para el bloqueo y eliminación de posibles dirigentes poco afines a las políticas de los Estados Unidos.

Las operaciones de desestabilización de la CIA, han asumido muchas formas, tales como el asesinato político, las conspiraciones directas con terroristas, mercenarios o facciones (generalmente militares) dentro de un país para perturbar o derrocar un gobierno. Otras formas de operar son los sobornos, la propaganda, el financiamiento de manifestaciones, la infiltración de organizaciones y el suministro de información para contribuir en los propósitos de desestabilización de un país.

Supuestamente con tal tipo de operaciones, los gobiernos de Estados Unidos podrían evadir las responsabilidades internas con la opinión pública y el Congreso, al desvincularse de manera directa con los encargados de poner en marcha dichas operaciones, ya que "públicamente" tales ejecutores estaban desautorizados por Estados Unidos. Las operaciones encubiertas tuvieron muchos resultados fructíferos, primero en Europa y después en los países del Tercer Mundo.

Con Eisenhower, se hicieron más intensas estas acciones sobre todo si tenemos presente que el Secretario de Estado, John Foster Dulles era partidario de las políticas de "roll-back". Desde que se hicieron los primeros pronunciamientos de campaña, los sectores del Partido Republicano sugerían que las operaciones encubiertas podrían ser una arma segura en la "guerra contra el comunismo". De ahí, como puede advertirse la manera de actuar de la CIA en Nicaragua a través del minado de puertos, información logística y toda clase de apoyo suministrado a las facciones contrarrevolucionarias dirigidas por Estados Unidos no es nueva sino tiene todo un historial; sin embargo, en esencia en nada cambia los objetivos de la política inmoral, ilegal e intervencionista de dicho país hacia Centroamérica particularmente hacia Nicaragua.

El investigador Noam Chomsky y el politólogo Edward S. Herman, han elaborado un estudio sistemático de la actuación que los Estados Unidos han tenido en el Tercer Mundo, en tal estudio llamado "El fascismo y el Tercer Mundo", (12), han desmitificado muchos supuestos en los que se basa la política de la Casa Blanca. Se señala que aún cuando Washington cuenta con un gobierno de fachada democrática, con

rotación de dos partidos importantes como son el Demócrata y el Republicano, y aparentemente con un gran número de medios de comunicación a su disposición. en el exterior dicha política no se lleva a cabo. En su estudio, los investigadores. revelan que los Estados Unidos ha estado asociado con los regímenes más represivos en los distintos confines del planeta. En lugar de apoyar la democracia que es uno de los valores más defendidos en su política exterior, lo que hace en la práctica es eliminar cualquier signo de disidencia o subvertir a aquel régimen que pueda presentar alguna oposición a los designios de los Estados Unidos.

3.4 Las tentativas de cambio y los Estados de seguridad.

La correlación de fuerzas sociales tendía a cambiar, "en las últimas décadas, las fuerzas populares han desarrollado crecientemente sus organizaciones políticas y gremiales y su conciencia política, y por consiguiente, su rechazo al sistema, adoptando una definida posición antiimperialista. Frente a esta corriente, las fuerzas armadas han modernizado sus técnicas y equipos, preparándose políticamente para impedir cualquier cambio en la sociedad que pueda afectar los intereses imperiales y los intereses de las oligar

quias nativas" (13).

Las fuerzas que buscaban un cambio no contaban con las estructuras propias para desarrollar su potencial; frecuentemente fueron encuadradas a partidos vinculados al Estado en cuestión, pero con todo y ello, "las corrientes liberadoras y socialistas de América Latina no podían ser contenidas por los partidos políticos tradicionales que habían fracasado en la ejecución de los modelos desarrollistas, iniciados bajo el amparo de la igualmente fracasada Alianza para el Progreso de la Administración demócrata de Kennedy, y que el imperialismo y los monopolios dominantes nativos habían decidido proteger sus intereses mediante gobiernos militares que debían restablecer el orden y la estabilidad política. Así es que, ahí donde había "problemas" se establecieron los estados de seguridad nacional" (14).

La mayor de las veces el estado de seguridad nacional ha sido una de las formas de gobierno que han predominado en América Latina, tales gobiernos han sido equipados militarmente por los Estados Unidos y se han caracterizado por su tolerancia a la dominación extranjera en varios renglones. Para sostenerse en el poder han recurrido al empleo de la fuerza

contra todo signo de disidencia. "El modelo de desarrollo aplicado por los socios (de Estados Unidos) es tan abiertamente explotador que ha exigido el terror y la amenaza del terror para asegurar la pasividad"(15). En efecto, como lo advierte Noam Chomsky, tal modelo se ha tornado útil para los intereses económicos norteamericanos. Pero como estos gobiernos militares, auspiciados por los Estados Unidos durarían muchos años en el poder (en otros países los sectores militares se mantendrían de manera paralela a los gobiernos militares y se caracterizarían por la represión generalizada).

Las desagradables inclinaciones de los clientes de los Estados Unidos, que incluyen el uso sistemático de la tortura, están funcionalmente relacionados con las necesidades de los intereses comerciales norteamericanos (y otros), en cuanto ayudan a ahogar sindicatos y continúan amenazando a los reformistas que pudieran interferir con la libertad de acción de los negociantes. La prueba de ello es que los banqueros e industriales norteamericanos han elogiado reiteradamente la "estabilidad" del nuevo orden fascista cliente, cuyos gobiernos actúan salvajemente en su trato a disidentes, sacerdotes, líderes sindicales, organizaciones campesinas y otros que amenacen "el orden", y en el mejor de los casos

permanecen indiferentes a la masa de la población, han sido de lo más complaciente con los grandes intereses extranjeros. Tales regímenes se multiplicaron de manera alarmante en la década de los setentas. Así, con la difusión y las enormes dimensiones del Imperio del fascismo del Tercer Mundo, con sus escuadrones de la muerte, tortura y represión, la grieta entre el hecho y las creencias de que Estados Unidos apoya la democracia se ha convertido en abismo.

De ahí, que para entender la política exterior de Estados Unidos y desmitificar: "la opinión común de que la libertad interna produce una conducta internacional humana y moral, no es apoyada por la evidencia histórica ni por la razón". (16). Los propios Estados Unidos tienen una larga historia de imposición de regímenes opresivos y terroristas en varias regiones del mundo que se encuentran al alcance de su poder, como las repúblicas azucareras y bananeras del Caribe y Centroamérica. La lista de gobiernos militares impuestos que ha caracterizado a América Latina fue muy amplia en ciertos periodos. La tendencia a la militarización en el área se mantuvo en forma ascendente de manera particular a partir de los años cincuenta y fue un fenómeno recurrente. En los

ochenta, en varios países se dió el retorno al civilismo, lo cual no quiere decir que haya implicado una democratización de la sociedad, ya que en algunos casos el aparato militar mantiene el poder de manera paralela al poder civil y en ocasiones un gobierno de fachada civil puede ser más represivo que uno aparentemente militar, casos recientes para ejemplificar serían Guatemala y El Salvador.

Para hacer más aceptable la política exterior de Estados Unidos y sus aliados es fundamental la actuación de los aparatos propagandísticos que se caracterizan por la supresión de todos aquellos aspectos que pueden afectar la "imagen" del sistema, ignoran todas las barbaries perpetradas por los gobiernos clientes de Washington. A éstas se les busca justificación como "baños de sangre" favorables al sistema y frecuentemente han sido ignorados por considerarse útiles a éste, dentro de la supuesta estrategia empleada por los Estados Unidos. Son lo que Chomsky, denomina "baños de sangre constructivos", un aparato de propaganda eficaz deja de lado tales casos de violencia, además el terror y el derramamiento de sangre" (17). De tal suerte que puede advertirse cómo las palabras "terror" y "terrorismo" han pasado a ser instrumentos semánticos de

los poderosos en el mundo occidental. Según el diccionario, tales palabras se refieren a la intimidación mediante el "uso sistemático de la violencia", como medio tanto de gobernar como de oponerse a gobiernos existentes; pero el uso occidental corriente ha restringido su significado, por motivos puramente ideológicos, a la violencia al por mayor de quienes se oponen al orden establecido. El concepto limitado de terror, sirve de pararrayos para distraer la atención de los problemas de fondo, y ayuda a crear una sensibilidad y un marco mental que permite mayor libertad de acción al Estado. Tales prácticas contribuyen a desacreditar las acciones del adversario cualesquiera que éstas sean y a justificar las propias como reacción a una provocación enemiga. Para la preservación de su hegemonía, los Estados Unidos cuentan con una vasta gama de recursos que incluye la maquinaria propagandística que proporciona, lo que Chomsky llama, la autojustificación interconstruida.

Ese objetivo político conservador y contrarrevolucionario ha definido el espectro de la violencia y el derramamiento de sangre aceptable o no aceptable. Desde este punto de vista, las muertes asociadas con la revolución representan un recurso a la violencia que es a la vez reprobable

e impropio como medio de provocar un cambio social. "Los baños de sangre llevados a cabo por fuerzas contrarrevolucionarias son contemplados a una luz más favorable, puesto que son interés de un regreso de las poblaciones del Tercer Mundo a la deseable "medida de pasividad y de rrotismo" imperante antes de la Segunda Guerra Mundial, a menudo mencionada como "estabilidad", o "equilibrio político". Rara vez se describen como baños de sangre, las matanzas emprendidas con el fin de volver a esas poblaciones a la pasividad, ni se dice que implique "terror" o el uso de la violencia son reajustes" o "cambios dramáticos" tolerados o aplaudidos, según sea necesario o deseable" (18).

Por lo anteriormente expuesto, podemos decir que la política sistemática hacia los países del Tercer Mundo, hace evidente que su supuesta devoción por la democracia y los derechos humanos es únicamente retórica, completamente opuesta a la política real. El respeto por los derechos del individuo, que también se presenta como uno de los valores cardinales de occidente, no ha tenido mucho espacio en los procedimientos operativos aplicados al Tercer Mundo. Como un clima de inversión favorable y de estabilidad requieren muy a menudo la represión; Washington, suminis

tró instrumentos y entrenamientos sofisticados para inte
rogatorios y tortura; actualmente están demasiado impli-
cados en la vasta expansión de la tortura.

También las distintas administraciones norteameri
canas han buscado justificar su actuación con el argumento
de su seguridad, aunque tal seguridad se aplica en detrimen-
to de los países tercermundistas, que se tornan más inseguri-
ros, "es posible que la seguridad para una gran potencia y
su gobierno cliente corresponda a una mayor inseguridad pa-
ra grandes números de personas dentro del Estado denominado
"seguro", este parece ser el caso de las mayorías de Brasil,
Chile y Paraguay, por ejemplo" (19)

De esta forma y siguiendo la tradición, argumentos
como el de "seguridad", "democracia", "derechos humanos" y
"libertad", se pondrían en marcha con Ronald Reagan, que pa-
ra lograr sus objetivos de política exterior no ha dudado en
recurrir a las políticas de "roll-back", que implica el cam-
bio de sistema hacia aquellos países que han salido de la es
fera de influencia de los Estados Unidos. Dentro de ésta po
lítica de "roll-back", las operaciones encubiertas y los con
flictos de baja intensidad han sido algunas de las más privi

legiadas.

Recientemente, el Departamento de Defensa de Estados Unidos realizó en enero de 1988, una conferencia sobre la conducción de las guerras pequeñas, o en la jerga castrense, "conflictos de baja intensidad (CBI)", con oradores como el Secretario de Defensa, Caspar Weinberger; el de Estado, George Shultz, y el general Paul Gorman, ex-jefe del Comando Sur de las fuerzas militares estadounidenses, ubicadas en el Canal de Panamá. En tal conferencia el Presidente Ronald Reagan señaló "no hay tema más importante para la paz en nuestro hemisferio, para la seguridad de nuestras fronteras, y para la protección de nuestros intereses vitales, que lograr la democracia en Nicaragua y proteger a los vecinos países centroamericanos" (20).

Por su parte, el General Paul Gorman, resumió la filosofía que predominaba en el Pentágono durante la Administración Reagan: "el dinero y la atención están dedicados a la preparación para grandes guerras, que todos esperan que nunca sucedan, mientras las pequeñas guerras que ya se han iniciado reciben poco apoyo"

La investigadora Lilia Bermúdez, en su artículo "Es

tados Unidos. Perspectiva Latinoamericana", nos dá los siguientes datos: "el incremento de asesores en El Salvador desde 1981 ha pasado de 9 a 55 en 1984, sin incluir a médicos militares (20-25); 27 técnicos en mantenimiento a aviones, o asistencia a la marina. La ayuda militar se ha ido incrementando. La última semana de enero de 1986, la administración norteamericana presentaba la solicitud de asistencia económica y militar para el próximo año fiscal de octubre de 1986 a octubre de 1987, por dos mil 118 millones de dólares, cuya mitad estaría destinada a los aliados centroamericanos de Washington, y una cuarta parte de esta cantidad para El Salvador. En el último año de la Administración REagan se reafirmaba que el diálogo y el compromiso sólo podían ser exitosos desde una posición de fuerza y se planteaba el apoyo humanitario y militar al pueblo y al gobierno amenazado por la insurgencia, señalando que continuarían brindando asistencia para la seguridad". (21).

Por otra parte, el espionaje practicado por Estados Unidos en contra de Nicaragua es cósmico, aéreo, naval y terrestre. Asimismo se han anunciado un sinnúmero de maniobras militares en la Costa Atlántica de Nicaragua; con desplazamiento de tropas por el territorio hondureño y obras diversas de infraestructura. A mil millones de dólares se elevaron los cos

tos en 1989, de las acciones de sabotaje, asistencia directa a la contrarrevolución, movilizaciones de tropas, barcos de guerra, aviones y otros medios sofisticados como el satélite. El Congreso de Estados Unidos ha discutido en diversas ocasiones la suerte de un país independiente y soberano, como es Nicaragua, el simple hecho de la discusión configura un caso de uso de la amenaza de la fuerza. Con la campaña de Ronald Reagan para lograr la aprobación de su presupuesto militar contra el régimen sandinista y las perspectivas de esta vocación parlamentaria. Ronald Reagan argumentaba que Managua usaba las negociaciones y las medidas diplomáticas como única propaganda y que, en el plano interno, se trataba de un gobierno represivo y totalitario. La Doctrina Reagan que se elaboró como cobertura ideológica para justificar a los contrarrevolucionarios nicaraguenses, la "contra" terminaría por utilizarse para dar legitimidad a las acciones de la administración Reagan desde Afganistán hasta Angola o Libia; "nunca, en varias décadas, ha estado tan en peligro el orden jurídico internacional y en especial el orden jurídico interamericano. Esto no puede resultar ajeno a ningún país, porque precisamente en la vigencia de ese derecho descansa la viabilidad de los diferentes proyectos nacionales" (22).

3.5 Las falsas simetrías reaganianas.

La política de Ronald Reagan hacia los conflictos del Tercer Mundo y en especial hacia América Latina -que ha sido objeto incluso de rechazos a nivel interno, falta de consenso entre los republicanos y los demócratas, y entre la Casa Blanca y el Capitolio), desacuerdo que se dá de manera especial por el llamado Caso Irán-Contras-, reflejó cómo un país de fachada democrática en aras de sus intereses de seguridad nacional pasaba por alto sus propias leyes internas, ya no digamos las internacionales. La política bipartita es una violación de la carta de las Naciones Unidas y de las leyes internacionales a las cuales está sujeto legalmente Estados Unidos. Asimismo está en contradicción con la Comisión de Derechos Humanos del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. Este cuerpo ha tildado de "inadmisibile la utilización de ayuda humanitaria u otra asistencia para financiar, entrenar, y armar mercenarios, y ha urgido a los países a tomar las medidas necesarias para prohibir el apoyo y la asistencia a dichas fuerzas". (23).

La política reaganiana ha equiparado al terrorismo -desde los parámetros empleados por el gobierno norteamericano

no-, con el narcotráfico, y los gobiernos revolucionarios como peligros para la seguridad de los Estados Unidos. Ya alguna vez lo señaló el Secretario de Estado, George Shultz "los narcotraficantes, los terroristas y los revolucionarios avanzan cada día, haciendo causa común en sus diferentes actividades destructivas". (24). Esto fue enmarcado en la tarea de conseguir el consenso interno y externo para la política de Reagan (lo cual se evidenció en la Cumbre de Tokio) y se mantuvo hasta los últimos días de la Administración Reagan como el eje central de la política estadounidense. De tal manera, gobiernos como el de Colombia, México y Panamá fueron acusados de narcotraficantes, los cuales casualmente diferieron de manera consistente en materia de política exterior con Estados Unidos. Además, esos tres países pertenecen al Grupo Contadora. La crisis panameña fue y es una muestra clara de los matices de dicha política y sus graves consecuencias; el caso de Panamá llama la atención en el sentido de que es la primera vez en la historia de la política norteamericana hacia América Latina en el que un proceso electoral se convierte en el objetivo central o final de la desestabilización de un proceso, se trata de aprovechar la coyuntura para negar la entrega del Canal de Panamá, estipulada en los Acuerdos Torrijos-Carter a finales de este siglo.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CAPITULO 3

- 1/ Connell-Smith, Gordon, "Los Estados y la América Latina", México, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 339.
- 2/ Ibidem, p. 229.
- 3/ Grunwold, Henry, "Foreign Policy Under Reagan II, en Foreign Affairs, V. 72, No. 3, Otoño, 1984.
- 4/ Connell-Smith, Gordon, op. cit., p. 180.
- 5/ Lowenthal, Abraham F., "Partners in Conflict; the United States and Latin America", Foro Internacional, 1987.
- 6/ Idem, pp. 121-133.
- 7/ Sepúlveda, César, "El Sistema Interamericano, Génesis, Integración, Decadencia", México, Porrúa, 1974, p. 36
- 8/ Idem, p. 220.
- 9/ González Casanova, Pablo. "La crisis del Estado y la lucha por la democracia en América Latina", Revista Mexicana de Sociología, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, No. 2/ abril-junio 1981, México.
- 10/ García Pío. Notas sobre formas de Estado y Regímenes militares en América Latina, en Revista Mexicana de Sociología, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, No. 2/ abril-junio de 1989, México.

- 11/ Maira Luis, (comp) ¿Una nueva era de hegemonía norteamericana? "El Programa de expansión militar de la Administración Reagan y el balance de poder con la Unión Soviética". Buenos Aires, Rial - GEL, 1986.
- 12/ Chomsky, Noam y Herman S. Edward, "Washington y el Fascismo en el Tercer Mundo", México, Siglo Veintiuno, 1986, p. 88.
- 13/ Pastor, Robert, "El Gobierno de Reagan y América Latina: la Búsqueda Implacable de Seguridad", en Foro Internacional 1986, p. 88
- 14/ IDEM, p. 92.
- 15/ IDEM, p. 93-95.
- 16/ Lowenthal, Abraham F., "Partners...", p. 88
- 17/ Chomsky, Noam y Herman S. Edward, op. cit, p. 36-56.
- 18/ IDEM p. 86-92.
- 19/ Kenneth A. Oye, Lieber J. Robert y Rothchild, Donald, (comps); Eagle Resurgent? The Reagan Era in American Foreign Policy, Boston, 1987.
- 20/ Memoranda al presidente de Warren Christopher y Lawrence S. Eagleberger sobre política exterior, en American Agenda, Report to the President of the United States of America, Vol, two, p. 8
- 21/ Bermudez, Lilia "Estados Unidos Perspectiva Latinoamericana". Carta mensual, Vol. 14, Nos. 4-6, mayo-junio, 1989, CIDE, México.

- 22/ Vaky, Viron. "Reagan's Central American Policy: An Isthmus Restored", en R.S Leiken, ed. Central America: Anatomy of Conflict. New York; Pergamon Press pp. 233-258.
- 23/ Grunwold, Henry, "Foreign Policy..." op. cit; p. 33
- 24/ IDEM. 44-51.

4. LIMITES A LA HEGEMONIA NORTEAMERICANA

Aun cuando hasta cierto punto la Administración Reagan mantuvo una política exterior "coherente", los Estados Unidos ya no tienen la capacidad para cumplir con los objetivos trazados, por mucho y que se trate de regresar al bipolarismo. A los Estados Unidos ya no les resulta del todo fácil imponer su voluntad lo cual se ha reflejado en distintos aspectos de las relaciones internacionales. Si bien, hubo cierto "éxito" en la invasión a Granada no ha sucedido así en otros escenarios. En Líbano, los Estados Unidos tuvieron que salir forzosamente de la zona de conflictos, y en Nicaragua y El Salvador no ha podido imponer sus soluciones político-militares. Se han dado grandes fricciones en distintas regiones sin éxitos completos, como en Libia, Irán, Angola, Camboya y Siria. América Latina no ha sido la excepción (particularmente en las posiciones hacia Centroamérica y hacia la deuda externa).

De ahí que este apartado tenga por objetivo hacer referencia a los límites de la hegemonía de los Estados Unidos en América Latina durante el tiempo que Ronald Reagan estuvo como presidente,

Se pudo observar que las restricciones internacionales sobre la política exterior de Reagan, resultaron aun más severas que las internas. Los límites contemporáneos del poder mundial de Estados Unidos no son el resultado de que Carter haya manejado mal los asuntos exteriores, sino producto de los cambios fundamentales en el sistema internacional, cambios que existían mucho antes de que Carter llegara a la Oficina Oval: la creciente independencia y autoafirmación del Tercer Mundo; la pérdida del dominio económico de Estados Unidos ante Japón; Europa Occidental y los países exportadores de petróleo, la erosión de la superioridad militar estadounidense y las reformas políticas y económicas en la URSS (un cambio que se quiera o no, tocará en el mundo a las más viejas cadenas de la ceguera). Ronald Reagan, en su jactancia, pudo pasar por alto estas realidades, pero no pudo evitar sus consecuencias.

Se ha debatido extensamente sobre el debilitamiento de la hegemonía económica de Estados Unidos. La brecha productiva con Europa y Japón, surgida de la guerra, se cerró. El régimen monetario fue modificado después de que a principios de la década de 1970 se canceló la convertibilidad del dólar y éste se depreció con respecto a otras divisas fuertes. Se argu-

mentó de manera insistente sobre la desindustrialización de la economía y se constata la pérdida de competitividad en los mercados. Ahora son los déficit fiscal y comercial los que acaparan la atención, insertando a estos factores en los desajustes que caracterizan a la economía mundial.

No obstante, un aspecto de la cuestión de la hegemonía estadounidense -que es, ciertamente, un concepto, relativo- concierne a la capacidad de ese país para soportar los desequilibrios. Si bien dichos desequilibrios no representan grandes proporciones de su producto, sí significan enormes cantidades de recursos en términos absolutos, que presionan sobre las corrientes de los intercambios comerciales y financieros. Una de las expresiones de la fortaleza que mantiene la economía de Estados Unidos, y de su amplio margen de maniobra en las relaciones internacionales, es la forma en que suscita una reacción en las otras economías industrializadas con los cambios de otras políticas fiscal, monetaria y comercial. De ahí la contradicción entre quienes sostienen la decadencia y aquéllos que avalan la recomposición hegemónica estadounidense.

4.1 Límites de la hegemonía norteamericana en América Latina.

Si bien, es cierto que los Estados Unidos tuvieron gran injerencia en la emergencia de los militares en muchos de los países; en América Latina no todos ellos desarrollaron una política automática en favor de los designios de la super potencia continental, tal fue el caso del gobierno del Perú, a finales de los sesenta, así como el de Panamá de Omar Torrijos. En la XI Conferencia de Comandantes de Latinoamérica y Estados Unidos aparte de surgir la posición incondicional hacia los intereses de tal potencia otros representantes "elevaron enérgicamente sus voces contra la violencia proveniente de las grandes corporaciones internacionales que intervienen frecuentemente en los asuntos de los países latinoamericanos. Aludieron a los problemas sociales y al subdesarrollo como fuentes de los movimientos de oposición y pidieron abiertamente que finalizara la agresión económica declarada por Estados Unidos contra las naciones pobres del hemisferio" (1).

Los programas de entrenamiento han cumplido una función relevante toda vez que le han ayudado a establecer relaciones más estrechas con los cuadros militares dirigentes a fu

turo que para muchos países incorporarían la visión del mundo estadounidense y un sentido de las prioridades y políticas norteamericanas. Sin embargo, no en todos los países ocurre tal supuesto. A partir del gobierno militar peruano empieza a efectuarse cierto viraje en cuanto al automatismo favorable a Washington, además otros gobiernos civiles empezaron a impulsar mayores cambios en las relaciones interamericanas en su conjunto, lo cual también en cierta manera no estaba disociado del ambiente internacional de relajamiento de las tensiones Este-Oeste que tuvo lugar a principios de la década de los setenta. La correlación de fuerzas internas de cada país impulsaba más a sus dirigentes a tomar posiciones más de fondo en los asuntos internacionales y nacionales, aunque esta presión también es innegable que en no pocas ocasiones fue desviada para otras finalidades y muchas de las denuncias de algunos países latinoamericanos no pasaron de ser mera retórica.

En la década de los setenta ocurre algo novedoso en las relaciones internacionales. Se instituyen entre otras cosas el Sistema Económico Latinoamericano (SELA, 1975), el cual no incluye a los Estados Unidos, en los foros internacionales se pugna por continuar con la descolonización en áreas que son

de interés para los Estados Unidos, como Puerto Rico y Panamá, por políticas que permitan el usufructo a los países en desarrollo de sus recursos naturales, por permitir a los países latinoamericanos establecer -si así lo desean- relaciones diplomáticas con Cuba (país con el cual a excepción de México, la mayoría de las naciones latinoamericanas rompió relaciones diplomáticas por presiones de los Estados Unidos durante la X Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA, que se efectuó en 1954 en Caracas, Venezuela).

Otro aspecto sintomático lo refleja la votación que tiene lugar en los organismos internacionales, lugares (recintos) en los cuales Estados Unidos tiende a quedarse aislado diplomáticamente al lado de Chile e Israel, países considerados como "parias" por la Comunidad Internacional, fenómeno que no han podido revertir los Estados Unidos aún en la actualidad.

Algunos cambios más que tuvieron lugar en los años setenta, es la aparición de "carteles" que tratan de defender los recursos naturales de los países en desarrollo como la OPEP, la derrota de los Estados Unidos en Vietnam, y las victorias de movimientos populares anticolonial-

les en muchos países de Africa, y el fortalecimiento del no alineamiento.

En la década de los ochenta, se acentuó la margina ción de América Latina con respecto a la economía mundial. Pero, al mismo tiempo, se concentraron las relaciones comercia les y financieras con Estados Unidos. Si en el caso de otros países industrializados, Estados Unidos "perdió el poder de do minar aun retiene el poder de amenazar", para esta región esa distinción no es tan nítida" (2).

Las contradicciones observables en las formas de la cooperación económica se manifiestan también en los canales de transmisión del comportamiento de los mercados. Ahora son muy diversos los factores que repercuten sobre estas economías y que en las condiciones vigentes tienden a acrecentar su vulnerabilidad. Las pautas de la regionalización, como se aprecia en torno de América del Norte, Europa y Japón, contrastan abruptamente con la experiencia de la integración latinoamericana. El proceso de acumulación de capital y del financiamien to se cierran en el exterior. Además los mercados intrarregionales han perdido importancia y este proceso iniciado hace varias décadas está hoy inmerso en una profunda crisis.

4.2 El Sistema Interamericano y la nueva realidad.

Los países de América Latina buscaron redefinir su posición y depender cada vez menos de los Estados Unidos, quién se obstinaba en mantener sus intereses desde una perspectiva unilateral y siempre vinculada en torno al conflicto Este-Oeste; mientras que se observó que la actual realidad es cada vez más Norte-Sur; por lo cual se dieron ciertas fisuras en la relación mutua. El gobierno de Washington consideraba que es también de importancia su imagen, y que esos "desafíos al prestigio y la imagen estadounidense, son amenazas tan importantes a la seguridad nacional como los desafíos militares directos" (3).

Los Estados latinoamericanos, en la década de los setenta, mostraron una mayor disposición a buscar vías alternativas a las organizaciones y fórmulas si no impuestas, si dominadas por los Estados Unidos: OEA, TIAR, Alianza para el Progreso...; o bien fallidos intentos de organización regional intralatinamericana como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALAC), la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA), el Mercado Común Centroamericano, etc. De esta suerte, a partir de entonces hemos visto surgir orga

nizaciones latinoamericanas como la Comunidad Económica del Caribe (CARICOM, 1973), el Sistema Económico Latinoamericano (SELA, 1974), la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI, 1980), etc.

Es necesario asentar que estos esbozos integracionistas no son fortuitos. La integración dista, en todos los casos, de ser un capricho, es fundamentalmente una necesidad. Las exigencias económicas justifican hoy la creación de grandes espacios económicos-políticos. Dice Modesto Seara Vázquez: "No puede pensarse en la posibilidad de que un país tenga una economía verdaderamente moderna (...) si no cuenta con un gran espacio y una gran población. (...) Estas necesidades económicas son, pues, las que están forzando la época del nacionalismo a la del regionalismo (internacional)" (4).

El proyecto de integración latinoamericana de la década de los ochenta, encarnado en el llamado Mecanismo de Concertación Política Latinoamericana, encuentra su aliento fundamental reciente en los espacios de negociación diplomática y en la posibilidad de una interpretación propiamente latinoamericana de los problemas y sus soluciones que permí-

tió, en torno a la problemática del área centroamericana, el establecimiento del Grupo de Contadora (Colombia, México, Panamá y Venezuela) en enero de 1983 y el reforzamiento que constituyó para éste la posterior creación, en agosto de 1985, del Grupo de Apoyo (Argentina, Brasil, Perú y Uruguay). Sin embargo, una respuesta de esta naturaleza acaso no hubiera sido tan clara y decidida sin el concurso de cuatro factores: 1) la profunda crisis económica mundial y sus repercusiones negativas en las estructuras y la estabilidad social de los países de América Latina; 2) el conflicto británico-argentino por las Islas Malvinas que, junto con la invasión de Granada, hizo patente las limitaciones del sistema interamericano y el divorcio entre seguridad regional y los países latinoamericanos; 3) el peligro de generalización del conflicto centroamericano; y 4) el retorno a la vida democrática de importantes países como Brasil, Argentina y Uruguay.

El primer paso hacia el establecimiento del Mecanismo Permanente se dio con la reunión que los cancilleres de los ocho países antes mencionados, celebraron en Río de Janeiro, los días 17 y 18 de diciembre de 1986. En esa primera reunión se definieron como objetivos básicos del Mecanismo: reforzar la cooperación política; buscar la con

certación de posiciones internacionales en un frente común; fortalecer la cooperación e integración regionales coordinando los organismos que para el efecto existen, impulsando los procesos en marcha y explorando nuevos campos; buscar soluciones regionales propias a los problemas comunes; y mejorar las relaciones internacionales de América Latina y el Caribe mediante el favorecimiento del diálogo político con otros países y regiones.

La primera reunión del Mecanismo propiamente dicho se efectuó en abril del año siguiente, en 1987, en Bariloche Argentina. Allí los cancilleres analizaron problemas básicos como deuda externa, la institucionalización del Parlamento Latinoamericano y la importancia de vincularse con la Comunidad Económica Europea. Independientemente de lo anterior, se avanzó en la preparación de una agenda básica en los rubros más importantes para la organización del mecanismo. Allí se propuso, entre otras cosas, incluir el principio de corresponsabilidad de acreedores y deudores en el foro del Consenso de Cartagena; coordinar y profundizar esfuerzos para la armonización de las legislaciones nacionales, de manera que no obstaculicen las acciones conjuntas y consolidar el proceso de democratización en América Latina.

La segunda reunión del Mecanismo se efectuó en Campos de Jordao, Brasil, en agosto de 1987. Para entonces la iniciativa había ganado peso político y delineado sus objetivos. En esa reunión se acordó, entre otras cosas, proponer el examen de la ampliación de la competencia del Consenso de Cartagena a temas vinculados con el comercio y el financiamiento para el desarrollo; presentar, con la Secretaría General de la ALADI, un estudio sobre los aspectos jurídicos de la integración; y, además, se hizo público el propósito de realizar una primera reunión de mandatarios del Mecanismo.

Esta primera cumbre se realizó en Acapulco, México, en noviembre de 1987. El documento emanado de ese encuentro advierte el peligroso estancamiento de las economías latinoamericanas, al cual se agregan los efectos del control oligopólico de las tecnologías de punta, las políticas proteccionistas y el mal funcionamiento de los organismos de cooperación internacional.

La reunión ministerial de Cartagena, Colombia, celebrada en febrero de 1988, dio seguimiento a los acuerdos de Acapulco, así como la reunión de Oaxaca, México. Finalmente, la segunda reunión de presidentes del Mecanismo, efectuada en

Punta del Este, Uruguay, pareció dar pruebas de la consolidación del Mecanismo. Sin embargo, el cambio de gobierno en México y Venezuela, así como las vicisitudes políticas que atraviesa Argentina y, en menor grado, Brasil han provocado un impasse, el cual hay que añadir otro factor, este de orden extralatinoamericano: el cambio de poderes en los Estados Unidos.

La integración latinoamericana actualmente dista mucho de ser una empresa factible. Es muy cierto que si durante muchos años la idea de unidad latinoamericana fue prácticamente sinónimo de utopía, hoy la perspectiva de la concertación es una práctica que se antoja cotidiana. No obstante, es menester hacer un importante matiz a este respecto. Hoy en día la concertación parece factible, lo cual es un gran adelanto, pero no así la unidad o la integración. El Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, Dr. Germán Nava Carrillo, lo expresó puntualmente en la conferencia que en la sede de la Cancillería mexicana dictó durante el segundo semestre de 1988. Dijo él: "...está claro que la concertación política no es igual a la unidad o a la integración política y, claro está, también, que entre ambas media un largo recorrido y que --al menos en las circunstancias del presente-- no todos los actores que participan en la concerta-

ción están dispuestos a recorrer la distancia que la separa de la integración" (5).

Se observa que las diferencias de orden económico son el evidente factor que hace dubitativa la decisión de lanzarse plenamente a la empresa de integración, simplemente apuntaremos la poca complementariedad de las economías de los países involucrados. Sin embargo, nos gustaría ubicar en un contexto más amplio esta dificultad, ésto es, en el viraje de una situación mundial bipolar a otra multipolar.

Por lo anterior, se puede preguntar, qué alternativas le quedan a la América Latina. Desde luego buscar su integración. Es posible? La respuesta es dudosa. Ya se aludió a motivos de orden económico al interior de los países involucrados. Pero igualmente conveniente sería examinar, aunque sea de forma somera, algunas determinantes extra-mecanismo cuyas repercusiones políticas, a nuestro entender, están resultando definitivas.

Este breve examen podría enmarcarse en el interés particular de cada Estado. Citemos dos ejemplos: Brasil y México, las dos economías más significativas del Mecanismo. El primero es entre todos el de mayor aliento expansionista,

al interior de América Latina y, de algún modo, en Africa. El realismo de su política internacional lo ha llevado a iniciar importantes acciones de cooperación económica con dos países de su interés prioritario: Argentina y Uruguay.

Por su parte, México se ha replegado a una posición que no alcanza ya ni siquiera el nivel de la retórica. En esta actitud influye, por supuesto, el problema de la negociación de la deuda externa y, cosa importante, el proyecto de un Mercado Común Norteamericano que actualmente están manejando Canadá y Estados Unidos. De modo que el aparente desenfado con el que México ha tomado recientemente el tema de la integración latinoamericana, podría pensarse que se debe a la necesidad de ganar tiempo para resolver cuestiones como qué tan viable sería la opción de la C.E.E., qué posibilidades reales tiene México en la Cuenca del Pacífico y, fundamentalmente, qué margen de maniobra tiene México ante la inminencia del Mercado Común Norteamericano.

4.3 La hegemonía declinante.

Los gobiernos de Estados Unidos han actuado unilateralmente también en lo económico. Muchas de las acciones emprendidas en el ámbito interno por este país han dañado se

veramente en el ámbito económico a los países del subcontinente. El aumento de las tasas de interés ha repercutido en los montos de la deuda de muchos de los países, lo mismo con el proteccionismo y recorte de compras de productos a ta les países en momentos en que la crisis se cierne de manera más concreta a nivel mundial y en la cual los países en desa rrollo han sido en verdad los más afectados; sin embargo, ningún gobierno norteamericano reciente, ha querido reconocer los cambios que se están gestando en el continente en de trimento de su hegemonía de años atrás. No ha querido reconocer la nueva difusión y redistribución del poder mundial.

"... El desafío que la política de Estados Unidos no ha aceptado durante los últimos veinte años, y que crece año con año, ha sido cómo responder a la erosión del breve período de posguerra de hegemonía virtualmente incuestionada en el Hemisferio Occidental: cómo enfrentar la declinación de hegemonía" (6). En efecto la hegemonía norteamericana alcanzó su cúspide en los años inmediatos posteriores a la guerra (en lo político, económico y militar). La inversión de Estados Un dos desplazó a la de otros países. Durante la década pasada, sin embargo, los países latinoamericanos se hicieron cada vez más afirmativos, autónomos y diversos. El régimen en su conjunto es mucho más coherente, económico y político, de lo que

lo era antes. El poder de las principales naciones latinoamericanas ha estallado, la influencia en Latinoamérica de países extrahemisféricos ha crecido constantemente, y la posición relativa de los Estados Unidos ha disminuido inevitablemente.

A lo largo de la década de los ochenta hemos asistido a una modificación radical del sistema monetario-financiero internacional, tanto de sus actores como de sus estructuras y formas. La innovación de los productos y procesos financieros, la aparición de la moneda electrónica, la desregulación de los mercados, la homogeneización de las instituciones financieras, la globalización de los mercados de dinero y capital, la titularización del financiamiento y la consolidación de un régimen monetario multipolar son algunas de las expresiones más tangibles de este proceso de creación de una nueva estructura y nueva dinámica de las prácticas y flujos monetario-financieros.

El reacomodo financiero más importante de esta década se refiere al surgimiento de Japón como el mayor acreedor del mundo desde 1985, es decir, en la principal potencia financiera del planeta y el deterioro de la posición internacional de Estados Unidos, convirtiéndose esta nación en importadora

netas de capitales en 1985, por primera vez desde 1914. Hecho que señala el deterioro de la hegemonía de la economía más grande e importante del área capitalista. El reordenamiento de la hegemonía financiera que expresa la modificación de la posición internacional de Estados Unidos y Japón se ha desarrollado en el contexto de un régimen de paridades flexibles y de una gran movilidad de capitales, lo que ha permitido que la esfera monetaria constituya uno de los espacios privilegiados de la redistribución de la riqueza financiera, al mismo tiempo que ha generado un régimen multipolar, en el que destaca el surgimiento del yen como moneda internacional.

Este fenómeno se desarrolla a partir de 1985, y tiene como sustento el acuerdo firmado entre Estados Unidos y Japón en 1984, cuyos objetivos eran: incrementar el uso del yen como moneda internacional, promover el desarrollo del mercado del euroyen y liberalizar los mercados de capital japoneses. Este acuerdo se da en el marco de la nueva política de coordinación macroeconómica de los países industriales en septiembre de 1985 que buscaba un descenso concertado y ordenado del dólar, después de la revaluación real del dólar de más del 40 por ciento de fines de 1979 a principios de 1985.

"A la par que se da el descenso del dólar, que alcanzó su punto más profundo en diciembre de 1987, 52.82 por ciento frente al yen y 53.18 por ciento en relación al marco alemán, la internacionalización del yen se aceleró. La emisión de eurobonos denominados en esta moneda pasó de menos de 1 por ciento en 1983 a más de 10 por ciento en 1988, los préstamos externos en yenes se elevaron de 7.5 por ciento a 15 por ciento, la utilización, como moneda de valor, se incrementó al avanzar de 4 por ciento de las reservas internacionales al 7 por ciento y como medio de reserva de los activos internacionales del 2 por ciento al 10 por ciento. Finalmente su uso como medio de facturación del comercio internacional se incrementó; las exportaciones japonesas denominadas en yenes en 1977 eran 18 por ciento y son más del 35 por ciento en 1988"(7).

En este sentido, el profundo deterioro de la posición internacional de la economía estadounidense en la segunda mitad de la década de los ochenta representa un serio desafío al papel del dólar como principal organizador del orden monetario. Si hasta la fecha no ha habido un desplazamiento significativo de la moneda estadounidense, la rápida progresión del yen en los mercados monetarios y financieros, así

como la presencia del marco alemán en los mismos, apunta hacia la construcción de un mundo monetario multipolar. De ser correcta esa apreciación, los años ochenta significaron la inauguración de la era del posdólar. Esto no supone la eliminación del dólar de la estructura hegemónica monetaria internacional, sino la presencia de un régimen multipolar, jerarquizado y administrado, en el cual el dólar como dinero mundial perderá su carácter excluyente, propio del régimen de Bretton Woods. El reacomodo financiero en los ochenta se expresa también en el papel de las instituciones bancarias y financieras, así como en la consolidación de la Bolsa de Valores de Tokio como uno de los principales mercados del mundo, lo que la ha convertido en una de las piezas clave de la dinámica del mercado global de capitales.

En síntesis, los desarrollos monetarios y financieros de los años ochenta han implicado un reordenamiento de las estructuras hegemónicas del capitalismo contemporáneo. Reordenamiento en curso cuya resolución será indudablemente un proceso largo y complejo. La Cuenca del Pacífico y el proyecto de Europa 1992 serán sin duda los escenarios más relevantes en su desarrollo, y en los cuales el reacomodo financiero y la disputa monetaria serán de una de sus dimensiones más importantes.

Se está produciendo una situación similar a la de los años 20's del presente siglo, en las relaciones interamericanas, en esos tiempos como ahora-, Estados Unidos era una potencia dominante pero no dominadora de los países de América del Sur. Había otros países europeos también con una presencia significativa de los distintos ámbitos. Asimismo, muchos aspectos de los años ochenta son por supuesto nuevos: la influencia de Japón y la Unión Soviética en Latinoamérica; la emergencia de Brasil y otras naciones como exportadoras industriales importantes; incluso el inicio de la fabricación de armas en Sudamérica y especialmente la transformación de la economía política de la región y el cambio de la naturaleza de la participación económica de Estados Unidos en América Latina. Pero con todo eso, "Ninguna administración norteamericana se ha enfrentado hasta ahora con éxito a la declinación de la hegemonía norteamericana ya sin implicaciones, ni a las tendencias de la transformación social y económica de América Latina" (8).

Por su parte, los países de América Latina han buscado la ayuda multilateral cada vez más haciendo en la medida de lo posible aquella ayuda bilateral y sus consecuentes implicaciones políticas, todo lo cual requiere de efectivas reestructuraciones a nivel mundial que no sólo alcanzarían a los Estados

Unidos sino a todos los países industrializados. El Gobierno de Reagan, lejos de tratar de llevar a cabo tales transformaciones ha intentado restaurar la hegemonía norteamericana a cualquier precio, lo cual ha contribuido a incrementar las fricciones en las relaciones interamericanas. La retórica de la confrontación y las acciones de la administración Reagan Centroamérica y el Caribe parecían estar acrecentando la distancia que separa a Washington de algunas de las principales naciones latinoamericanas. Y el apresuramiento de dicha administración a abrazar a los regímenes autoritarios cuesta a Washington un precio en credibilidad entre los grupos de oposición y las fuerzas democráticas de Latinoamérica a la vez que le da muy poca influencia a los regímenes mismos. Como botón de muestra, baste mencionar que "Todos estos problemas quedaron ilustrados por la crisis del Atlántico Sur a mediados de 1982. El fracaso de la administración Reagan en disuadir a Argentina de lanzar su malhadada invasión, en persuadir a Argentina a aceptar varias soluciones de compromiso para dar fin al conflicto o en convencer a otros países latinoamericanos de que se opusieran a la aventura Argentina: todo esto reveló vigorosamente los límites de verano, la crisis del Atlántico Sur iluminó el escarpado paisaje de las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica, con sus profun

das fisuras. Ningún ajuste simplemente retórico de la política norteamericana puede disimular estas diferencias" (9). Una insistencia constante de Washington en la supuesta armonía regional -y una presuposición implícita de la continuación de dominio de Estados Unidos no haría sino agudizar estas diferencias tal como ha venido sucediendo en la práctica. Algunos autores consideran "que lo complicado de la agenda - en estos últimos años de la década de los ochenta hacen que en un futuro no lejano sea inminente la posibilidad de ruptura. Y es que no deben minimizarse las fricciones que se están presentando la constante crisis económica, el problema de la deuda, la lucha por la democracia y los derechos humanos, el tráfico de drogas y el nacionalismo, indudablemente han complicado más las relaciones... hay otros asuntos en las relaciones Norte-Sur que son fuentes adicionales de discordia" - (10).

4.4. LAS MALVINAS Y SUS REPERCUSIONES EN LAS RELACIONES INTERAMERICANAS.

La forma como se desarrollaron los hechos en el - conflicto de las Malvinas planteó para muchos países serias interrogantes respecto a la alianza entre los Estados Unidos y los países de América Latina, y lo más grave de ello para

la estrategia norteamericana fue que con la acción de apoyo a la Gran Bretaña perdió a un gran aliado; Argentina y sus fuerzas armadas con vasta experiencias en reprimir movimientos populares -por un lado-; al tiempo que esta inclinación por una potencia extracontinental le restó viabilidad al empleo del TIAR, mismo que ya estaba preparado por parte de Washington para ponerlo en marcha en la crisis de Centroamérica, aunque conviene aclarar que el debilitamiento y desprestigio tanto de la OEA como del TIAR se arrastraba desde hacía buen tiempo y no era sino también en parte el resultado de la pérdida de hegemonía mundial de los Estados Unidos; y no era la única alianza en entredicho; ya otras alianzas habían desaparecido. "Durante los años 70's se liquidó el SEATO como consecuencia de la derrota militar en Vietnam, se destruyó el CENTO a raíz de la caída del régimen del Sha en Irán y una alianza subregional - como la CONDECA que Estados Unidos apoyaba teóricamente aunque no era parte de ella, durante la crisis del régimen de Somoza demostró que no estaba en condiciones de operar" (11).

Ha quedado en claro cuán frágil es este esquema, el llamado Sistema Interamericano tanto en su expresión institucional y gubernamental, la organización de Estados Americanos, como en su dimensión propiamente militar, el TIAR. Uno de los

dos socios de este sistema, el bloque latinoamericano, puede actuar ligado por factores de solidaridad geográfica y cultural (SIC), pero el otro, Estados Unidos, tiene que buscar el equilibrio de sus intereses generales y llegado el caso, como ahora ha ocurrido, pasa por encima de los tratados y acuerdos suscritos para privilegiar su relación con un aliado más importante".

El conflicto evidenció una seria fractura en la relación ya que los Estados Unidos preferían a su aliado europeo que también contó con el apoyo de la CEE incluyendo Francia y Grecia, mientras que por el otro lado del bloque latinoamericano aglutinaba a países como Nicaragua y Cuba anteriormente relegados -el caso de Cuba-, luchando por una causa común en los foros internacionales. Causa común que también tiende a reflejarse ya en los distintos ámbitos para los países latinoamericanos que pugnan por insertarse de una manera más adecuada en el escenario internacional.

4.5. LOS LIMITES DEL INTERVENCIONISMO.

Por otra parte, como muestra de la nueva difusión de poderes, el intento de imponer los métodos tradicionales en -

América Central no ha resultado hasta ahora del todo factible debido a presiones tanto internas como externas dado que muchos países de América Latina no aceptarían de manera pasiva otra vulneración de manera tan flagrante como la acaecida en Granada, no tanto por samaritanismo sino porque ellos podrían sufrir semejantes medidas en caso de emprender medidas internas en alguna cuestión de interés, de tal forma que tratarían de conciliar el equilibrio en dos planos, las clases -dirigentes de cada país en un ambiente internacional -en especial en el plano económico- por la reducción del margen de maniobra.

"Brasil, México, Venezuela, Argentina, Colombia y otros países latinoamericanos, luchando por realizar su potencial y por satisfacer las aspiraciones de sus ciudadanos, se toparán cada vez más con una creciente tendencia de los Estados Unidos y otras potencias establecidas a defender el "status quo" por medio del proteccionismo, la preservación de la "ley y el orden" monetarios internacionales, y las políticas de no proliferación; los países latinoamericanos perciben que todas estas políticas están basadas en el supuesto dominio o en la presuposición autofavorecedora de que lo que sirve a los intereses inmediatos de los países industrializados satisfice

automáticamente las necesidades de todos" (12). Tal como ha ocurrido al tratar el tema de la deuda externa.

Para alcanzar la mejoría sería preciso recurrir a una serie de transformaciones económicas internacionales en las cuales se contemplaran las aspiraciones de los países de América Latina. Ninguna administración norteamericana ha intentado seriamente hasta ahora reformar la estructura del orden internacional del que los Estados Unidos obviamente han sacado tanto beneficio. Las concesiones económicas otorgadas por Washington a Latinoamérica o a los países del Caribe (o otros) se han dado siempre a regañadientes, desde una postura dominante, a cambio de cooperación en asuntos políticos o estratégicos específicos. El Gobierno de Estados Unidos no a visto la necesidad de transformar sus relaciones con Latinoamérica.

Asimismo no le ha brindado la importancia debida a la región, por lo que los países Latinoamericanos están en la búsqueda de soluciones más convenientes a sus intereses y que en ocasiones entran en contradicción con la política exterior estadounidense, como se observa entre el acercamiento de los países latinoamericanos los países que hoy conforman la Comunidad Económica Europea (CEE) y también lo que es el suyo el mo-

delo que han tenido en mente quienes han pugnado por la constitución del Mecanismo Permanente de Consetación Política latinoamericano. Aún más, no deja de llamar la atención el que se hayan promovido y efectuado reuniones ministeriales periódicas con dicha organización europea. Incluso se ha insistido en repetidas ocasiones en la posibilidad de que España y Portugal sirvan de puente entre ambos mecanismos regionales. En una primera instancia, la justificación expresa de los latinoamericanos ha sido el deseo de contituirse en interlocutor eficaz de las naciones industrializadas. Pero no podemos descartar dicha actitud como parte de una estrategia defensiva ante los Estados Unidos.

Con la C.E.E. a punto de lograr una plena integración económica; la evidencia de un traslado del eje económico mundial hacia la llamada Cuenca del Pacífico; con la República Popular China en franco proceso de modernización; y con la U.R.S.S en una situación semejante pero, además, con los apoyos europeos - diplomáticos, los Estados Unidos están viendo cuestionada su ubicación en el mundo. No en vano pretende impulsar un Mercado - Común Norteamericano.

Los países de América Latina tienen plena conciencia -

de su situación real: "cuentan con una población de aproximadamente 426 millones de habitantes; con una deuda externa de alrededor de 401 un mil 360 millones de dólares; con la búsqueda de la corresponsabilidad adecuada para producir, juntos, - un producto que no sea el expolio de los recursos nacionales ni la optimización, barbara, del beneficio; con exportaciones de la región entera en 1988, que excedio por primera vez de 100 mil millones de dólares (102 mil 500 para ser exactos)" (13). Por tanto, saben que se esta viviendo, uno de los más grandes y profundos cambios que haya vivido el mundo en los últimos decenios, es decir, y dicho de una vez: desde la posguerra de 1945. Se trata de una revolución, de un lado, hacia la democracia (hecho que están viviendo, irreversiblemente, los países socialistas en todas las áreas y, sobre todo, en Europa oriental) y, del otro hacia una revolución de la calidad, la productividad, la competitividad y la transformación científico-tecnológica difícilmente eludibles.

4.6 Las contradicciones regionales.

El segundo período de la Administración Reagan marca perfectamente las contradicciones regionales y se caracterizó por la prolongación y profundización de la crisis centroa

mericana; por la democratización del continente; y por la certeza de que la crisis financiera latinoamericana no era simplemente un problema de corto plazo.

En el primer ámbito, el Congreso persistió en su negativa a apoyar a los Contras y sólo aprobó ayuda limitada tras de que Ortega, ingenuamente, viajó a Moscú. Paulatinamente los esfuerzos del Grupo Contadora se fueron viendo aislados de los acontecimientos centroamericanos precisamente debido a que fueron los mismos gobiernos de la región quienes tomaron en sus manos el proceso de pacificación a través de las reuniones de Esquipulas y del Plan de Paz promovido por el presidente costarricense Oscar Arias.

El gobierno estadounidense inició un doble juego en Centroamérica, pues a la vez que "apoyaba" los procesos de paz en la región, desde el Consejo de Seguridad Nacional, Oliver North montaba un complejo proceso para hacer llegar fondos a la Contra nicaraguense, anulando así la resistencia del Poder Legislativo. Cuando ésta operación fue descubierta, se convirtió en una de las mayores fuentes de descrédito de Reagan, incluso en el ámbito interno.

Paralelamente a los procesos de democratización en el continente, Contadora integra un Grupo de Apoyo, con cuatro Estados. Sin dejar de lado su actividad en la región y respetando los esfuerzos de los mismos centroamericanos, Contadora traslada su actividad a la integración económica y al manejo del problema de la Deuda Externa. Este es el origen del Mecanismo Permanente de Consulta que integra a los países de Contadora mas Argentina, Brasil, Perú y Uruguay.

Ronald Reagan perdió la oportunidad de acercarse en forma efectiva los gobiernos democráticos del continente. Se vio reacio a tomar medidas que aliviaran la carga de la deuda (salvo en el caso de México, donde el apoyo fue más claro en 1982 y tras los sismos de 1985 y la baja del petróleo en 1986). La deuda puso en peligro los procesos de consolidación de la democracia y la estabilidad política en varios de estos países. La política de Ronald Reagan se concentro en evitar la formación de un club de deudores, para lo que mino los esfuerzos del Consenso de Cartagena. Su mayor iniciativa, el Plan Baker no sólo fue insuficiente sino manifiestamente ineficaz.

La Administración Reagan en todo momento trató de

capitalizar la coyuntura en todos los frentes, vinculándose a las "mejores" causas que posibiliten la democracia, aún cuando en realidad este país ha sido el patrocinador de las dictaduras militares que han asolado al Hemisferio.

La insatisfacción con el estado actual de las "relaciones interamericanas" ha sido constante desde hace algún tiempo y este proceso alcanza lógicamente el marco institucional en que se desenvuelven estas relaciones (OEA-TIAR) ya que los Estados Unidos desde su creación ha utilizado a tales mecanismos como instrumentos para encubrir sus pretensiones hegemónicas. De hecho, la participación de los Estados latinoamericanos en el TIAR siempre ha constituido un alineamiento peligroso sin retribuciones en el aspecto económico como esperaban estos países que derivara tal cooperación. Tal como señala el Doctor César Sepúlveda, "el TIAR si bien parecía augurar buenas perspectivas para el progreso y la solidaridad latinoamericana resultó al mismo tiempo el más peligroso y dañino, pues en cierto modo su aplicación distorsionada y tendenciosa vino a la postre a dislocar todo el sistema" (14).

El sistema interamericano siempre se enfocó a los

intereses de los Estados Unidos. Esto también se debió -y es preciso no perder de vista este factor- a que su empleo también resultaba beneficioso a las clases dominantes de América Latina toda vez que en muchos de los países prevalecían estructuras semif feudales y cualquier cambio que se suscitara en el status-quo sería de gran peligro para su estabilidad. Por ello, no dudaron mucho en apoyar a los Estados Unidos en su lucha contra el "comunismo". (No es objetivo de este trabajo profundizar en el examen de la Carta de la OEA y sus sucesivas reformas, ya que existen otros trabajos que penetran de manera exhaustiva en la materia. Nuestro propósito es situar los deseos de modificación de las relaciones Estados Unidos-América Latina desde una perspectiva más amplia).

Ocurre algo curioso, sin embargo, cuando los organismos internacionales como la ONU, UNESCO y a últimas fechas la OEA no son ya completamente favorables a los intereses de los Estados Unidos, dicho país tiende a criticarlos y a menospreciarlos. En ese sentido deben inscribirse muchas de las críticas que han recibido dichos organismos; en el caso de la OEA, señalan algunos de los voceros de Estados Unidos que ese organismo no cumple con las necesidades del Hemisfe-

rio y que se debería cuestionar su papel o su existencia, sobre todo por el conflicto centroamericano. Se sostiene tal crítica porque a diferencia del pasado la organización tomaba decisiones favorables a Estados Unidos sin oposición alguna. En la actualidad a Estados Unidos le resulta menos fácil conducir a los demás países latinoamericanos a sus aventuras regionales. Para ello ha influido sin duda el auge democratizador que empieza a surgir en el Continente, en donde los regímenes dictatoriales han tenido que dejar paulatinamente el poder a los civiles ante su incapacidad para hacer frente a la crisis y por la creciente efervescencia popular que tiende a hacer valer sus derechos frente al autoritarismo. Tales gobiernos tienden ya a defender sus propios intereses, son más representativos y en algunos casos se ha comprendido que la sumisión no ha sido tampoco un camino del todo idóneo en la relación con Washington que únicamente en tiempos de crisis graves centra su atención en la región. En los pueblos de América Latina existe una mayor identificación han resurgido así intentos integradores por parte de los distintos países de América Latina, en especial a partir de la crisis de Las Malvinas cuando muchos países comprendieron esta situación.

El desencanto de los Estados Unidos por la OEA obedece a que esta no ha convalidado el empleo del TIAR para eliminar al gobierno nicaraguense, y que según Estados Unidos representa un "peligro" para su seguridad nacional, -misma argumentación que se utiliza para justificar la mayoría de las acciones que emprende dicho país a nivel mundial: intervenciones en terceros países, armamentismo, etc.-, aun cuando el conflicto de Centroamérica tiene sus orígenes en las profundas diferencias ancestrales de tipo económico, político y social en virtud de que los gobiernos de tales países (de tipo oligárquico) han suprimido violentamente toda manifestación de disidencia, cortando de tajo las aspiraciones de los pueblos, de las mayorías.

Así, en la estrategia de los Estados Unidos para la eliminación del régimen sandinista, al igual que en el propósito de detener los cambios sociales que se vienen gestando en los países como El Salvador, el posible empleo de la OEA y su órgano militar el TIAR, ocupan parte importante. El empleo del TIAR no se hizo presente cuando muchos factores lo ameritaban como ya se señaló en el caso de Las Malvinas, en el cual una potencia extrarregional puso en peligro la paz y la seguridad del área. Ahí Estados Unidos más que apoyar a Argentina,

se inclinó por favorecer a su gran aliado europeo otorgándole apoyo logístico-militar (acto que tenía la intención de obtener a cambio una base militar en el Atlántico Sur), pues además la situación geográfica que ocupa es rica en yacimientos minerales y petrolíferos.

La OEA ha sido duramente cuestionada por los países latinoamericanos, que no han visto fructificar la cooperación ni la integración del área a través de ésta, así como por el papel pasivo que ha tenido ante los principales problemas recientes y porque por mucho tiempo ha sido un instrumento dócil a la política de los Estados Unidos, lo que ha dado lugar a que muchos deseen una OEA sin los Estados Unidos, es decir sólo para América Latina, que esté en posibilidades de discutir los problemas con Estados Unidos. A últimas fechas y por la influencia de los países del área de mayor peso, la agenda de la OEA tiende a plantear ya temas que son de interés regional. Se discuten cuestiones acuciantes para estos países en otras materias y las cuestiones de seguridad, privilegiadas por mucho tiempo por los Estados Unidos tienden a orillarse. En tal esquema, existe el convencimiento de que "los pueblos de América Latina desean alcanzar la paz, el desarrollo y la justicia sin injerencias externas, conforme a su propia decisión y a su ex-

perencia histórica y sin que se sacrifiquen los principios de la libre determinación y la no intervención" (15), lo anterior, fue señalado en el proyecto de resolución presentado por el ahora Grupo de los Ocho, en la 41 Asamblea General de la ONU en 1986 (que fue adoptada unánimemente). Una muestra más de la creciente "latinoamericanización" de la OEA han sido las dos últimas asambleas en donde se ha recomendado al Grupo de Contadora que evite una guerra en Centroamérica.

NOTAS BIBLIOGRAFICASCapítulo 4

- 1/ Leogrande , William M., "Una critica sobre política exterior de Ronald Reagan", en Cuadernos Semestrales, No. 9. México, CIDE, 1981. p. 141
- 2/ Bendesky, León "Los tres dilemas de la economía mundial". De saffo Internacional La Jornada 5° aniversario, sep. 1989. p. XIV
- 3/ Klare T. Michael y Stein Nancy, Armas y Poder en América Latina, México, Era, 1978, p. 84
- 4/ Seara Vázquez, Modesto, Derecho Internacional Público, México, Porrúa. 1984.
- 5/ Nava Carrillo, Germán, "Origenes, significado y perspectivas de la concentración latinoamericana", en Cuadernos del IMRED No. 36. México, IMRED, mayo de 1988, p. 6
- 6/ Gutiérrez Pérez, Antonio, "La reordenación financiera de los ochentas", La Jornada 5° aniversario, sep 1989. p. XV
- 7/ Idem, p. XV, XVI
- 8/ Bendesky, León, "Los tres dilemas...", p. XIV
- 9/ Wianda J. Howard, "United States relations with South America", en Current History, enero, de 1987, pp. 1-4 y 35-36.

- 10/ Harowitz, Irving Louis, "El poder de Estados Unidos y sus políticas en América Central", en Contextos, No. 47, México, 5 pp. 1985.
- 11/ Castañeda, Jorge, "El Sistema Interamericano, ficción y realidad", en El Nuevo Orden Internacional, 1970, p. 213
- 12/ Bendesky, León, "Los tres dilemas..." p. XIV
- 13/ Idem.
- 14/ Sepúlveda, César, El Sistema Interamericano, Génesis, integración decadencia, México, Porrúa, 1974, p. 36
- 15/ Esto fue señalado en el proyecto de resolución presentado por el ahora grupo de los ocho, en la 4ª Asamblea General de la ONU en 1986 (fue adoptada unánimemente).

CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

La política de Reagan hacia Latinoamérica no se distinguió en mucho de la de sus predecesores, en cuanto a estridencia retórica, a la alusión del peligro comunista, y a la necesidad de su contención: la defensa de su suelo patrio, y el brindar bienestar económico, un orden internacional justo al amparo de la ley y el fortalecimiento a los valores democráticos.

Más sin embargo, la Administración Reagan encontró una América Latina bastante diferente con una nueva realidad económica y una sociedad internacional más difusa que supone implica un reordenamiento de las estructuras hegemónicas del capitalismo contemporáneo; incluso algunos personeros de Washington tuvieron que reconocer esta situación. El mismo Kissinger en su momento habría de referirse al actual mundo multipolar. Esta nueva América Latina no aceptó de manera automática los esquemas bipolares y por ende los designios hegemónicos estadounidenses. Los gobiernos latinoamericanos se ven obligados cada vez más a hacer valer sus intereses nacionales, y dado que las políticas de Estados Unidos se han caracterizado por ser unilaterales en los distintos ámbitos (económicos y sociales), esto ha tendido a incrementar las -

tensiones en las relaciones mutuas.

Ante el panorama anterior el Presidente Ronald Reagan se propuso en el período del 20 de enero de 1981 al 19 de enero de 1989 formular un esquema global de política exterior para América Latina mismo que se diferenciaba en muchos aspectos del esquema también global del ex-presidente James Carter. Las bases en que ambos sustentaron sus evaluaciones sobre la importancia de América Latina para la consecución de intereses y objetivos, descansaron en premisas totalmente opuestas, como la del "interés nacional" y "los objetivos de las relaciones exteriores estadounidenses".

El Partido Republicano, asumió la responsabilidad de inducir un profundo cambio en la sociedad norteamericana. El conservadurismo permeó las instituciones políticas y sociales y el movimiento que dio en llamarse la Nueva Derecha llevó al poder al gobernador de California, uno de sus máximos exponentes. Ronald Reagan encontró el apoyo de los grupos religiosos conservadores para sus propuestas de prohibición del aborto y de introducción de la oración en las escuelas; de los partidarios del liberalismo económico a ultranza para las reducciones en las tasas fiscales y en el gasto educativo y de

bienestar social; de la Nueva Derecha en pleno para sus políticas de contención del comunismo, de incremento del gasto de defensa y para lo que él llamó "recuperar el liderazgo estadounidense como la primera potencia del mundo".

Esa concepción, producto de cambios internos en los Estados Unidos y de lo que la Nueva Derecha percibía como "derrotas y afrentas" en el plano externo para los Estados Unidos, como fueron la firma de los Tratados Torrijos-Carter, la humillante captura de la Embajada de Teherán, la fracasada misión de rescate de los rehenes y la ascensión de un gobierno marxista en Nicaragua, fue la que dió sustento a la política exterior estadounidense hacia América Latina.

La política de Reagan hacia América Latina se vio influida por el reporte del Comité de Santa Fé de 1980 y por el pensamiento de académicos como Constantin Menges y Jeanne Kirkpatrick cuya tesis central era que el declive en el poder de Estados Unidos en la región se debía al tipo de políticas que se habían seguido hasta entonces y era por tanto reversible. El Comité de Santa Fé, por su parte, diagnosticaba una mayor presencia soviética en el área que debía contrarrestarse a través de inversiones privadas directas e influencia mi-

litar. Recomendaba revitalizar la Doctrina Monroe y sustituir la política de derechos humanos por una de realismo político.

Desde sus primeros días el gobierno de Ronald Reagan persiguió los siguientes objetivos en América Latina:

- Reducir los canales de influencia soviética y cubana.
- Fortalecer las alianzas con gobiernos afines.
- Incrementar la presencia y la capacidad militares de Estados Unidos en la región.
- Fortalecer las instituciones interamericanas tradicionales (OEA, TIAR).
- Restaurar la armonía ideológica en el continente.

En cuanto a los intereses compartidos entre Estados Unidos y América Latina incluyó:

- El bienestar económico. Que contenía tres puntos fundamentales: materias primas estratégicas, el acceso a los mercados para las exportaciones de Estados Unidos y las opor

tunidades de inversión.

- El bienestar social. La emigración hacia Estados Unidos y el tráfico ilícito y,

- Los intereses de defensa nacional. Parte de la indefensa para Estados Unidos es la frontera sur de casi 1,952 millones y se incluye la necesidad del acceso a bases regionales para su uso y el negar los derechos de esas bases a fuerzas hostiles.

También la Administración Reagan percibía la amenaza a los intereses estratégicos de Estados Unidos en América Latina, en la exportación por parte de la Unión Soviética y Cuba de los endémicos conflictos económicos, políticos y sociales para alcanzar sus propios objetivos con miras a extender su influencia en la zona.

Estos temores se basaron en los razonamientos siguientes del Presidente Reagan:

- La internacionalización y diseminación de insurgencias marxistas en detrimento de la notable transición hacia gobiernos democráticamente elegidos a partir de 1976.

- Seis naciones tienen insurgencias marxistas acti

vas; tres más tienen insurgencias incipientes o sufren de los efectos del rebote de las de los países vecinos. Todas amenazan los valores democráticos.

- Los 25 grupos insurgentes marxistas en América Latina están activamente apoyados por el bloque soviético, Cuba y Nicaragua.

- Los asesores soviéticos incluyen 2 800 en Cuba, 100 en Nicaragua y 500 en Perú.

- Hay aproximadamente 115 asesores militares soviéticos solamente en Perú, mientras que el número total de asesores estadounidenses en 16 países latinoamericanos es de 147, cifra que incluye a 55 entrenadores en El Salvador.

- Crecimiento de la presencia de la fuerza mayor: Cuba sustituto soviético, está bien armado con equipo bélico sofisticado y es capaz de sostener compromisos globales. La ayuda soviética a Cuba excede la que se le da al resto del mundo en conjunto (16.2 millones de dólares en ayuda económica y 1.7 millones de dólares en ayuda militar diariamente, cerca de 6.3 billones de dólares el año de 1988).

- La Nicaragua sandinista es una revolución nacional traicionada por un régimen marxista-leninista comprometido con la exportación de la revolución que ha apoyado al derrocamiento de gobiernos democráticos o antimarxistas de la sociedad, prensa, iglesia y sacerdotes; la clase empresarial y el sindicalismo; ha puesto en prisión a mayor número de opositores al gobierno que cualquier otra nación del hemisferio con excepción de Cuba, ha militarizado su sociedad con sofisticadas armas convencionales a un grado sin precedente en la historia latinoamericana y que no ha sido igualado por el conjunto total de cuatro de sus vecinos democráticos. Más del 50% del presupuesto nacional está dedicado al gasto militar y los planes de militarización exigen que un 20% del total de la población este bajo las armas.

- Expansión de la influencia soviética-cubana y una mayor presencia en el área que incluye: el restablecimiento de relaciones diplomáticas de Cuba con 11 naciones latinoamericanas; presencia diplomática o económica soviética en 13 naciones latinoamericanas; becas de perfeccionamiento a más de 10 mil estudiantes civiles militares anualmente; y acuerdos soviéticos con Perú para construir una flota pesquera por un monto de 400 millones de dólares.

- Las visitas a Argentina, Brasil, Uruguay y México del Ministro de Relaciones Exteriores soviético Edward Scheverdnadze y la promesa de una visita del Secretario General Mijail Gorbachov.

Ronald Reagan manifestaba que exacerbar este perturbador curso de los sucesos para las emergentes democracias de América Latina eran problemas regionales tradicionales en tierra históricamente fértil para los revolucionarios marxistas; por lo tanto, concluía que le correspondía al gobierno de Estados Unidos establecer los medios para la competencia pacífica por el poder; resolver problemas sociales de enormes proporciones y legitimar el papel de las instituciones militares profesionales en una sociedad democrática.

Para instrumentar y ejecutar la política exterior de la Administración Reagan hacia América Latina se intentaron dos estrategias simultáneas. Por un lado, se contuvo el comunismo dejando ver a la URSS que no se le permitiría avanzar en Centroamérica, y por el otro, el respaldo de Estados Unidos a los gobiernos militares de Sudamérica.

Para ejecutar la primera de esas estrategias, a

principios de 1981 Alexander Haig, entonces Secretario de Estado, planeaba acciones militares contra Nicaragua y Cuba, mismas que no se realizaron por la oposición del Consejo de Seguridad Nacional. Así frenado el "roll-back", se siguió una política de contención. Esta tuvo efectos particularmente desastrosos en El Salvador, donde debilitó aun más el gobierno y fue interpretado como un respaldo a la ultraderecha encabezada por Roberto D'Abuisson, cuando éste amenazó con un golpe de Estado, el gobierno de Washington comprendió que había ido demasiado lejos y presionó a la derecha manifestando un abierto apoyo a Duarte, que en las elecciones de 1982 no obtuvo una mayoría absoluta y enfrentaba una coalición parlamentaria encabezada por D'Abuisson.

En lo que respecta al segundo brazo de la pinza en la estrategia de política exterior, Ronald Reagan buscó reparar las relaciones con los gobiernos en los que la política de derechos humanos y la no proliferación nuclear de Carter había llevado a un alejamiento. La contención del comunismo fue el hilo conductor del reaceramiento con los gobiernos militares del continente. El criterio de la violación de los derechos humanos sólo sería aplicable para los Estados socialistas totalitarios. Expresiones concretas de esta política fue

ron los créditos del EXIMBANK a Chile, la suspensión del embargo de armas que había impuesto Carter a Guatemala y el aprovisionamiento al programa nuclear argentino.

Sin embargo, los esfuerzos de acercamiento a los regímenes militares pronto se vieron severamente erosionados a raíz del Conflicto del Atlántico Sur, en el que el alij neamiento norteamericano del lado británico fue evidente. Washington perdió credibilidad frente a las dictaduras, torpedeó sus instituciones interamericanas favoritas (OEA, TIAR) y lastimó seriamente sus relaciones con Perú, Venezuela y Panamá.

Ante tales acontecimientos, pronto la política exte rior estadounidense comenzó a experimentar oposición en varios niveles. Al interior, el Congreso se convirtió en un poderoso dique que no permitió el flujo de ayuda a El Salvador y Nicar gua en la medida solicitada por Reagan. En el plano externo, debería enfrentar la acción concertada del Grupo de Contadora, que elevó considerablemente los costos de una intervención militar en Centroamérica. Para revertir dichas oposiciones, hábilmente Ronald Reagan realizó varias acciones para obtener

apoyo bipartidista en el Congreso, eliminando la resistencia a la ayuda para la "contra" y sacando el tema de Centroamérica de la agenda de la campaña presidencial de 1984: apoyó a Costadora, al menos en el discurso; designó a Richard Stone como embajador especial del área; presionó para eliminar a los escuadrones de la muerte en El Salvador; aprobó la creación de la Comisión Kissinger para que formulara una política de largo plazo para la región.

Pero simultáneamente expandió la ayuda militar y las maniobras conjuntas, construyendo aeropuertos en Honduras que facilitaban el aprovisionamiento de los "contras" a la vez que un golpe relámpago volvía a poner de pie a las fuerzas armadas de Estados Unidos tras invadir a Granada. En tan to la Comisión Kissinger exponía las causas internas de la crisis centroamericana y dejaba en claro que las revoluciones locales no amenazaban a Estados Unidos. La respuesta de Rea gan al diagnóstico fue el ataque a la refinería de Corinto y el minado de los puertos nicaraguenses lo que lo llevaría ante la Corte Internacional de Justicia, de la que cínicamente se retiraría poco después.

El segundo período de Ronald Reagan se caracterizó por la prolongación y profundización de la crisis centroamericana; por la democratización del continente; y por la certeza de que la crisis financiera latinoamericana no era simplemente un problema de corto plazo.

En el primer ámbito, el Congreso persistió en su negativa de apoyar a los "contras" y sólo aprobó ayuda limitada tras de que Ortega, ingenuamente viajó a Moscú. Paulatinamente el Grupo Contadora se fue aislando de los acontecimientos centroamericanos debido a que los mismos gobiernos de la región, quienes tomaron en sus manos el proceso de pacificación, prefirieron encaminarse a través de las reuniones de Esquipulas y del plan de paz promovido por el presidente costarricense Oscar Arias.

El gobierno estadounidense inició un doble juego en Centroamérica, pues a la vez que apoyaba los procesos de paz en la región; desde el Consejo de Seguridad Nacional, Oliver North montaba un complejo proceso para hacer llegar fondos a la "contra" nicaragüense, anulando así la resistencia del Poder Legislativo. Cuando esta operación

fue descubierta, se convirtió en una de las mayores fuentes de descrédito de Ronald Reagan, a nivel interno e internacional.

Paralelamente a los procesos de democratización en el Continente, el Grupo Contadora integra un Grupo de Apoyo con cuatro Estados. Sin dejar de lado su actividad en la región y respetando los esfuerzos de los mismos centroamericanos, Contadora traslada su actividad a la integración económica y al manejo del problema de la deuda externa. Dando origen al Mecanismo Permanente de Consulta, que integran los países de Contadora más el Grupo de Apoyo (Argentina, Perú, Uruguay y Brasil), quienes están conscientes de que América Latina está viviendo uno de los más grandes y profundos cambios que haya vivido el mundo en los últimos decenios, es decir, desde la posguerra de 1945. Se trata de una revolución, de un lado, hacia la democracia (hecho que están viviendo, irreversiblemente, los países socialistas en todas las áreas y, sobre todo, en Europa Oriental) y del otro, hacía una revolución de la calidad, la productividad, la competitividad y la transformación científico-tecnológica dificilmente eludibles.

Con tal iniciativa la Administración Reagan perdió la oportunidad de acercarse en forma efectiva a los gobiernos democráticos del continente, ya que su unilateralismo provocó la creación de mecanismos de concertación latinoamericanos que se enfrentan abiertamente a las definiciones de Washington y poco se consiguió en su objetivo de frenar al comunismo en América Latina, fuera de suplantarlo a un gobierno marxista por uno afín en Granada; la mayor presencia militar en Centroamérica, sólo disparó una carrera armamentista con Cuba y Nicaragua; la guerrilla salvadoreña sigue igualmente activa y el gobierno no se ha fortalecido como tal, sino únicamente el ejército; el peligro a los avances democráticos en América Latina proviene de la derecha, contra quien Ronald Reagan no tomó medidas; se vinculó con gobiernos militares que pronto cayeron; sus acciones en el ámbito de las relaciones interamericanas no sólo no se fortalecieron sino que debilitaron a las principales instituciones del sistema.

Se concluye entonces que la Administración Reagan tuvo un impedimento estructural, ya que sus convicciones ideológicas no aceptan que una nación latinoamericana, y so

bre todo Centroamericana, adopte un régimen de izquierda, aun en caso de que lo hiciera por la vía democrática. Sin embargo, quedó claro que no logro sus objetivos de política exterior hacia el área. Se observa que el desgaste que implica una guerra prolongada para Estados Unidos en Centroamérica, específicamente en Nicaragua, es más el producto de las limitaciones que ambas partes enfrentan que el resultado de una estrategia meditada por parte de Estados Unidos. Ambos contendientes mostraron ya signos de agotamiento. Para Nicaragua los gastos militares y los costos sociales son insostenibles sin mayor ayuda externa, y el cartucho de la unidad nacional frente al enemigo de fuera termina por quemarse si los beneficios económicos y políticos de la revolución siguen posponiéndose. Para los Estados Unidos, la disposición de los contras a seguir combatiendo no está garantizada y muestra también signos de agotamiento. Mientras más se prolongó el desenlace, ganó terreno el escepticismo y la desconfianza del Congreso hacia la estrategia de Reagan.

Este balance aparentemente se inclina por el lado del eventual predominio de la visión de Ronald Reagan, pues

después de todo, los Estados Unidos cuentan con mayores recursos para continuar la guerra, y en última instancia podrían asumir los riesgos de la intervención; sin embargo, frente a esto se alza la voluntad de un pueblo que siendo capaz de derrocar una dictadura puede derrotar a la intervención.

La alternativa sería el triunfo del esfuerzo pacificador de Esquipulas, sin embargo, existen otras opciones que también podrían darse. La disolución de Esquipulas podría ser aprovechada para justificar la aplicación de la política de fuerza estadounidense, en vista del fracaso de la negociación. También es posible que la guerra continúe hasta que la actual Administración Bush cambie de estrategia, en cuyo caso podrían abrirse canales frescos para la negociación, ya sea bilateral o multilateral. Sin embargo, esta previsión optimista bien puede ser dejada de lado si se piensa en que la actual Administración Bush puede ser la continuadora de la política exterior de Ronald Reagan.

La articulación de un diseño de política exterior que pueda responder a los grandes desafíos de la década de

los noventa, ha sido motivo de un amplio debate en el interior de Estados Unidos. Las evaluaciones contradictorias en torno a los resultados de ocho años de política reaganiana se tornan más complejas en un momento en que las iniciativas soviéticas han dado la pauta para un proceso de distensión cualitativamente diferente al primero, dado que parten de profundas transformaciones y necesidades internas.

Es común la afirmación de que el elemento que mayores contradicciones generó entre el Ejecutivo y el Legislativo norteamericano fue la ayuda militar a la contrarrevolución nicaraguense. La agudización y ampliación de la crisis centroamericana y los resultados francamente negativos en algunos de los objetivos centrales también se encuentran en revisión. Resulta evidente el hecho de que en lo que se refiere al resto de la región no ha habido descuerdos mayores en la formulación de la política.

Durante el debate electoral, colaboradores de Bush, expresaron que los objetivos frente a Nicaragua y El Salvador continuarían siendo los mismos, pero que las tácticas serían más flexibles, dando mayor importancia a los esfuerzos diplomáticos para encontrar soluciones políticas.

El propio George Bush, en sus planteamientos sobre la región afirmaba que su objetivo central sería promover la paz, pero no al costo de que se atrincherase una cabeza de playa soviética en la región. Como objetivos específicos anunciaba la autodeterminación democrática, el desarrollo económico y social, el respeto a los derechos humanos, el apoyo a soluciones a través de medios diplomáticos y la cooperación latinoamericana, como medidas para enfrentar las amenazas a la seguridad y a la paz.

Con lo anterior se prefiguran los matices que adoptará la Administración con respecto a la de Ronald Reagan, destacándose que el acento estará puesto en la elevación del perfil político-diplomático dentro del diseño. Aunque ello no significa que los instrumentos militares se abandonen en aquellos casos en que su uso siga siendo indispensable, como es claro en la guerra civil salvadoreña.

Aunque es posible esperar cambios sustanciales, debido a que al inicio de la gestión del Presidente Bush, éste fue sorprendido por propuestas dentro de la región que aparentemente lo colocaron a la defensiva. El territorio salvadoreño fue el escenario de los dos descontroles inicia-

les: la propuesta del FMLN y los resultados de la cumbre de presidentes que abogaban por el desmantelamiento de la contra. Las respuestas dadas evidenciaron cautela frente a realidades políticas incontrollables, pero también el vacío de propuestas alternativas y, por tanto, el mantenimiento de un diseño estratégico frente a la región que no ha cambiado en lo sustancial, orientado por la doctrina de la guerra de baja intensidad, pero que será adecuado a las necesidades concretas de cada realidad.

La crisis panameña es una muestra clara de los matices que se asumirán dentro de la puesta en práctica de uno de los ejes del diseño, relativo a la reversión de procesos. Es por ello importante seguir los acontecimientos en Panamá, para observar lo que será un ángulo de la renovada política estadounidense, los elementos más importantes del debate interno, los matices políticos introducidos por el nuevo equipo en la Casa Blanca y los dilemas que enfrenta la región.

Por lo que se refiere a la política económica también se está dando una revisión profunda por parte de la Administración Bush, ya que es indudable el cambio de la posi-

ción internacional de Estados Unidos, es un evento de trascendencia y significado mundiales, pues supone una modificación estructural del régimen económico internacional. Las raíces de este fenómeno las encontramos en la declinación de la competitividad estadounidense -como lo expresa el crónico déficit fiscal-, y de la fortaleza del dólar en la primera mitad de los ochenta.

El deterioro inédito de la posición internacional de Estados Unidos se ha traducido en una enorme vulnerabilidad de su economía, ya que su crecimiento no depende solamente de su dinamismo interno, sino también de la actitud de los inversionistas extranjeros. En este sentido la presencia de los déficits fiscales no es más que un aspecto del desequilibrio del financiamiento interno del crecimiento estadounidense.

A este respecto el gabinete del presidente George Bush hace una evaluación sobre la inserción de América Latina en la reordenación financiera de los ochenta, la Cuenca del Pacífico, el surgimiento de Japón como potencia financiera y el proyecto de Europa 1992. Hechos que tendrán que plasmar y codificar el sistema monetario y financiero internacional en los noventa.

B I B L I O G R A F I A

- Aguilar Monteverde, Alonso. El Panamericanismo, de la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson, México, Cuadernos Americanos, 1965.
- Aguilar Zinser, Adolfo. Centroamérica: negociación en conflicto, California, UCLA, 1986.
- Anncione, Joseph, et. al. Central America and the western alliance, New York, Holmes, 1985.
- Beltrán, Virgilio, et. al. El papel político y social de las fuerzas armadas en América Latina, Caracas, Monte Avila, 1970.
- BID. Informe Anual, Washington, BID, 1986, 1987 y 1988.
- Cavalla Rojas, Antonio. Los militares en América Latina, México, UNAM, 1983.
- Connell-Smith, Gordon. El Sistema Interamericano. México, FCE, 1971.
- Council for Inter-American Security. A new inter-american policy for the eighties, 1980.
- Child, John. Unequal Alliance the Interamerican military system: 1945-1978. Washington, Wesview, 1985.
- Chomsky, Noam y Herman S. Edward, Washington y el Fascismo en el Tercer Mundo, México, Siglo Veintiuno, 1986.

González Casanova, Pablo (coord.) Estados Unidos Hoy, México, Siglo Veintiuno Editores, 1986.

co, Océano, 1985. El poder al pueblo, México

Gramsci, Antonio. El Materialismo Histórico y la Filosofía de B. Croce, México, Juan Pablos Editor, 1986.

Insulza, José Miguel. Estados Unidos: de Roosevelt a Reagan, UNAM, Col. Grandes Tendencias Políticas Contemporáneas, No. 12, México, 1986.

Judis, John, "Ronald Reagan y la declinación de Estados Unidos", en Pablo González Casanova, Estados Unidos Hoy, México, Siglo Veintiuno Editores, 1986.

Kaspi, Andre, La vie politique aux Etats Unis. Vol. 2, París, Armand Colin, 1977.

Klare, Michael T. y Nancy Stein. Armas y poder en América Latina, México, Era, 1978.

Klare, Michael T., "Ataque contra el síndrome de Vietnam", en Pablo González Casanova (coord.), Estados Unidos Hoy, México, Siglo Veintiuno Editores, 1986.

Kolko, Gabriel. Raíces de la política exterior norteamericana, Colombia, La Oveja Negra, 1972.

Lester, Brune. Chronological history of United States foreign relations, 1776 to January 20, 1981. Vol. I y II, USA, 1985.

- Maira, Luis, (comp.) ¿Una nueva era de hegemonía norteamericana? "El Programa de expansión militar de la Administración Reagan y el balance de poder con la Unión Soviética". Buenos Aires, RIAL-GEL, 1986.
- Matthelus, H. K. y K. M. Silvert. Los Estados Unidos y América Latina, de Monroe a Fidel Castro. México, Grijalbo, 1967.
- Moreno Pino, Ismael. Orígenes y evolución del sistema interamericano, México, SRE. 1977.
- Muñoz Valenzuela, Heraldo y Francisco Orrega Vicuña (comp.) La Cooperación regional en América Latina. Diagnóstico y percepciones futuras, México, El Colegio de México, 1987.
- Nicolas, Hg. La naturaleza de la política norteamericana, México, FCE. 1984.
- Orozco, José Luis. El Estado norteamericano. UNAM. Col. Gran des Tendencias Políticas Contemporáneas No. 34, México, 1986.
- Portantiero, Juan Carlos. Los Usos de Gramsci, Madrid, Folios Ediciones, 1986.
- Seara Vázquez, Modesto, Derecho Internacional Público, México, Porrúa, 1984.
- Saxe Fernández, John. Proyecciones hemisféricas de la paz americana. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1971.
- SELA. Las relaciones económicas externas de América Latina. Cpts. 9 y 10, Caracas, SELA, 1985.

- SELA. América Latina/Estados Unidos: evolución de las relaciones económicas (1984-1985), México, Siglo Veintiuno Editores, 1986.
- Sepúlveda, César. El Sistema Interamericano. Génesis, Integración y Decadencia, México, Porrúa, 1979.
- Tapia Valdés, Jorge. El Terrorismo de Estado. La Doctrina de la Seguridad Nacional en el Cono Sur, México, Nueva Imagen, 1980.
- Valero, Ricardo. La Tempestad y la conciencia, México, mimeo, 1987.
- Vaky, Viron. Reagan's Central America Policy: An Isthmus Restored", en R.S. Leiken ed. Central America: Anatomy of Conflict. New York, Pergamon Press, 1985.
- Varios autores. Los Estados Unidos: un proyecto de investigación. México, UNAM. 1983.
- Varios autores. La Guerra y la Paz, México, Centro de Estudios Políticos A.C., 1977.
- The Wilson Center. Las Américas en una encrucijada, Informe del Diálogo Interamericano, México, 1983.

H E M E R O G R A F I A

- Bepdesky, León. "Los tres dilemas de la economía mundial". Desafío Internacional. La Jornada 50. Aniversario, sept. 1989.
- Bermúdez Lilia. "Estados Unidos. Perspectiva Latinoamericana", Carta Mensual, Vol. 14, nos. 4-6, mayo-junio, 1989, CIDE, México.
- Castañeda, Jorge, "El Sistema Interamericano, ficción y realidad", en El Nuevo Orden Internacional, SRE, 1970.
- CIDE. Cuadernos Semestrales. "América Latina-Estados Unidos: La Agenda Política", CIDE, Primer Semestre de 1984.
- CIDE. Cuadernos Semestrales. "Las relaciones interamericanas: crisis y perspectivas" CIDE, Primer Semestre de 1985.
- Domhoff, William, ¿Quién gobierna Estados Unidos?, Business Week, 1979.
- García Pío, Notas sobre formas de Estado y Regímenes militares en América Latina, en Revista Mexicana de Sociología, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, No. 27/abril-junio de 1989, México.
- González Casanova, Pablo. "La crisis del Estado y la lucha por la democracia en América Latina", Revista Mexicana de Sociología, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, No. 2/abril-junio de 1989, México.
- Gutiérrez Pérez Antonio, "La reordenación financiera de los ochenta", La Jornada 50. Aniversario, sept. 1989.

Grunwald, Henry, "Foreign Policy Under Reagan II, en Foreign Affairs, v. 72, no. 3, otoño, 1984.

Harowitz, Irving Louis, "El poder de Estados Unidos y sus políticas en América Central", en Contextos, No. 47, México, 1985.

Insulza, José Miguel. "La Primera Guerra Fría: percepciones estratégicas de la amenaza soviética", en Cuadernos Semestrales, No. 12, CIDE, México, 1983.

"La política exterior de Estados Unidos en los años ochenta y su impacto en el sistema internacional, en Cuadernos Semestrales, CIDE, Primer Semestre de 1987, México.

Leogrande M. Williams "Una nota crítica sobre política exterior de Ronald Reagan", en Cuadernos Semestrales, No. 9, CIDE, México, 1981.

Lowenthal, Abraham R. "Las relaciones de Estados Unidos con América Latina en los ochenta". Foro Internacional, V. XXII, No. 4, El Colegio de México, México, 1982.

Maira, Luis, "América Latina, pieza clave en la política de contención de la Administración Reagan", en Cuadernos Semestrales, No. 9, CIDE, México, 1981.

"Las relaciones interamericanas: crisis y perspectivas", en Cuadernos Semestrales, No. 17, CIDE, México, 1985.

"Centroamérica: el nuevo escenario", NEXOS, mayo de 1982.

Menges, Constantine, "Estados Unidos y América Latina en los ochenta", Foro Internacional, v. XXII, No. 4, El Colegio de México, 1982.

- Nava Carrillo, Germán, "Orígenes, significado y perspectivas de la concertación latinoamericana", en Cuadernos del IMRED, No. 36, México, IMRED, mayo de 1988.
- Pastor, Robert, "El Gobierno de Reagan y América Latina: la búsqueda implacable de seguridad", en Foro Internacional, 1986.
- "Our real national interests in Central America", The Atlantic Monthly, julio de 1982.
- Pellicer, Olga. "La concertación política en América Latina: la experiencia de Contadora". Revista Mexicana de Política Exterior, No. 2, 1984.
- Rassell, Roberto. "El fenómeno Reagan y América Latina, visiones, obstáculos y perspectivas". Estudios Internacionales, No. 69, México, 1985.
- Reagan, Ronald. "Central America: Defending our vital interests", Discurso ante el Congreso, 27 de abril de 1983.
- Schelessinger, Arthur Jr. "Foreign policy and the American Character", Foreign Affairs, v. 62, No. 1, otoño, 1983.
- Sepúlveda, César. "Reflexiones sobre la Alianza para el Progreso", Foro Internacional, v. VIII, 1967.
- Shultz, George P. "Shaping America: Change or continuity?" Foreign Affairs, v. 60, No. 3, 1982.
- Vaky, Viron. "Positive containment in Nicaragua", Foreign Policy, No. 68, otoño, 1987.
- Varios autores. "La política de la Administración Reagan hacia América Latina: Un primer balance", Estudios Internacionales, v. 16, No. 61, 1983.